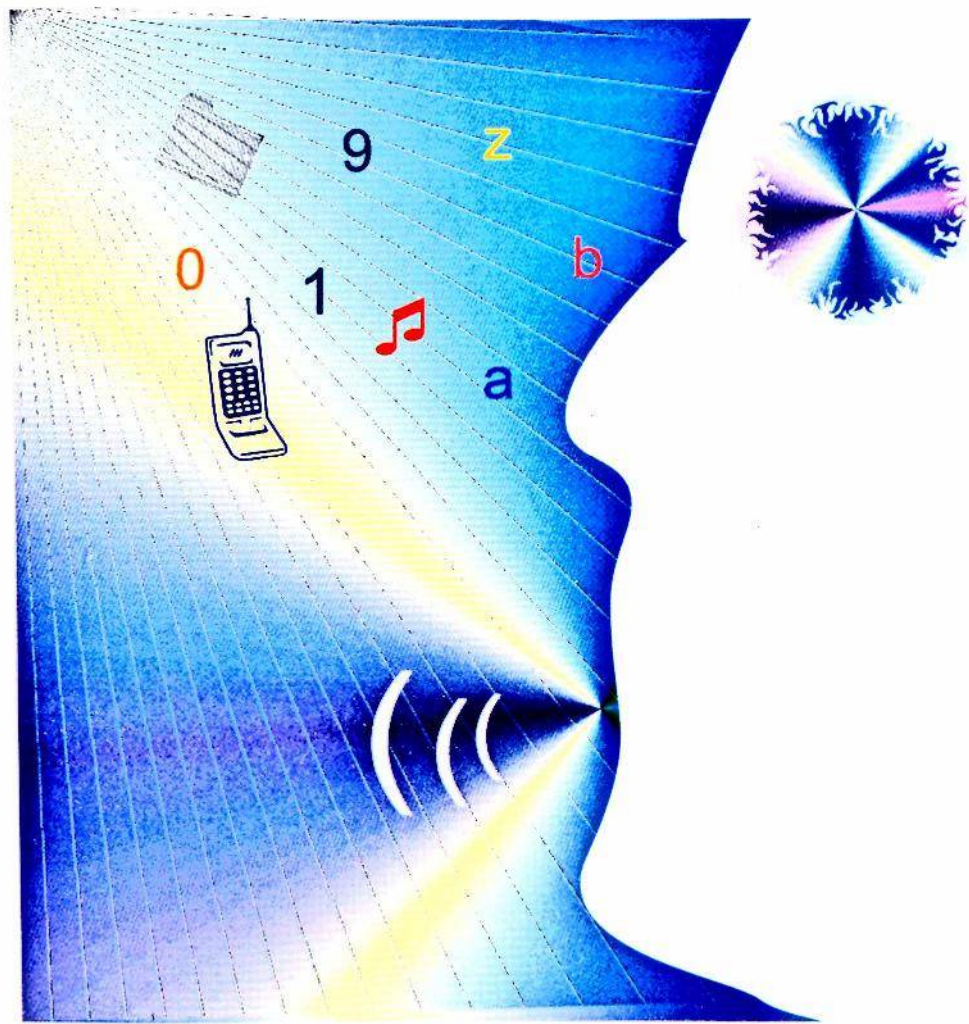


Configuración de la vida cotidiana y el lenguaje



Universidad Pedagógica
Experimental Libertador
Caracas, 2012

UPEL

Raúl Millán H.

Configuración de la vida cotidiana y el lenguaje

Raúl Millán
Caracas,
octubre de 2012



Universidad Pedagógica
Experimental Libertador

UPEL

Título: CONFIGURACIÓN DE LA VIDA COTIDIANA Y EL LENGUAJE

© Autor: Raúl Millán

Diagramación: Yajaira Gonzalez

Diseño y realización de portada: Yajaira Gonzalez

Depósito legal: 46020128003824

ISBN: 978-980-211-206-6

Dirección de Publicaciones de la Universidad Pedagógica
Experimental Libertador

Impreso en Venezuela / Printed in Venezuela

Reservados todos los derechos de ley.



Universidad Pedagógica
Experimental Libertador

Autoridades

Rector

Dr. Raúl López Sayago

Vicerrectora de Docencia

Dra. Doris Pérez

Vicerrectora de Investigación y Postgrado

Dra. Moraima Esteves

Vicerrectora de Extensión

Dra. María Teresa Centeno de Algomedá

Secretaria

Dra. Nilva Liuval Moreno de Tovar

Dirección de Publicaciones

Dra. Nhora Mateos

Contenidos

| | |
|--|----|
| Proemium..... | 7 |
| Comunicación enactiva. El gen de las palabras. Membresía lingüística. Actos interlocutivos..... | 9 |
| Mercancías de la lengua. El texto. Locación ideológica. El punto de vista. Verdad y coherencia informativa. El valor borroso..... | 23 |
| Videotextos. La generación receptora. Hegemonía, pensamiento uniformado y libertad de información..... | 39 |
| La Fama. Medios hablados y escritos. El paradigma cibernético. La hipertextualidad. El sistema informativo global..... | 59 |

La perspectiva pléctica. El dialecto
de la tecnociencia. El giro científico
y el humanismo cuántico..... 81

El mundo sobrenatural.
Los mandos mitomágicos
y el dialecto chamánico..... 103

La imaginación científica.
Metáfora y metalenguaje.
La fantaciencia y el tecnolenguaje
de las máquinas..... 117

Referencias..... 133

La construcción de la realidad es un tema que tiene cada día mayor interés en el campo de las prácticas discursivas. En este ensayo tratamos el lenguaje mediático y los mandos tecno-mágicos dentro de un contexto que todo lo incluye: la vida cotidiana. El eje organizador está dado por el enfoque de los Estudios Culturales. Esto supone que utilizamos un modelo cualitativo y transdisciplinario en la interpretación de los distintos contenidos. Los Estudios Culturales se expanden en las más diversas direcciones y rebasan los límites establecidos entre las disciplinas legitimadas académicamente. Nuestro ensayo contiene una serie de ideas llevadas al modo propio de ver las cosas, con digresiones e incisos más o menos breves, que permiten tocar cuestiones relacionadas con la materia principal, aunque no sean imprescindibles. Para la comodidad del lector, las fuentes bibliográficas se citan de la manera más llana posible procurando que se pueda saber en todo momento de donde salieron las referencias que nos sirvieron de trasfondo de ideas. Es importante entender que nuestro trabajo es lo menos cercano a la demostración objetiva de una hipótesis. No vamos hacia

una minuciosa labor de investigación ni hacia la organización conclusiva de unos resultados. Hablamos de ensayo porque redactamos en poco espacio una interpretación sustancialmente libre, cuyo resultado quedará abierto a constantes revisiones y siempre inconcluso.



*Comunicación enactiva.
El gen de las palabras.
Membresía lingüística.
Actos interlocutivos.*

La tarea de la cultura consiste en organizar el mundo que circunda al hombre. Para realizar esta tarea, la cultura tiene en su interior un dispositivo poderoso: el lenguaje. La vida cotidiana no está confinada en lo que, en forma privada, sucede en cada uno de nosotros sino que es un sistema abierto que está formado por el lenguaje, la sociedad y nuestras interrelaciones diarias.

Los seres humanos poseen una locuacidad asombrosa. Hoy día casi siete millardos de personas hablan alrededor de 6.900 idiomas sin contar las variantes dialectales. Hace 400 años había el doble de lenguas vivas. Para los Estudios Culturales, la desaparición de una lengua se equipara con la extinción de una especie dentro de la biodiversidad natural del planeta.

Los hominoideos se hacían entender pero no hablaban. Vivían en estado de hibernación lingüística. El surgimiento del habla a partir de un sistema de gritos habría comenzado 700.000 años antes del florecimiento de la civilización. De finales del Pleistoceno acá, hace 50.000 años aproximadamente, los antropólogos han encontrado pueblos sin artesanía y sin conocimiento de la rueda o el arado pero nunca han hallado un pueblo mudo.

Ningún sistema de comunicación animal se acerca al lenguaje humano en su poder y en su creatividad. Para manifestar las palabras poseemos dos instrumentos eficaces: las cuerdas vocales y el sistema neuromuscular. Es posible que las palabras y los gestos evolucionaran conjuntamente para crear el lenguaje. Sabemos que el discurso depende de las mismas zonas cerebrales que controlan la mímica y la gestualidad. La Genómica insiste en que el lenguaje es como cualquier otra característica biológica heredada. Según se cree, el primer *gen* asociado inequívocamente al lenguaje, el FOXP2, se especializó de forma perfecta para el control muscular que hizo posible, *a parte post*, la evolución crítica del chillido a la sintaxis.

Existen tantas expresiones culturales como grupos humanos. Quizás los culturemas no son ajenos totalmente a las influencias transmitidas por vía evolutiva, que nos recuerdan que somos criaturas que se han desarrollado a partir de pulsiones, instintos y reflejos. Nuestro deseo de comunicar parece ser genético y traspasa la barrera de la especie: conversamos con Dios, hemos enseñado a los animales a entender nuestras palabras y enviamos mensajes a todos los seres virtuales de las galaxias y *clusters* de estrellas conocidos.

El ser humano alberga un fuerte impulso hacia el intercambio comunicativo y la participación en sociedad. El lenguaje migró de las secuencias del ADN a las prácticas sociales activado quizás por el efecto imitativo de las neuronas-espejo. En realidad, hablamos el idioma que usan las personas que nos rodean. Se sabe que un individuo criado en absoluto aislamiento no aprende ninguna lengua. La genética y la cultura trabajan en complementación dialéctica. Según Hockett (1972), nuestros genes son necesarios, aunque no suficientes, para la adquisición del lenguaje y no son específicos de ninguna lengua sino de cualquiera y de

todas. La pluralidad lingüística es correlativa a la variada diseminación de los elementos culturales. Cada idioma es una visión de mundo que multiplica nuestra riqueza de perspectivas. Sin duda, es el fundamento de los distintos modos de propagar las creencias, el arte, la tecnología y los estilos de vida.

El individuo cuando nace no habla ninguna lengua. En verdad, no escogemos nuestro lenguaje ni nuestra cultura: los heredamos. El lenguaje pertenece a la sociedad antes de ser aprendido y practicado por sus miembros. Forma parte de la herencia de los bienes adquiridos y transmitidos socialmente para satisfacer necesidades asociadas a nuestras relaciones con otras personas.

Hablar es interaccionar. La comunicación es la base de la cultura. La comunicación lingüística es el más importante factor de interacción social. En sentido restringido, el lenguaje es la facultad que todos tenemos para comunicarnos emitiendo sonidos en la producción de los cuales interviene la lengua. La Lingüística es la ciencia que estudia los elementos del lenguaje humano con mayor precisión y rigor, desde la producción de los fonemas (fonética y fonología), pasando por las estructuras formales (morfología y sintaxis) hasta el significado o el sentido de las palabras (semántica y lexicología).

La lengua existe en la colectividad como patrimonio común de todas las personas. Saussure (1972) reveló que se trata de un código de carácter social, exterior al individuo, que éste utiliza, pero que no puede crear ni modificar por sí solo (un diccionario y una gramática sirven para ilustrar fielmente el concepto de lengua).

Chomsky (1986) se refiere a la lengua como *competencia* aunque esta comparación no es del todo exacta. La competencia lingüística es la serie infinita de frases

gramaticales que constituyen el español o cualquier otro idioma. Dicho con otras palabras, es la aptitud innata que tenemos para formar y entender todas las oraciones posibles en nuestra lengua materna. Correlativamente, la *actuación* o ejecución es la forma en que las personas utilizan su competencia lingüística y la convierten en actos de habla.

Las interacciones sociales son comportamientos recíprocos. Hablamos y nos hablan. Cualquier hablante es también un oyente y está capacitado para decir todo aquello que él mismo es capaz de entender cuando otros lo dicen. En la vida diaria, las personas se expresan de acuerdo con un propósito, unos y otros persiguen una finalidad, se dejan conducir por un patrón no-lineal que les permite almacenar información lingüística para volverla a usar en circunstancias parecidas.

Para Habermas (2002), la vida cotidiana se fundamenta en las normas que compartimos socialmente. La vida cotidiana es un conjunto de convenciones y protocolos sociales conocidos ampliamente por todos. La cultura suele estar organizada en torno a códigos compartidos tales como las reglas obligatorias del lenguaje. Los individuos cuando hablan no pueden dejar de orientarse por las normas del lenguaje. La norma es la suma de las realizaciones más generales que los miembros de una comunidad hacen del código lingüístico. El uso son los actos idiolectales mediante los cuales la norma se manifiesta realmente y la corrección no es más que la adaptación del uso a las exigencias gramaticales de nuestra lengua.

La lengua forma parte del sistema de las obligaciones sociales basadas en la heteronomía. Todo sistema normativo se funda en la obligatoriedad. Hablar es una forma de comportamiento cultural que incorpora el respeto a las reglas del lenguaje. Las estructuras idiomáticas son

convenciones reguladas (como los estatutos legales, los patrones burocráticos o las reglas de los juegos) que debemos acatar como uno de los requisitos que la sociedad nos exige para formar parte de ella.

Hablar una lengua nos hace miembros competentes de una comunidad cultural determinada. En Etnometodología, la noción de *miembro competente* sirve para señalar el conocimiento y el manejo de la lengua por parte del individuo bajo presión de los deseos, las necesidades, los conflictos, las esperanzas y las convenciones sociales. Ser miembro competente significa la pertenencia a un grupo a través del uso efectivo de la lengua en el curso de las actividades de la vida diaria. Una lengua y no otra modela nuestra forma de pensar. Cada idioma lleva inscrita una cosmovidencia. Mi gestión de la lengua, en relación con lo que me rodea, me conduce a ver la realidad de cierta manera. Según Coulon (1988), esto es lo que nos ayuda a entender que no seamos extraños a nuestra propia cultura y, al contrario, que los comportamientos y rutinas verbales de un extranjero nos parezcan curiosos o extravagantes. Si tenemos que manejarnos en varios idiomas, Bernárdez piensa que “nuestra percepción de la realidad podrá variar según la lengua en que nos estemos moviendo” (2008).

La Glosemática sabe que la realidad conceptual se conforma de modo distinto en cada lengua. Wittgenstein dijo: “los límites de mi lengua son los límites de mi mundo” (1981). Gadamer (2002) sostiene que la construcción de la realidad depende del universo lingüístico que habitamos. En algún lugar, Borges aseguraba que las voces *blanco* (español) y *black* (inglés) provienen de la misma etimología que significa “ausencia de color”. Un pintor dominicano y un jamaiquino ven las cosas diferentes porque para uno lo que carece de color es “blanco” y para otro lo que no tiene color

es *black*, o sea, “negro”. Como ya dijimos, la pluralidad de lenguas es correlativa a la diversidad de comportamientos culturales del hombre frente al mundo. Sea lo que fuere la realidad, pensamos en ella en los términos aportados por nuestra lengua. Para Whorf (1971) y para Sapir (1981), las comunidades que hablan lenguas de organización semántica diferente tienen, asimismo, axiologías y cosmovisiones diferentes. Esto implica que la realidad es accesible de múltiples modos y que ninguno de ellos tiene el privilegio. La lengua es la expresión por antonomasia de la cultura por cuanto perpetúa las estructuras mentales del pueblo que la ha creado y la usa en la variedad de situaciones y contextos de la vida diaria.

De Foucault (1978) para acá, el discurso es una práctica social. En especial, llámase discurso a la secuencia de palabras y frases que empleamos para comunicarnos en un contexto determinado. Las prácticas discursivas de la vida cotidiana se escinden una y otra vez en muchísimas adaptaciones funcionales. En los eventos comunicativos de la vida diaria, el lenguaje no se limita únicamente a enunciar o transmitir información. El lenguaje nos permite además realizar actos consumatorios mediante prácticas discursivas instituidas socialmente: casarse, insultar, dar el pésame... El discurso que mis semejantes y yo usamos en cada situación es lo que nos permite reconocernos como habitantes de una misma comunidad cultural. Las palabras se organizan de acuerdo con los modelos y paradigmas establecidos para cada tipo de discurso, que son formas de ordenar el mundo de la vida cotidiana.

La vida diaria se ha convertido en un concepto clave dentro del *cultural turn* o giro en los estudios de la cultura. No se trata de percibir la cultura como un conjunto orgánico de valores y creencias en el buen sentido tylereano. La vida

cotidiana se asocia con lo dado, lo rutinario, lo que no se pregunta, lo que se conoce por su familiaridad: “La vida cotidiana se entiende como el mundo inmediato de las personas que conforman una sociedad determinada” (Heller, 1987). La vida cotidiana se relaciona con nuestras formas de actuar en el mundo conforme a una manera colectiva de hacer y decir las cosas sancionada por la convivencia de todos los días.

La Fenomenología Social orienta sus observaciones hacia las experiencias de la vida diaria y las prácticas del sentido común. La vida cotidiana es el mundo que habitamos realmente y no en el que se piensa que se vive. Dícese que una de las actividades comunitarias más importantes del individuo es caminar entre la muchedumbre e intercambiar habladurías. La dimensión fractal del lenguaje es congruente con las situaciones aleatorias que todos conocemos. Cada interlocución está sujeta a matizaciones sutiles. Alguien dijo que se oyen más metáforas en un día de mercado que en todos los tratados de retórica juntos. El sentido traslaticio no es una excepción sino un elemento fundamental del habla humana. El mayor uso que se hace de la función tropológica del lenguaje no se produce en los sistemas literarios sino en los actos espontáneos del día a día que permiten mantener la cohesión social.

Quien pretenda tener conocimiento de una cultura pero no entienda su lengua, será profundamente extraño o ajeno a ella. No podrá hablar con sus miembros ni conocer las reglas y hábitos inconscientes de la vida cotidiana. La lengua tiene un acento delatador (podríamos decir que los movimientos articulatorios de los labios, la lengua, los dientes, el velo y la glotis son también entidades culturales). La adopción de ciertas características externas de otra cultura es más o menos fácil. Pero hablar en una lengua extranjera sin dejar

traslucir la membresía es muy difícil. No dominar el *habitus* lingüístico de una comunidad determinada acarrea que se nos identifique inmediatamente como extraños.

Toda actuación lingüística hace referencia a convenciones sociales. Las manifestaciones del habla parecen ser isomórficas con la red de protocolos comunicativos que definen una cultura. Somos hablantes versátiles. En la vida diaria asumimos diferentes roles y construimos diferentes mensajes. Ser miembro competente obliga a aprender una enorme gama de registros verbales que dependen de nuestro contexto, de nuestro rol, de nuestros interlocutores. Hemos de aprender las formas de actuación lingüística como vecinos, como propietarios, como colegas, como clientes... Cambiamos de dial cuando pasamos por las diferentes zonas de transmisión en los distintos roles que hacen nuestro *modus vivendi*.

Los seres humanos interactúan entre sí pasándose mensajes (en la teoría mecanicista, la comunicación se hace con contenidos lineales enviados de un emisor a un receptor, con retorno de un punto a otro, o sea, como un circuito de ida y vuelta). Una *enacción* comprende un conjunto de mensajes intercambiados dentro de un contexto para lograr un propósito. La comunicación podemos pensarla como una red de canales abiertos al estilo de la física del *bootstrap*. Nuestra comunicación diaria se construye como un sistema de múltiples retroalimentaciones enactivas donde el ruido y la redundancia pueden generar nuevos procesos informativos. En la vida cotidiana, como creen Schifter (1996) y Monroy (1998), siguiendo la Teoría del Caos, las vías de comunicación son fractales, es decir, no-lineales y autorreguladas por redes de cooperación.

En principio, las comunicaciones interpersonales dependen de una convención sencilla: el individuo supone

que la persona con la que habla coopera con él. La idea es que los hablantes colaboran unos con otros y se intercambian información relevante para la conversación. La Tesis de la Relevancia tiene una orientación pragmática y cognitivista. Sperber y Wilson (1994) sostienen que codificamos lo que queremos decir y decodificamos lo que queremos escuchar conectando la relevancia de lo dicho con el contexto.

Los contextos desambiguan el mensaje y reducen los umbrales de incertidumbre en la comunicación. El lenguaje no funciona como una buena *gestalt*, es decir, como un todo estable, cerrado, regular y simétrico. Las ironías, las bromas y las metáforas son elementos provocadores de intermitencias que obligan a nuestra mente a moverse en zig-zag. Muchas veces hay una información ausente, una laguna en los datos, algo que falta o está incompleto. Hay reticencias que significan mucho. El papel del contexto es fundamental en estos casos y para desvanecer toda forma de polisemia. El contexto incluye tanto las reglas gramaticales como la situación de los interlocutores y cualquier otro aspecto que pudiera parecer relevante. Según Iñiguez (2003), los Análisis del Discurso sostienen que todo mensaje depende de quién lo usa y de quién lo identifica, y de cuándo, dónde y cómo aparezca.

Desde la función ideacional, como diría Halliday (2006), la lengua nos permite manifestar la forma como percibimos los fenómenos del mundo externo y los acontecimientos de nuestro mundo interior. Desde la función interpersonal, en cambio, el lenguaje nos permite adoptar roles comunicativos e influir en la conducta de otros, induciendo ideas, reacciones, tendencias, estimaciones y comportamientos. En la vida diaria, el sentido surge de la interacción de unos individuos con otros. Desde la teoría social del Interaccionismo Simbólico, Blumer (1982) afirma que los hablantes se

refieren a las cosas en función del significado que tengan para ellos. Propiamente, todo individuo habla desde un punto de vista y un interés que le permite mirar, oír, pensar, escribir, aceptar, rechazar o tratar de imponer a los demás.

Se habla por algún motivo. Los discípulos de la Hermenéutica nos recuerdan que la función primordial del lenguaje consiste en decir algo a alguien. Hablar a alguien de algo significa que se persigue algún objetivo o que ese algo interesa (incluso que no hay otra cosa de que hablar o simplemente que lo que interesa es hablar por hablar). Los individuos tienen razones para hacer lo que hacen, y son capaces, si se les exige, de expresar estas razones de una manera locutiva.

La *locución* es el acto en que articulamos los signos lingüísticos ordenándolos según un código determinado. Al hablar o escribir, el individuo elige (sistema de selección o plano paradigmático) y une (sistema de combinación o plano sintagmático) los signos del código lingüístico para comunicarse con los demás. Aquí la producción discursiva parece estar en línea con los sistemas habituales de hacer esto y lo otro en el transcurso de la vida diaria: al cocinar, por ejemplo, la persona selecciona y combina los ingredientes culinarios, y al vestirse, igualmente, selecciona y combina las prendas de acuerdo con ciertos modos establecidos por la sociedad. La mayoría de las enfermedades del lenguaje residen en no poder establecer estas relaciones. En los casos patológicos, la disfasia altera el plano paradigmático e impide que la persona seleccione convenientemente los términos del propio idioma. Otras veces afecta el plano sintagmático e inhabilita al individuo para unir las palabras de manera conexas, coherentes y ordenadas.

Para Barthes, “aquel objeto en el que se inscribe el poder desde toda la eternidad humana es el lenguaje”

(2003). A través del lenguaje, el poder se sumerge permanentemente en lo colectivo y cubre con sus múltiples hilos los acontecimientos intersubjetivos de la vida cotidiana. El lenguaje contribuye a mantener o subvertir, minar o reforzar, las relaciones de supremacía que unos individuos ejercen sobre otros.

Los Estudios Culturales contemporáneos no podrían existir sin un sentido del funcionamiento del lenguaje en los múltiples contextos y situaciones de la vida diaria y su relación con el poder. A nuestro alrededor hay fuerzas culturales poderosas que moldean nuestras vidas. Las sociedades exploran distintos modos de organizar cada vez mayor número de personas. En tiempos de alta tecnología y saturación electrónica, los valores humanísticos han sido postergados en beneficio del valor central del poder. La idea del poder ha adquirido una dimensión extraordinaria: el poder del dinero, el poder de la mente, el poder de las armas, el poder del sexo, etc. Estas y otras imágenes unen ideas de un modo provocativo para hacernos creer que el poder es algo esencial para la vida diaria.

En la civilización postmoderna, según Follaris (2000), el poder se concentra sobre todo en la idea de control sobre los demás y en la imposición de valores, conductas y gustos. Los Estudios Culturales deben estar equipados con una teoría suficientemente rica de las realizaciones verbales y los efectos de poder que emanan de lenguaje. Como señala Austin (1998), se ha de considerar que la lengua no es tan sólo un código independiente de otras realidades sino que implica un hacer: se usa para dar consejos o dar órdenes, para engañar o para influir, para prometer o amenazar...

Las palabras ofenden o enaltecen, según y cómo. Schütz (1993) y los fenomenólogos sociales sostienen vivamente la necesidad de comprender el carácter subjetivo y la

intentionalitat de los procesos comunicativos dentro de un contexto que todo lo incluye: el mundo de la vida cotidiana.

Las frases reflejan la intención. Los *actos ilocutivos*, al producirse, constituyen ellos mismos una cierta acción. La acción es lo que realmente hace cambiar las cosas pero a veces hablar es tan importante como actuar para conseguir un objetivo (podríamos hablar de actos lingüísticos enactivos). Con frecuencia destacamos algunos aspectos del mundo de la vida y ocultamos otros. El mentiroso habla más para esconder que para decir algo. La mentira tiene su interés y su propósito. En alguna parte, Talleyrand dijo que la palabra había sido dada al hombre para que pudiese encubrir su pensamiento. Vivimos rodeados de gente que declara que no hará esto o que no hará aquello y luego es lo primero que hace. La mentira y la verdad pueden ser relativas e intercambiables, en virtud, no de la correspondencia entre lo que hacemos y lo que decimos, sino del efecto ilocutivo del lenguaje.

La mentira es un recurso frecuente de los individuos en sus relaciones enactivas y se ha convertido en una forma de comunicación en las sociedades humanas: “El ser humano sería la única especie capaz de usar su sistema de comunicación para desinformar o mentir intencionadamente” (Camacho, 2008). Un embustero no existe en definitiva a menos que se dirija a alguien. Tal vez no se puede hablar de mentira si las personas creen lo que le están diciendo. Lo que la gente quiere oír y quiere creer: quizás ahí está la sustancia de lo verdadero. Alguien habla una mentira y hay cien personas que creen cien verdades. Lo malo es cuando los embustes son creídos por los mismos que los inventan y los echan a rodar. La mentira es interpersonal, cumple una función, tiene un sentido, implica un comportamiento discursivo que se define a partir de un juicio sobre las intenciones del hablante, el propósito que alberga, la meta que persigue.

Los actos ilocutivos introducen la dimensión intencional en la comunicación. Sabemos que las buenas intenciones no hacen inofensivo el lenguaje. Al pronunciar una frase cualquiera, podemos tener el propósito de mentir, ayudar, perturbar, confundir o demostrar aprecio y el receptor puede no comprenderlo aunque domine perfectamente el idioma. En sentido amplísimo, podríamos llamar lenguaje a todos los medios de que disponen los seres humanos para comunicarse entre sí: palabras, gestos, movimientos corporales... En la percepción de los mensajes, podemos saber mucho más sobre lo que dice una persona observando la expresión del rostro y los movimientos del cuerpo. No siempre se habla con palabras: es elocuente la mirada, la mímica facial y el silencio mismo en determinadas circunstancias. La intención y el sentido de ciertos mensajes sólo pueden apreciarse en la comunicación cara a cara, en los distintos matices de una inflexión, un rasgo suprasegmental, un tonema. No podemos abarcar la naturaleza interior de las intenciones humanas pero las frases no son neutras ni las motivaciones tampoco.

Las frases no se eligen por azar (hablamos de *lapsus* cuando se dice inadvertidamente algo distinto de lo que se quiere expresar). Siempre hay buenas razones para seleccionar y combinar determinadas frases en lugar de otras. Un mensaje enactivo es el contenido de una comunicación entre personas que transmite información con la expectativa de que desencadenará una actividad. El hablante busca unas implicaciones, o da lugar a ellas, aunque no lo busque directamente, entre el mensaje y el receptor a quien se dirige. A veces se mantiene la distancia pero no se es neutral. Los *actos perlocutivos* no dependen del hablante pero repercuten en la audiencia causando un efecto determinado en quien recibe el mensaje. El objetivo de una perlocución, según Austin (1998), es una consecuencia que no depende

del emisor pero que puede atribuírsele porque su intención era que se produjese.

El emisor envía sus mensajes no sin antes prever el efecto extralingüístico que comportan las palabras. Este es uno de los aspectos cruciales de todos los mecanismos de información que alcanzan a un mayor número de personas: libro, prensa, radio, televisión. Los poderes mediáticos realizan sus pronunciamientos perlocutivos ocultos en el interior del lenguaje ordinario y familiar que nos rodea. Lejos de tener una visión inocente, los medios adoptan una perspectiva modal que enmarca, orienta y pragmatiza la información. Los Estudios Culturales y la Pragmática tratan de poner en evidencia la relación entre los textos de los medios y los procesos perlocutivos que subyacen en la bien conocida pregunta: ¿quién dice algo, a quién lo dice y con qué efecto?

Mercancías de la lengua.
El texto.
Locación ideológica.
El punto de vista.
Verdad y coherencia informativa.
El valor borroso.

Hay un poder en el lenguaje. En una encuesta del HICP/Research, según López Vigil (2005), dos de cada tres personas creen en la veracidad de lo que transmiten los canales de comunicación masiva. Las informaciones de los medios legitiman la realidad. En una encuesta llevada a efecto por *The Toronto Star* (26-3-1994) sobre los niveles de percepción de la mentira, el 50% de la gente escoge una mentira como verdadera cuando la ve, el 65% cuando la lee y el 75% cuando la oye en los *mass media*. Lo que la gente cree o está dispuesta a creer: quizás eso es lo que importa. En la cultura de masas, la realidad puede ser concebida como un conjunto de imaginarios y representaciones textuales establecido por el poder informativo de los medios.

Los Estudios Culturales buscan comprobar que el ejercicio del poder comienza por el uso mediático del lenguaje. Cuando una palabra o una frase cobran atención pública, diversos grupos de intereses procuran adueñarse de ella o acomodarla a su propia conveniencia. Las estructuras de dominio alimentan este deseo de controlar el lenguaje. En la campaña electoral venezolana de 2006, por ejemplo, la palabra *atreverse* quedó presa en una polarización mediática

usada para aceptar un cambio o rechazarlo. A través de una alternativa *ad referendum*, unos han de decir que sí (la oposición) y otros que no (el gobierno): la opción afirmativa proclamaba la terminación de los problemas (*¡Atrévete a cambiar!*), la otra, por el contrario, anunciaba el advenimiento del infortunio, la calamidad y el peligro para la gente (*¡No permitas que se atrevan!* o *¡Atrévete y te arrepentirás!*). El lenguaje está presente allí donde existe un desafío al poder o una estrategia para conservarlo.

Para Wodak (2003), el poder se ejerce o se ve sometido a desafío en exacta correspondencia con los tipos de discurso que asociamos en cada contexto particular. Los apóstrofes, la adjetivación, los aspectos verbales, las marcas interaccionales, las transformaciones a la voz pasiva... aparecen ante nosotros como un iceberg del cual sólo una parte, la más pequeña, es visible, mientras que ocultan un formidable basamento ideológico. Lacan (1966) y sus alumnos piensan que el sentido principal del texto no reside en lo que las estructuras sintácticas modalizantes (como la interrogación, la exclamación, la negación o la aserción) nos enseñan sino en lo que encubren.

La Pragmática cree en la necesidad de analizar el lenguaje para explicar los presupuestos y las tendencias de los que hablan. Para los Estudios Culturales, tal vez lo que más distingue este tipo de indagación sea lo que llaman *locación* o posicionamiento en relación con la lengua y la orientación ideológica. Cualquier individuo, al decir cualquier cosa, se expresa desde su punto de vista y desde su interés, desde su propia locación ideológica, que inevitablemente se refleja en sus actos de habla y en su escritura.

La función textual está unida al lenguaje y tiene que ver con la organización coherente de palabras y frases tanto dichas como escritas. Pero la sintaxis sola no puede

dar cuenta de dicha función. No existe una sintaxis sin semántica ni una semántica sin mundo de la vida. La producción de sentido se extiende desde las estructuras más profundas a las más superficiales ligadas a una forma de mediación muy particular: la ideología. Van Dijk dice que “una de las prácticas sociales más importantes condicionadas por las ideologías es el uso del lenguaje” (2003). En uno u otro momento, muchas frases mediáticas son puestas al servicio de la ideología mediante procesos de selección y combinación finamente articulados. El poder viene señalado por la presión ideológica que los medios pueden ejercer sobre los usuarios en situaciones concretas mediante un tipo de texto determinado.

Llamamos *texto* a todo conjunto analizable de signos lingüísticos articulado coherentemente. Son textos una conversación, un fragmento o una novela entera, la obra de un autor en su totalidad y en general todo enunciado escrito o hablado, largo o breve, que sea inteligible y esté bien organizado. El texto es más que la suma de sus frases y es fundamental que tenga unidad, corrección gramatical y claridad. Texto es la última forma de organización lingüística caracterizada por la coherencia de sus partes, o sea, que sus elementos sintácticos y semánticos mantengan una relación lógica y bien construida (desde un punto de vista semiológico, la cultura misma puede ser concebida como un texto porque se construye a partir de sistemas de signos internamente coherentes).

Los textos consiguen su poder por el uso perlocutorio que las clases dominantes hacen de ellos. Los *mass media* envían sus mensajes asociados a la impresión de neutralidad y verdad indiscutible. En realidad, sus textos son bienes lingüísticos portadores de influencia y coerción al servicio de quienes los controlan: el gobierno, los dueños de los

medios, los anunciantes comerciales u otros proveedores de contenidos ideológicos.

En general, las cosas susceptibles de tener un valor se denominan bienes. Podemos decir que se producen fenómenos culturales cuando el lenguaje se emplea para el intercambio de bienes. Los bienes culturales son de muchas clases porque pueden referirse a un concepto inmaterial e incorpóreo o a uno material: podría tratarse de una creencia, una plegaria, un artefacto comercial o una técnica aplicada con una finalidad inclusiva y útil.

La vida cotidiana es la memoria de grandes y pequeños bienes culturales. El lenguaje mismo es un bien cuyo coste de producción es bajo pero su oferta sociocultural es ilimitable. Los textos pueden convertirse en *mercancías lingüísticas* que poseen un valor como cualquier producto comercial. El lenguaje está sometido a la competencia de los mercados político, intelectual, artístico y emocional. En la sociedad de los medios, los textos son objetos portadores de ideología e información que se pueden consumir como ocurre con las golosinas o con otros bienes comestibles.

El artículo, el documental, el comunicado de prensa... son textos filtrados por la posición particular de la gente de opinión y las empresas informativas. La mayoría de las veces contienen referencias selectivas a sucesos, personas o instituciones cuya valoración devela todo un plácito ideológico que se manifiesta a través de mecanismos específicos, desde la selección del vocabulario, pasando por los recursos estilísticos y retóricos, hasta el montaje de las grandes estructuras suprasintagmáticas.

De acuerdo con Van Dijk (1992), la macroestructura contiene la información esencial del texto en cuanto núcleo semántico (la existencia de macroestructuras explicaría la

posibilidad del resumen o la síntesis equivalente al contenido global del mensaje). Pero también hay estructuras textuales de naturaleza no-lingüística. Estas se corresponden con formas o esquemas generales de organización llamados superestructuras. Estos esquemas o superestructuras son autónomos con respecto al contenido de los textos. En buena medida, las superestructuras fundamentan los órdenes del discurso (narrativo, argumentativo, descriptivo, expositivo) y las tipologías textuales (cuento, tesis, informe, artículo, etc.). En este punto, desde la perspectiva del Análisis del Discurso, el poder mediático se manifiesta mediante un conjunto de superestructuras capaces de generar una serie ilimitada de textos concretos que dependen del entorno y de la situación de comunicación en tal lugar, en tal momento, en tales circunstancias.

Consumimos los materiales ideológicos de los grupos dominantes a través de su industria mediática. La comunicación puede concebirse como el proceso de producción y consumo de mensajes en el ámbito de una sociedad. La información y el almacenamiento de datos tienen un precio como medida de lo que vale un bien o un servicio. El mercado de las comunicaciones es un sector preponderante de la civilización postindustrial. Los medios son organizaciones encargadas de la oferta y la difusión de noticias, opiniones e informaciones controladas. Son sitios donde discursos e ideologías encontradas pugnan por el predominio. Hoy día importa más que nunca la interpretación de los procesos de control y dominación mediante el lenguaje en el mundo de la vida cotidiana: un entorno familiar en que compiten poderes gubernamentales, empresas multinacionales y agrupaciones comunitarias diversas y entremezcladas.

La mercancía es una categoría básica del análisis que hacen los seguidores del marxismo sobre el modo de producción capitalista. Los textos no se pueden elaborar sin un esfuerzo semejante al de un bien cuyo valor de uso queda transformado en valor de cambio. Como cree Rossi-Landi (1968), la creación de textos se equipara a la fábrica de otros objetos materiales pero que responden a las leyes específicas de la producción intelectual. A través de sus empresas de cine, radio, prensa o televisión, el capitalismo cultural crea mercancías lingüísticas a la carta y al gusto del consumidor. De acuerdo con Martel (2011), la *culture mainstream* es comercializada a nivel mundial por la industria de la información y el entretenimiento masivo. Canciones, radionovelas, *bestsellers* u otras mercancías producidas y puestas en circulación en la cadena comunicativa pueden ser plagiadas, pirateadas o usadas ilegítimamente: estas son infracciones dolosas o intencionales que ponen en movimiento los aspectos punitivos del derecho de propiedad sobre los textos.

La poesía es la manifestación por excelencia, sea lo que fuere, de la función estética del lenguaje. En tiempos de globalización, el arte se ha convertido en un bien de consumo masivo gobernado por los imperativos del mercado. Mucha filosofía se ha escrito en torno a la razón comercial de la literatura, o sea, a la relación económica entre el autor y el consumidor de poemas y novelas, en resumen, entre el escritor y el mercado de los bienes lingüísticos. Existe una cierta presión ejercida por la sociedad para imponernos determinados cánones y usos artísticos del lenguaje. Se sabe que los novelistas emplean medios que no están alejados de las otras fuerzas ideológicas de trabajo. Muchos poetas repudian la comercialización, pero hagan lo que hagan, su obra cae, por fuerza de las cosas, en el mercado de los productos de la lengua.

En la sociedad de los medios, el primer objetivo de un texto es su puesta en circulación para el consumo. Como dijimos, los mensajes forman un sistema construido sobre la base de valores de uso y valores de cambio. *Grosso modo*, el texto se convierte en mercancía cuando adquiere un valor de uso, o sea, cuando es capaz de satisfacer nuestras necesidades de contactos informativos o recreacionales. Luego el valor de uso se transforma en valor de cambio por ser un producto elaborado para el mercado de las comunicaciones, consolidando una fuente de beneficios para las cadenas comerciales que realizan el tráfico. Aquí las palabras no son a título gratuito, son propiedad del autor del texto y del *copyright* igual que las patentes u otros derechos sobre los bienes intelectuales.

Nuestra noción de bienes lingüísticos es correlativa a la circulación y expendio de textos con fisonomía ideológica. Los clásicos del marxismo sostienen que la ideología depende de los sistemas socioeconómicos y las relaciones de productividad de una época. Desde este punto de vista, el verdadero sujeto de toda creación ideológica no es el individuo sino el grupo social pues ninguna persona, por sí sola, puede construir una estructura mental coherente del tipo llamado cosmovisión o visión de mundo. Las ideologías son imaginarios grupales extendidos, una esfera no innata sino adquirida que la clase dominante transmite a los individuos para mantener la hegemonía, el consenso y la funcionalidad social.

Los sectores hegemónicos tratan de hacer pasar como algo natural una visión de mundo profundamente dependiente de sus propios intereses estamentales. Jameson (2006) analiza la cultura como formación ideológica opresiva orientada a lograr un mayor grado de convencimiento favorable a unas élites determinadas. En términos amplios,

las élites son grupos sociales minoritarios considerados superiores en algún sentido o por la razón que sea: dominio militar, poder económico, mando político, autoridad moral, capacidad intelectual, etc. Los miembros de las élites usan técnicas de dominación y cooperan entre sí para alcanzar sus objetivos. Hoy y siempre, poderes hegemónicos detentan los medios de difusión cultural en formato doméstico e internacional: colegios, casas editoriales, estaciones de radio, canales de televisión... La importancia de estas redes es fundamental en la distribución del conocimiento y la información controlada. Su función es asentar al público como consumidor de bienes ideológicos y justificar los procedimientos informativos de la hegemonía y el poder.

Los expendedores de la información tienen posición ventajosa para ejercer la hegemonía. W. R. Hearst, el magnate de la prensa estadounidense, dijo hace 100 años: “la información la hago yo” (citado de memoria). A diario millones de personas se sumergen en el periódico, en el canal radial o en sus pantallas televisivas y navegan en un océano de mensajes controlados por quienes saben hablar adecuadamente sobre ellos.

La realidad es la realidad pero las palabras tienen el poder de maquillarla. La selección y combinación de estas y aquellas frases en el discurso tienen mucho que ver con los dispositivos de encubrimiento y simulación. El lenguaje es utilizado por quienes controlan los medios para mantener una situación favorable a sus intereses, haciéndonos creer lo que quieren que creamos. Afirman sin afirmar, dan por sabido, dicen ocultando... toda inducción psicológica es posible en los mensajes del cine, la radio y la televisión. En la parte inferior del iceberg se encuentra el dominio subliminal de las reacciones que suscitan la publicidad y la propaganda ideológica. Becerra opina que “el poder

subliminal de la palabra reside en la capacidad mediadora de ella para influir sobre el inconsciente de la gente” (2006). En el fondo, se trata de mensajes aparentemente débiles para ser aprehendidos e informados, pero no tanto, de modo que podrían influir en los procesos comportamentales de la vida cotidiana como una presencia todopoderosa.

Los Análisis del Discurso descubren que hay diferencias de profundidad en los contenidos implícitos de una frase unidas al contexto y a la situación. Las palabras pueden mudar de sentido al cambiar los interlocutores y las circunstancias. La información proporcionada por una frase depende del hablante que la utilice, de la situación en que se use, del contexto en que aparezca, además de la propia frase en sí. Según dijimos, una característica definitoria de los Estudios Culturales es su preocupación por investigar las estructuras hegemónicas y las fórmulas de dominación con sus variadas tendencias ideológicas. Los Estudios Culturales nos hacen comprender hechos no perceptibles con los métodos acostumbrados de la Sociología o la Lingüística: la cuestión subalterna, la colonialidad del saber, la hibridación cultural y sobre todo la hegemonía con eje en la ideología, la clase social y el lenguaje.

Lanz dice: “los mercados lingüísticos son todos sesgados, los interlocutores disponen de diferente capital cultural y las condiciones de diálogo están atravesadas por lógicas de poder” (2007). El descubrimiento de que las frases tienen un valor relativo que depende de cuándo, dónde y cómo aparezca, deja margen para avistar la manipulación o la tergiversación por parte de quienes desean capturar el lenguaje para su propio beneficio. Las palabras de Jesucristo, *exempli gratia*, son citadas dentro y fuera de contexto para apoyar cualquier causa o credo posible en toda suerte de luchas por la hegemonía. Cada quien llega a pensar que es

verdad lo que dice e intenta que sea otro el que no tenga razón. El problema general de las ideologías es su carácter negador de toda creencia o principio que se le oponga. Asimismo, las palabras de El Libertador son empleadas tanto por defensores del capitalismo como por apologistas del socialismo para justificar la obsesión por el poder. Desde su locación ideológica, cada uno cuenta el cuento como quiere: López Contreras persiguió a los socialistas invocando las palabras del general Simón Bolívar y Chávez hostiliza a quienes no son socialistas usando las mismas palabras. Los Estudios Culturales se interesan por el funcionamiento especial de estos mecanismos de los cuales depende, a fin de cuentas, la forma particular de interacción del lenguaje en el juego de la cultura con sus implicaciones perlocutorias, ideológicas y pragmáticas.

Pero no podemos afirmar que el receptor yace pasivo o se limita únicamente a tomar lo que el mensaje le dice sino que filtra a través de un sistema propio de preferencias, expectativas y valoraciones socioculturales aprendidas. Como en el test de Rorschach, el psiquiatra suizo, el individuo ve en las manchas de tinta algo determinado que podría estar presente allí, de acuerdo con los deseos, esperanzas, temores o intereses personales. Todos los ficheros e inventarios que tenemos en la mente, qué es bueno y qué es malo, qué es feo y qué es bonito, qué se puede saber y qué no, eso es nuestro punto de vista: una ética, una estética y una presciencia del mundo de la vida. El entendimiento compartido acerca de lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, lo cierto y lo falso... es lo que Aristóteles (1977) llama la *koinomía*. El individuo vive de lo almacena en su mente y la sociedad de sus concepciones compartidas sobre lo justo, lo bueno, lo bello, lo cierto y sus contrarios.

El punto de vista representa un modelo de creencias mucho más poderoso de lo que podemos imaginar. Muchas de las certezas a las que nos aferramos en la vida diaria dependen exclusivamente de nuestro punto de vista. La locación y el punto de vista exigen de nuestra parte la adhesión a ciertos principios que tenemos por verdaderos. Si contemplamos el mundo con cristales rojos, obligamos a las cosas a ser rojas. Si observamos el mundo con cristales verde-oliva, obligamos a las cosas a ser verde-oliva. Hay colores para todos los gustos. En la corteza cerebral disponemos de unidades de procesamiento de información que dan lugar a los programas neuronales que nos permiten aceptar o rechazar en la perspectiva de nuestros propios deseos, creencias, intereses e intenciones.

Nuestro punto de vista es una percepción más simple e inmediata que la valoración conceptual pero que no es sustancialmente diferente. A esta noción no se le puede aplicar *stricto sensu* la propiedad de verdadero o falso y está sujeta a reevaluación. El punto de vista no es sino una representación de la realidad del modo como se dibuja en la mente de tal o cual persona. Nuestra percepción puede variar en cualquier momento. A menudo sólo necesitamos un ligero motivo para representarnos ciertas cosas desde un punto de vista diferente. Vemos u oímos algo que puede ser trivial o carecer de sentido para cualquier otro pero que pone en movimiento dentro de nosotros un cambio de perspectiva. Según el Principio de la Duda de Cézanne, el pintor impresionista francés, una nueva mirada al cuadro puede variar las cosas por completo y llevarnos a cuestionar lo que previamente hemos creído. No nos referimos a una toma de conciencia. Hay que evitar las implicaciones metafísicas. La vida cotidiana es lo que todo el mundo sabe: opiniones y conocimientos comunes de una sociedad

que pueden proveer un fundamento de validación de las creencias individuales. Los Estudios Culturales comportan como rasgo inherente la aceptación de que los actores sociales pueden sostener puntos de vista distintos.

Decimos que está provisto de información el mensaje que tiene por efecto la disminución de las indeterminaciones de la vida diaria. La frase “todos hemos de morir algún día” es una aseveración incontrovertible pero carente de valor informativo: “la información sobre algo ya conocido carece de valor de información ya conocida” (Rapaport, 1976). En principio, lo fundamental de toda información es una situación de incertidumbre. En el sentido trivial, suponemos que alguien tiene una información cuando puede saber, entre dos o más eventos a su disposición, cuál de ellos se producirá. La habilidad para manejar y entender las palabras es crucial. La información selectiva y la información métrica tienen un sentido definido en el suministro y consumo de mensajes así como en todo aquello que aminora las indeterminaciones del mundo de la vida. La información selectiva es el contenido del mensaje que se ha transmitido y recibido efectivamente y la información métrica se relaciona con el rendimiento de un mensaje en términos del grado de confiabilidad que merece.

La información mediática se mueve en el tiempo de la actualidad en el sentido de aparición novedosa y de manera más o menos imprevisible. En general, la información a través de los medios es un servicio público como el alumbrado, el transporte o la limpieza de las calles: allí donde no se suministra o no se respeta, no es posible llegar a una comprensión del curso de los acontecimientos recientes que acaecen en cualquier sociedad.

La información ha sido uno de los excitantes más poderosos para la curiosidad intelectual humana y está motivada por propósitos intersubjetivos. Es connatural en

nosotros el deseo de saber lo nuevo y dar información a los demás sobre los sucesos interesantes que han llegado a nuestro conocimiento. La Lingüística del Texto apunta hacia el análisis de la información en sus aspectos de *verdad* y *coherencia*. La información lingüística se produce al hablar, escribir o leer mediante signos verbales. Más exactamente, es la información que el usuario obtiene a partir de un texto y es susceptible de valores de verdad: es verdadera o falsa. La información metalingüística es la que ofrece datos sobre la organización del texto y es susceptible de valores de coherencia: es coherente o incoherente.

Por dogmatismo se entiende la idea de que el hombre puede llegar a conocer la verdad total y absoluta. La racionalidad y la sabiduría empírica afirman que la verdad es la manera en que son o no son las cosas. El Principio de Contradicción mantiene que un juicio no puede ser verdadero y falso a la vez en el mismo aspecto. Una cosa es o no es. Entre dos proposiciones antagónicas, sólo una de ellas puede ser tenida como verdadera según el Principio del Tercero Excluido de la lógica clásica.

Frente al dogmatismo, el Principio de Incertidumbre de Heisenberg, el físico alemán, sostiene que no podemos obtener una información completa sobre algo más allá de cierto grado de precisión, pues se hace imposible conocer la exactitud de un aspecto sin disminuir la exactitud de otro. La cultura postmoderna está signada por el paso de lo absoluto a lo relativo. Hoy día la verdad es un bien con un *valor borroso* tanto en el mercado local de mensajes como en las redes globalizadas. No se puede hablar de un concepto único de verdad que sirva a todos los actores sociales. La verdad cuántica es poliédrica, tiene muchas caras y está en muchas partes. Einstein (1952) demostró que nociones corrientes como la masa y la longitud de un objeto eran

relativas: dos observadores podían conseguir mediciones diferentes, pero igualmente válidas, dependiendo de su sistema de referencia. *Mutatis mutandi*, esto se podría extrapolar tal vez a los dominios de la moral, la política, la estética o la información. En un sentido, una cosa puede parecer verdadera, y en otro, falsa.

Kosko (1995) dice que es lógicamente posible un discurso con dos, tres, cuatro... valores de verdad. Según el Principio de Borrosidad, hay expresiones que pueden ser ciertas, falsas o indeterminadas. Es concebible que un enunciado y su negación sean ambos verdaderos sin que el sistema colapse. La borrosidad asigna legitimidad a conocimientos e informaciones a las que no pueden asociarse las consideraciones de completamente cierto o completamente falso.

De acuerdo con García-Noblejas (2000), la comunicación borrosa no implica un descenso en los niveles de fiabilidad de la información. La verdad ya no es el contenido como algo que es así sino el contenido como algo que está ahí. La coherencia es lo que hace que el mensaje del texto tenga sentido. La coherencia permite comprender la información garantizándonos no tanto lo verdadero como lo inteligible. Sabemos que la verdad hermenéutica es gris, es un área sombreada, ni blanca ni negra, ni arbitraria ni absolutamente cierta, sino que posee ambas dimensiones y depende de nuestra locación y nuestro punto de vista con respecto a las cosas. El poder y la relevancia del lenguaje no se atienen a la veracidad de la información que aporta sino a su comprensibilidad. Si no hay correlato con lo inteligible, no puede decirse que hay información. Esta se determina desde la comprensión, desde la experiencia cotidiana del entendimiento sobre algo y la aceptación o no de su validez.

La información es parte de un proceso cognoscitivo y no existe fuera de él. Todos tenemos un lugar en el cerebro que tiene que ver con nuestras habilidades para reunir conocimiento e información. Los Estudios Culturales tratan de saber cómo se crea la realidad mediante la comunicación de masas. Hoy día las terminaciones corticales de una persona pueden llegar a archivar millones de *bits* de información a lo largo de la vida, la mayoría de las veces suministrados por cadenas de radio, canales de televisión u otros distribuidores de contenidos mediatizados (en general, se denomina *bit* a la unidad de medida de la información expresada por un código binario). Tratar de ejecutar nuestro *software* neuronal sin considerar la mediación de la prensa, los libros, la radio o la televisión es bastante difícil. El punto de vista tiene muchas fuentes de información. Por su misma idiosincrasia semiológica, las comunicaciones audiovisuales son más eficaces que las impresas. Sus textos proyectan un tipo de consumo que corresponde a modelos relacionados con los intereses de formaciones empresariales muy definidas. Pero una cosa es lo que los medios procuran inducir y otra es la consecuencia real en el destinatario del mensaje. La generación receptora depende de la forma como encajan los textos en los decodificadores culturales que operan en la mente de cada sujeto, ya aceptándolos, ya resistiéndose a ellos.



*Videotexto.
Generación receptora.
Hegemonía, pensamiento
uniformado y libertad de
información.*

Aquí la noción de texto hace referencia a un concepto abarcante utilizado tanto en el campo de los signos lingüísticos como audiovisuales. Sea lo que fuese el producto de la palabra, el sonido y la imagen, recibirá el nombre de texto, *id est*, un conjunto de signos articulado de modo que tiene unidad y coherencia entre sus diversos componentes. La vida cotidiana puede estudiarse íntegramente desde el punto de vista semiótico. La semiótica es la ciencia general que estudia el lenguaje en todos los procesos comunicativos y sociales: normas de cortesía, señales de tránsito, corrientes artísticas, fórmulas jurídicas u otros sistemas significantes de la vida diaria. El dominio semiótico abarca todo el amplio mundo de los signos verbales y no-verbales y las formas de comunicación en sociedad.

Hay quienes asimilan la expresión audiovisual a la comunicación lingüística. En realidad, el *videotexto* es un compendio semiológico donde se reúnen signos verbales, sonoros, ópticos, cinéticos, espaciales... y perderíamos el tiempo si tratásemos de interpretarlo por calco de los conceptos elaborados para describir el sistema fonológico o la estructura morfosintáctica de una lengua.

El funcionamiento de la semiosis textual abarca por lo menos tres elementos básicos: a) lo que actúa como texto, b) aquello a que se refiere el texto y c) el efecto del texto en cuestión en algún receptor. El videotexto no se reproduce en papel sino en pantalla y va dirigido *ex profeso* hacia un resultado concreto. Sus contenidos están orientados por la estructura de las empresas privadas o del Estado. A través de las cámaras vemos las versiones interesadas que transmiten los canales audiovisuales al servicio de todos los poderosos de este mundo. Hay una manipulación consciente de los imaginarios y las representaciones jurídicas, políticas e históricas de la sociedad. Siempre habrá un matiz que inclina el discurso hacia un lado más que hacia el otro. Al fin y al cabo, la sociedad de los medios es el imponente reino de las palabras y las imágenes usurpando el lugar de los hechos. La industria transforma el sentido de la realidad que comunica e intenta ejercer sobre los receptores un efecto de inducción psicológica. La imagen no es por sí misma un documento de la realidad porque la narrativa está sesgada de forma ostensible para lograr una atmósfera de conformidad y aceptación.

La ideología es ante todo un contenido disfrazado y sutil que está determinado por los intereses socioeconómicos de un grupo. Las emisiones del poder requieren de estructuras ideológicas reconfortantes y la televisión y el cine son lugares propicios para quienes buscan la manipulación a través de los textos audiovisuales.

La industria del cine lesiona sistemáticamente la realidad e intenta mostrar los datos del pasado como un cuento chino que pasa por historia verdadera. Esta costosa tecnología mediática lleva a pensar que la realidad histórica es un *divertimento* mientras explaya un contenido propagandístico alrededor del sistema ideológico de que se

trate. Lo mismo que con los tópicos de la fantasía, la historia es fijada por el cine como un relato fabulado en parte o en todos sus elementos. El peligro está cuando las ficciones filmicas son tenidas por ciertas y son creídas por los mismos que las inventan y las ponen a rodar.

El teatro está definido como una síntesis estética donde la literatura aparece sincronizada con los sistemas no-verbales de la dramaturgia. Como el teatro, el texto cinematográfico se basa en la coexistencia de la palabra con las disciplinas artísticas auditivas y visuales. Cine y teatro se organizan a partir de parlamentos interpretados en sintonía con una pluralidad de códigos transverbales: sonido, luminosidad, maquillaje, vestuario, expresión facial, movimiento escénico y otros más. En sentido inverso de la comunicación teatral, en el cine la imagen realizará siempre la función decisiva en tanto que la dimensión literaria se mantendrá como algo añadido o subordinado.

La imagen tiene sobre la palabra la inmensa ventaja de aparentar que es verdadera. Ningún verbo es comparable a una imagen en movimiento. Es difícil no creer lo que vemos. Alguien dijo que una imagen miente más que mil palabras. Una de las propiedades esenciales del cine histórico-biográfico consiste en distraer o disfrazar la realidad. Para Saul (2000), estas producciones cinematográficas no se proponen engañar abiertamente al público, solo engatusarlo o desorientarlo, ya narren la guerra de Vietnam o los viajes de Colón, ya retraten la vida de Kennedy o el Che Guevara. Este género está enraizado en la cultura de masas y es extrapolación de esa otra forma literaria conocida como novela histórica, donde se mezclan elementos ficticios con hechos y personajes de la vida real para que todo parezca verdadero a los ojos del lector.

Todos conocemos que un mismo personaje puede ser percibido desde muchos puntos de vista. La política o la historia no se miran igual desde el conservadurismo, el liberalismo, el anarquismo, el marxismo o el colonialismo. El general Simón Bolívar celebrado por los conservadores colombianos, siendo el mismo, no es ni parecido al que veneran los socialistas venezolanos. Dos filmes sobre una misma historia son, en verdad, dos historias o dos representaciones de una misma delocución referencial. Independiente de la calidad artística, no es posible afirmar que la película protagonizada por Benicio del Toro sobre el Che Guevara sea mejor que otras. Se tratará de una película fallida para quienes perciben que es un alegato político ilusivo sin pena ni gloria. Pero si alguien queda convencido, entonces es una película lograda y punto.

Varían las interpretaciones del pasado tanto como las del presente. Las narrativas e informaciones históricas también son relativas y se prestan a interpretaciones diversas dentro de contextos variados. Vattimo dice: “no hay una historia única, hay imágenes del pasado desde diversos puntos de vista, y es ilusorio pensar que hay un punto de vista supremo” (1998). Únicamente la hegemonía comunicativa relata las cosas desde un solo lado, no admite contraargumentos y la perspectiva ajena se interpreta como mentira, como ruido, como mero error. Ya sabemos que las cosas suelen ser según el cristal con que se miran. Por cualesquiera razones, la *generación receptora* tiene una inercia que tiende a perpetuar u obliterar los hechos pasados a través de nuestras propias ideas, imágenes, representaciones y estereotipos culturales acerca de la historia.

Quizás los medios pretenden generar estímulos específicos de muy distinto tipo en cada grupo social. Pero todo depende de la mentalidad del destinatario

(mundo interno) y de sus circunstancias concretas (mundo externo). En la vida cotidiana son muchas las redes y los sistemas de relaciones desiguales: el sistema económico, el político, el racial, el sexual, etc. La generación receptora tiene que ver con toda clase de aprendizajes, emociones, sentimientos, vivencias, intereses y estados de ánimo. Los medios elaboran mensajes determinados que alcanzan no tanto a grupos específicos como a un círculo de receptores en situaciones socioculturales diferentes. Una película se reactiva en distintas direcciones al ser lanzada al público. El mensaje emitido por las empresas cinematográficas siempre tiene intención y significado pero será aceptado o rechazado por un auditorio que se encuentra dividido y subdividido en múltiples comunidades étnicas, religiosas, académicas, políticas, laborales, etc.

El cine es tributario del nivel cultural de sus espectadores. Difícilmente un *film* tiene un significado fijo, estable e independiente de los valores y opiniones de la persona que lo recibe. Nadie puede acercarse al cine sin que su horizonte cultural interfiera en su generación receptora cualquiera que ésta sea, y en ningún momento podrá percibir los mensajes desde un punto de vista ajeno a los aprendizajes y creencias que lleva implantados en la mente.

La palabra y la imagen tienen otro soporte poderoso: la televisión. Se podría decir que la televisión es el transmisor de información y conocimiento más popular que existe. La radio tardó 35 años en conseguir 50 millones de receptores. La televisión lo logró en apenas 10. En el siglo XVIII, el periodismo fue bautizado como el cuarto poder del Estado. En la civilización postmoderna, la televisión se convierte en el primero y es el asiento visible de la opinión pública. Millones de personas que jamás leen un libro o un periódico, ven televisión todos los días. Es más la gente que prefiere

mirar a leer. En la práctica, la lectura formal se reduce mientras que la cultura televisiva cubre en su totalidad a todos los estratos de la población. Bravo dice: “el televisor y no la biblioteca se ha convertido en el objeto imprescindible en todo hogar” (1997).

Los líderes buscan nuevas formas de comunicación con un público cada vez más numeroso. A través de los medios, llegan con un mensaje común a una gran cantidad de personas al mismo tiempo. En la cultura de masas, asistimos a un proceso de escenificación discursiva. Como señala Balandier (1994), el escenario penetra en los domicilios particulares bajo la forma del aparato de televisión. También Goffman (1987) ha estudiado el discurso de la vida cotidiana como representación escénica. Los líderes políticos son llevados por la televisión a los hogares de todos los ciudadanos que quieran conectarse con ellos. La videopolítica comenzó con las grandes campañas de Kennedy por la televisión y Berlusconi la ha elevado a nivel de maestría en los últimos años (la ciberpolítica nace con Obama).

Aquí los contenidos no pertenecen al discurso de la información hablada sino al de la *mimesis* y la representación audiovisual. En 2008, dos de los dirigentes más votados en las elecciones internas del partido oficial PSUV, Mario Silva y Vanesa Davies, surgieron de los estudios de la televisión y no del trabajo de base del movimiento chavista. La revolución bolivariana es una revolución televisada. Lo malo es que el lenguaje se encarna como escenificación teatral. El discurso se reduce a un ambiente de comedia. A la comedia no se piden ideas sutiles sino improvisación e ingenio para la crítica amena, fácil y corrosiva. El líder televisivo ha descubierto la retórica de la comedia y ha invertido su papel: gracias a la televisión, el lenguaje de la comedia comienza a manifestarse al servicio del poder por primera vez en la historia de Venezuela.

En la cultura de masas, los líderes aparecen como símbolos mediáticos ante los micrófonos de la radio o las cámaras de la televisión. Una justa adaptación al auditorio radial y televisivo ha sido el secreto del triunfo de los comunicadores carismáticos como Pérez o Chávez en los últimos tiempos. En una entrevista publicada por *El Nacional* (16-5-2010), Rincón dice que los telepresidentes usan los medios audiovisuales para “escenificar las dinámicas del poder y seducir a su audiencia”. En *Habla el presidente*, Caldera se presentaba como estadista y profesor universitario: explica, instruye, da lecciones y trata de imponer los temas de la agenda mediante un monólogo autoritario. Chávez emplea una narrativa mediática distinta en *Aló, presidente*. Lleva los temas de su agenda a la calle dramatizándolos y poniéndolos de moda en múltiples formatos televisivos: pide explicaciones a los ministros del ramo (formato *talk show*), escenifica una toma de decisiones frente al público (formato *reality show*), genera noticias instantáneas en tiempo real (formato noticiero), expone ampliamente una política oficial o un asunto de interés personal (formato tv educativa), canta y recita (formato tv cultural) y cosas así.

A todos nos encanta escuchar un discurso que se acomode a nuestro modo de ver y de pensar. También es muy fácil repudiar un contenido programático que no nos gusta. Los modelos de consumo de textos son expresiones de paradigmas socioculturales definidos. Suponemos que los hechos hacen la verdad tal como se miran desde nuestro punto de vista. Esto nos deja frente a la cuestión de que las personas ya no creen lo que ven sino que ahora la gente ve lo que quiere creer, lo que tolera, lo que justifica. Cuando alguien quiere creer algo, nadie podrá convencerlo de lo contrario.

El cerebro está formado por enormes cantidades de procesadores de información interconectados entre sí: las

neuronas. La televisión capta nuestra atención, introduce contenidos en nuestros programas neuronales de manera directa o por medio de sugerencias, pero si no nos interesa, no almacenamos esa información. De cualquier forma, no hay modo alguno de obligar a una persona a creer lo que no quiere creer. Tenemos conciencia de que algunos contenidos nos incumben mientras que otros no. Lo que es importante para uno, para otro carece de relevancia o de interés. Se ha descubierto que existe una parte de la actividad mental que no es afectada por el poder hipnótico de los medios. Según la Tesis de la Relevancia, en la vida cotidiana vemos y oímos miles de mensajes a la vez, pequeñas cosas y algunas grandes, pero atendemos en el primer plano de nuestra mente lo que consideramos pertinente o relevante en un momento dado (lo que no despierta la atención, lo borramos para siempre o quizás queda archivado en el fondo del inconsciente con algún efecto larvado o subliminal como parecen enseñar las viejas teorías de origen freudiano).

Cada quien usa los recursos culturales que tiene a su disposición para incorporar los mensajes mediáticos como parte de la rutina de la vida diaria. De acuerdo con Jitrik (2008), la televisión es una fábrica de contenidos fundados en la educación, el nivel intelectual, el poder económico o el ascendiente étnico de las personas. La sociedad está surcada por desniveles, oposiciones y pluralidades. La gente usa sus propios recursos de discernimiento para tomar sus decisiones en la vida del día a día. A menudo abrazamos puntos de vista que tal vez no sean parecidos a los que habrían acogido otros actores sociales. La generación receptora no es la misma: los individuos están ubicados en contextos desemejantes y producen o dan sentido a los mensajes televisivos en distintos grados de apropiación. Los sistemas más habituales se relacionan con el trabajo, el estatus, la educación, el reconocimiento social, la apariencia física,

las habilidades personales y las identificaciones colectivas: regionales, raciales, religiosas, etc. Unos miran las cosas de una manera, otros de otra. Los seres humanos no tienen instalado en los centros cerebrales un sistema perceptivo único e imparcial. Vemos los hechos por lo que sabemos anteriormente sobre ellos. Vemos lo que nos han enseñado, lo que hemos aprendido o lo que queremos ver. Antes que con los ojos y los oídos, vemos y escuchamos con nuestras emociones y con las creencias que llevamos grabadas en las células cerebrales.

¿Quién difunde un contenido, por qué lo hace y a quién beneficia? Para persuadir o para ilusionar siempre es necesario apoyarse en una ideología. Quienes ideologizan no son inocentes. Conocen muy bien cuáles son sus afectos e intereses grupales. Saben por qué hacen lo que hacen. La relación entre estos intereses y las expresiones hegemónicas son casi siempre oblicuas e indirectas. De acuerdo con Gramsci (1977), *la hegemonía* es una estructura de dominación aceptada pacíficamente por los sujetos subalternos. Casi nunca los grupos hegemónicos gobiernan por la fuerza sino a través de una relación de consenso, y la ideología y la cultura son parte de esa estructura encargada de legitimar el *status quo*.

La hegemonía está presente en los más sutiles mecanismos de la interacción social para dominar a otras personas, para obtener su obediencia, para compeler sus acciones. La hegemonía tiene capacidad de embeleso. Obsesiona a quien la ejerce y obnubila a quien está bajo su ejercicio. Son muchas las formas en que nos engañamos y nos engañan. Alguien dijo que si creemos todo lo que dicen los curas, pensaremos que todo es pecado en la vida. Si creemos todo lo que dicen los médicos, llegaremos a la conclusión de

que todo es pernicioso para la salud. Si creemos lo que dicen los militares, nos convenceremos de...

Lamar Keene (1997) llama *fanático sincero* a aquel individuo que se muestra dispuesto a creer todos los mensajes que recibe por muy irracionales o patológicos que sean. Hay gente con una gran disposición a aceptar los discursos emanados del poder sin ningún razonamiento o sin ninguna explicación. El fanatismo sincero se basa conscientemente en la fe en lo que dicen sus guías y conductores. Es bastante difícil tratar de acordar con fanáticos sinceros pues no manejan argumentos, solo tienen fe. Cuando el número de fanáticos sinceros aumenta y alcanza una gran masa, entonces podría nacer una nueva realidad por artículo de fe.

El líder carismático (como Hitler, Perón o Castro) irradia credibilidad cualquiera que sea la cosa que él diga. Su poder no emana de la razón sino de la fe. La fe es la madre de la devoción. La fe excluye la duda. Este tipo de relación puede llamarse tal vez empatía, tal vez identificación, tal vez proyección o tal vez de otra manera. Son los psiquiatras quienes pueden explicar mejor esa relación compleja de adhesión a las palabras y a los gestos, la mímica, el timbre de la voz y los comportamientos de los hegemones carismáticos de que habla Weber (2007). No deseamos de ninguna manera contradecir a quienes profesan la fe en ellos. La sumisión es la otra cara de la hegemonía. La aceptación y los hábitos de obediencia son el socio invisible de los poderosos. Hay pocas fuerzas más difíciles de resistir. La subyugación entusiasta ante la supremacía, la filiación irreflexiva con los mensajes de dominio y poder, es lo que los psicólogos clínicos llaman *el instinto de rebaño*.

Pero alguien tiene que ejercer la hegemonía pues de lo contrario no existiría sociedad ni civilización. Hobbes (1979) sostuvo que la motivación fundamental de las acciones humanas era la ambición de poder. En Venezuela hemos

vivido siempre de hegemonía en hegemonía. Con dictadores militares, con adecos o sin ellos, con civiles uniformados, cualquiera que mande, como en todas partes, seguirá necesitando de gente a quien imponer su hegemonía. A fin de cuentas, lo que se debate no es sino una manifestación de la eterna lucha por la jerarquía, la autoridad, el poder de gobernar al pueblo.

La hegemonía y el poder viven en un constante esfuerzo de reciclaje y se interceptan. Una hegemonía se apaga y otra nace mientras un poder más fuerte sustituye a otro anterior. El hegemón vive rodeado de personas sin las cuales no podría cultivar la dominación. Hoy día gobernar en solitario es prácticamente inviable. Es siempre un grupo el que señorea. Toda clase revolucionaria llegada al poder, si quiere ejercer la hegemonía, debe promover en las otras clases el sometimiento a través del lenguaje y los llamados *aparatos ideológicos del Estado*: sindicatos, partidos políticos, centros educativos, medios de comunicación, etc. Althusser dijo: “Ninguna clase puede detentar durablemente el poder sin ejercer al mismo tiempo su hegemonía” (1974).

Hay quienes dicen que el poder verdadero es atributo del pueblo. Para Gramsci, el pueblo “es el conjunto de las clases subalternas e instrumentales de todos los tipos de sociedad que han existido hasta ahora” (1977). Aunque no siempre el concepto de pueblo corresponde a lo que Gramsci entiende con esta palabra. No es posible identificar al pueblo como una clase social histórica definida *a priori* en términos de subordinación o marginalidad. En La Roma republicana, por ejemplo, la P de la sigla SPQR (*Senatus Populus-Que Romanus* = el senado y el pueblo romano), no incluía a los campesinos, artesanos, mercaderes, empleados, etc. El pueblo lo integraban únicamente los patricios y los *equites* o caballeros. Todos los demás eran plebeyos y no contaban como pueblo.

Hoy día la configuración de la sociedad se ha hecho muy compleja. Ya no se trata de distinguir al pueblo por la manera de vestir o de hablar, o por la preparación técnica o el origen social. El que desde un punto de vista determinado aparece como gente de pueblo, desde otra perspectiva puede parecer elitesco, conservador o antipopular. Los ideólogos de la cultura se han dividido en dos facciones: los que quieren ampliar el concepto de pueblo y los que quieren mantenerlo restringido. En su sentido más humilde, por pueblo se entiende el común de la gente que vive sin distinciones particulares de ningún tipo aunque tenga opción a ellas. En su sentido más elevado, equivale a nación y significa el conglomerado de las personas de todas las clases del Estado. El pueblo son muchos y su fuerza siempre va a parar a manos de un grupo que se atribuye la representación, y en el fondo todo se basa en la cuestión de quién lleva la voz cantante.

Hay un poder detrás del lenguaje. El poder oficial es aquel con que el pueblo y el Estado envisten al individuo. En los medios estatales, las frases bailan al son de la música que se le ocurra interpretar al gobierno. El hegemón tiene, entre otras muchas ventajas, la potestad de decir públicamente lo que le venga en gana. Lula da Silva dijo en plural mayestático: “nosotros somos la opinión pública” (cit. de memoria). Para Néstor y Cristina Kirchner, según Zunino (2009), “gobernar es editar”. La manipulación del discurso mediático es la realización más crucial de todo gobierno interesado en imponer una visión única y definitiva de los hechos públicos. Caldera es bastante ilustrativo: “Una de las maneras de secuestrar la vida de la república y ponerla al servicio de una persona o de un grupo determinado es el monopolio de la palabra, de manera que solo se haga presente lo que interesa a quien detenta el poder” (2011).

La comunicación con un destinatario potencialmente ilimitado era inimaginable antes de la invención de la radio y la televisión. Con el fin de influir, los gobiernos promueven sus intereses ya sea mediante un programa directo o una ideología sutil y velada. Sólo un gobierno que necesita engañar emplea medios ideológicos enmascarados en lugar de la declaración directa de sus propósitos. De cualquier manera, el poder hegemónico del gobierno repite un sistema de formaciones discursivas que justifican sus políticas y contribuyen a mantener el dominio y el consentimiento.

El gobierno de Betancourt confiaba en la agnosia del pueblo y sacudía sus flaquezas con estereotipos verbales, invocando la patria, la democracia, los intereses de clase y las fidelidades al partido. En su caso, según Adrián (2010), la realidad se vuelve de plastilina y puede ser moldeable por medio de expresiones metafóricas fuertemente codificadas. Los gobiernos de Lusinchi y de Herrera aligeran la realidad, fabrican cuentos, se van por las ramas y emplean una retórica llena de eufemismos, refranes, anécdotas y referentes provincianos. El lenguaje sirve para controlar la apariencia del mundo de la vida y rediseñarlo. El gobierno de Chávez cambia los nombres a las cosas y enturbia la realidad o la retuerce con trucos semánticos. Aquí las complejidades de la vida cotidiana se deshacen bajo la teurgia de las palabras. La retórica nos aparta de la realidad. Hay expresiones sacadas de los discursos de Pérez y de Caldera que vienen a ser iguales para fortalecer un punto de vista, producir una ilusión de prueba o tratar de imponer un asunto cuya inconveniencia pasa inadvertida. Todos ellos buscan convencer o persuadir, recurriendo, a veces, a la amenaza implícita o explícita con argumentos *ad baculum* que derivan su fuerza de la apelación al temor o al miedo humano. Después de todo, también el miedo hace milagros a la hora de gobernar y meter en cintura a la gente.

En Venezuela los medios radioeléctricos son empresas de dominio público o privado. Actualmente hay estaciones de todos los tamaños y colores. En cada caso, es el Estado quien concede, reparte y administra las licencias con amplio margen de discrecionalidad. La democracia es favorable a la posibilidad de escoger. La esencia de la democracia depende, entre otras cosas, de las libertades individuales y de la pluralidad de medios de comunicación. No cabría aplicar el término a los sistemas en que no se dan por lo menos estas dos condiciones.

Poder recibir los productos que más se acomodan a nuestro punto de vista es considerado como signo de democracia y libertad. La hegemonía busca crear una apariencia de democracia transmitiendo por distintos canales contenidos que son en realidad propiedad de quienes controlan las señales. Esta forma de la ideología se relaciona con la *falsa conciencia* que lleva a los gobernados a creer que disciernen la información para sus propios fines cuando en verdad están siguiendo los intereses de la clase que domina y gobierna.

Tocqueville (2007) mide la importancia de *la libertad de información* no tanto por las cosas buenas sino por los males que impide. Hoy por hoy, en Venezuela hay medios de comunicación para todos los gustos. Más que líneas informativas, Venezolana de Televisión o Radio Nacional, por ejemplo, son estaciones que difunden únicamente las directrices políticas e ideológicas del gobierno del PSUV. Ambos convierten el contenido de la información en publicidad y propaganda oficial. Radio Caracas Radio y Globovisión cumplen el mismo papel pero a la inversa. Es cuestión de elegir: de eso se trata.

Suponemos que poca gente desea una sociedad manejada de tal modo que se restrinjan el pensamiento y las

libertades conexas. Hay libertad de pensamiento si podemos manifestar las ideas conscientemente sin actuar al dictado de nadie y sin tener que someternos a lo que quieran imponer los gobiernos. Pero la libertad de pensamiento no necesita ser garantizada por las leyes. Mientras no se exteriorice, el pensamiento es incoercible, y cuando lo hace oralmente o por escrito, entra en el ámbito existencial de la libertad de expresión.

La información y el derecho a saber tienen su día: el 28 de septiembre. El acento está puesto en el empleo de las leyes y en el efecto del uso de este derecho en relación con la libertad de expresión. En principio, el Estado garantiza la libertad de recepción y de acceso a toda información a través de los medios o canales regulares (se justifica el secreto y las restricciones estratégicas en materia de seguridad, salud o moral pública). Sin embargo, el deseo natural de todos los poderosos consiste en tratar de domar la libertad de expresión, en favor del pensamiento único y uniformado. Es un mecanismo casi automático y funciona de la misma manera con un gobierno o con otro. Biardeau opina que “izquierdas y derechas son portadoras de pensamiento único y monopolizadoras de la verdad objetiva” (2012).

Los estructuralistas creen que el código lingüístico funciona por un sistema de dicotomías que permite diferenciar tanto los fonemas como los semantemas de un mensaje verbal determinado. Desde esta perspectiva, podríamos decir que nuestra percepción neurocerebral funciona, ella también, mediante selecciones binarias. La clasificación diádica de los contenidos del mundo que vivimos parece ser frecuente en el discurso y el pensamiento digital. La experiencia humana puede ser dividida en buenas y malas acciones o sostenida en aspectos duales como lo concreto y lo abstracto, lo físico y lo psíquico, lo singular y lo múltiple o el determinismo y la libertad.

No puede decirse que todos tienen la misma posición con respecto a la libertad de expresión o si ésta representa algo concreto o una mera teoría. Los Estudios Culturales se apoyan en la idea de que no hay realidad única sino multiplicidad de perspectivas que pueden generar varias verdades sobre un mismo asunto. Polarización significa que las personas focalizan su conducta sobre dos extremos y el sentido de las cosas depende de qué lado estamos (sin menoscabo del Principio de la Duda de Cezanne expuesto en la página 33). Ligia López y John Magdaleno, en la revista *Anfibia* (mayo de 2012), sostienen que es un error considerar que en la actualidad todos los ciudadanos de este país son la expresión de dos polos enfrentados. En efecto, la vida cotidiana puede estar muy alejada de eso. Hay quienes rechazan las ideologías, procuran ser neutrales y no se habitúan a la idea de que, vayas donde vayas, el mundo se divide siempre en bandos y partidos que intentarán que te adhieras a uno de ellos.

En su *Tratado sobre la tolerancia*, Voltaire alegaba a favor de la autonomía y la movilidad de las ideas. A San Ignacio de Loyola, en cambio, le encantaba enviar los libros a la hoguera del mismo modo que a algunos gobiernos les gusta cerrar periódicos o canales de radio y televisión. Nuestra respuesta va a depender de la acera donde estemos parados.

Sin duda, todo régimen tiene derecho al establecimiento de políticas y modelos comunicativos y “el que nosotros proponemos es que sea hacia la hegemonía comunicacional e informativa del Estado”, como declaró Izarra, ministro del ramo y ex presidente de Telesur, a *El Nacional* el día 7 de enero de 2007. He aquí el momento en que los gobiernos convierten el contenido de la información en dogmatismo y en monopolio. Llámase monopolio al oferente único de un servicio o un producto aun cuando éste sea elaborado por un

número elevado de empresas: un monopolio puede ser tan inconveniente si domina un mercado con el control del 90% de la oferta informativa, como si fuese el único oferente con el control del 100%. Por dogmatismo se entiende la posición de que una élite puede controlar la verdad absoluta.

El poder del gobierno tiene dos dispositivos que se convierten en elementos fundamentales de interferencia: la vigilancia y la coacción. La tendencia a la supervigilancia de los canales de comunicación busca alcanzar lo que podría pensarse como la mayor aspiración de un orden hegemónico: la uniformidad oficial y la visión de una realidad única. La hegemonía informativa es una dominación con su correspondiente *pensamiento uniformado* y pensamiento uniformado es igual a pensamiento cero.

El fundamentalismo informativo no promueve la discusión y la duda sino la fe, no como virtud teologal, sí como creencia en verdades únicas y absolutas. Tener fe es creer incondicionalmente. La construcción de la realidad se vuelve cuestión de fe.

Toda persona tiene la facultad de creer y decir lo que desee aunque no compartamos el contenido de sus palabras. Jorge Lanata dijo a *El Nacional* (26-6-2011) que la libertad de expresión es un valor principal para un sector de la ciudadanía pero no para todos los individuos. Cada cual asume posiciones que tal vez no sean iguales a las que tendrían otros actores sociales en relación con los eventos percibidos en el mundo de la vida. Respetar las opiniones de los demás no significa adhesión a ellas. Como dijimos, ya no es posible hablar de nuestro conocimiento de la realidad sino de nuestra percepción de las cosas, lo cual nos permite entender o aceptar también otros puntos de vista.

La libertad de expresión constituye un legítimo contrapeso contra los poderes hegemónicos de los gobiernos.

Pero no significa únicamente mostrar los diversos puntos de vista o denunciar los abusos del poder. El terrorismo mediático es una manera de concebir los mensajes desde la difamación, el vilipendio, la incitación a delinquir o el estímulo a la inseguridad social. En una entrevista difundida por *El Mercurio* de Chile (12-3-2010), Rafael Correa declaró que los medios de comunicación son un poder fáctico que juzga, condena, reivindica y hunde. En efecto, la libertad de expresión tiene también una cara sucia que sirva para atacar la respetabilidad de las instituciones gubernamentales o poner en ridículo la privacidad o el prestigio personal.

En todos los gobiernos se dice que la censura no es incompatible con la represión de evidentes excesos de libertad de expresión. La censura no tolera lo que no le gusta. Los gobiernos certifican que la establecen para seguridad de los ciudadanos como resultado de ciertos actos moral o políticamente dañosos. En especial, la censura previa constituye uno de los pilares de los gobiernos totalitarios y puede ser impuesta o autoimpuesta. El poder de la censura reside en el silencio y el sistema de exclusión que genera. Coetzee (2007) nos habla de la pasión por silenciar. Dilma Rousseff ha dicho en varias oportunidades que es preferible una prensa injusta que una prensa silenciosa. Si profundizamos en la unilateralidad que censura, que acosa, que silencia, que clausura, que niega, que destituye, comprenderemos quizás el sentido negativo de la hegemonía comunicacional.

La libertad de expresión es herética en una logia, un cuartel, un convento u otros espacios de consagración de la censura. Tampoco tiene importancia para la vida diaria de muchas personas. Pero es un fundamento intrínseco de los gobiernos interesados en el bien común y la ilustración

pública. Los filósofos nos dicen que el objetivo de todo Estado es el bienestar de la sociedad. Durante la revolución soviética se pensaba que la libertad de expresión debía corregirse y reprimirse severamente por el poder judicial del Estado y someterse a censura previa. ¿Hay motivos para pensar que esto contribuye al bien común? La censura nunca ha sido creativa. Si Sócrates o Jesucristo hubiesen sido soviéticos, la censura los habría sacado de circulación al comienzo de sus carreras.

La Pragmática insiste en el estudio contextualizado de las dos grandes actividades lingüísticas en que se mueve todo individuo: hablar y escuchar, por una parte, y leer y escribir, por la otra. *Lato sensu*, la libertad de expresión es hablar y escribir sumado al derecho que tenemos a oír y leer sobre el asunto que fuese sin sujeción a ninguna fuerza o coacción externa. Es un concepto contrario al pensamiento uniformado y ofrece una importancia extraordinaria en el ámbito de la doctrina constitucional. Si se quiere, es un instrumento social destinado a satisfacer la libertad que tenemos a dar o recibir mensajes puntuales e interesantes en cualquier idioma y por cualquier medio. Este es un derecho de primera generación que afecta la relación de los usuarios con el mensaje y con los otros elementos de la situación comunicativa: el código, el referente y el canal. Pero no es una prebenda. No es lo mismo un acto de complacencia gubernamental que un derecho. ¿Los que tienen el poder entienden esto?

*La Fama.
Medios hablados y escritos.
El paradigma cibernético.
La hipertextualidad.
El sistema informativo global.*

La información es un bien social relacionado con el desarrollo de la civilización occidental. Durante cientos de años, las informaciones rodaron con extraordinaria lentitud, a la velocidad que puede cubrir un caballo al galope o un velero a todo trapo. La comunicación masiva estuvo condicionada por el correo y los servicios de transporte. En la sociedad de los medios, el lenguaje se traslada de las prácticas sociales a la cibernética y viaja por satélite o bajo tierra a través de cables de fibra óptica que transmiten datos, imágenes y sonidos en forma simultánea a la velocidad del fotón. Los Estudios Culturales se ocupan del tema de la generación de bienes lingüísticos potenciados por las novísimas tecnologías de información en la sociedad postindustrial.

Hoy ya no funciona la expresión socrática “sólo sé que no sé nada”. Bien visto, todos sabemos de todo un poco: datos, noticias o segmentos de conocimiento tomados de acá y de allá. Pero la información y el conocimiento no se distribuyen de manera equitativa. En ciertas cosas algunas personas saben más que otras. Hay una clase alta en información y una clase baja en información. En el mundo

de la vida hay gente que vive de espaldas a todo y no le importa, pero también están los que conocen el poder de la información y, teniéndolo, manipulan las comunicaciones para mantener ese poder.

Nuestros hábitos mediáticos determinan nuestra imagen de la realidad. La información mediatizada propiamente dicha aparece ligada al descubrimiento de la imprenta y al desenvolvimiento de la revolución industrial. Pasquali (2011) piensa que los mayores avances tecnológicos de la humanidad van ligados al desarrollo de los códigos escritos: el alfabético y el binario-digital. En este punto no podemos sustraernos a la historia de los cambios. En el mundo antiguo, la escritura nace definida por su complicidad con la hegemonía y el poder. La escritura ha sido quizás el logro cultural más importante relacionado con el lenguaje y en cualquier lugar del mundo señala la frontera entre la historia y la prehistoria. Pero la escritura surgió más como una técnica para guardar secretos (el secreto es todo lo contrario de la sociedad de los medios). La complejidad de los sistemas ideográficos o fonéticos hizo que su conocimiento perteneciera exclusivamente a castas especializadas. La escritura despunta en manos de una minoría que se dedica a respaldar en sus códigos toda clase de intereses mercantiles, políticos y religiosos.

La comunidad de las letras cuida el conocimiento y la técnica que la hace privilegiada. Confisca la escritura y la administra. Para quienes sabían escribir, no ser entendidos por todos los demás constituía tal vez el más preciado de sus poderes personales.

La escritura fija y detiene. El contenido que transmite es difícil de entender y su significado permanece oculto dentro del impenetrable sistema del abecedario. En el *Fedro* de Platón, el faraón Thamus expulsa al inventor de la escritura,

el dios Thot, porque su obra inmoviliza la versatilidad del lenguaje, fijándolo en signos que lo congelan para siempre. Mientras que la voz va y viene con despachos noticiosos sin necesidad de ningún alfabeto. Sin duda, el lenguaje oral fue el más efectivo medio de propagación de mensajes. En el fondo, la oralidad es un sistema de expresión cuya finalidad básica consiste en permitir las interrelaciones sociales.

Antiguamente la oralidad estuvo ligada a las costumbres y a la organización social de la vida cotidiana. Sin sociabilidad no hay cultura. Para satisfacer el instinto de sociabilidad están la plaza y el mercado como lugares de intercambios comunicacionales. En la vida cotidiana, la información y la cultura se comparten con quienes estén dispuestos a entretenerse hablando. En los espacios públicos se organiza la oferta y la demanda de bienes económicos y culturales. Dícese que los atenienses estaban habituados a re-crear el mundo a través de la conversación, género originario de la oralidad, un arte y una técnica al mismo tiempo. En el ágora griega nació la primera imagen de la comunicación de masas, *la Fama*, aquella diosa voladora de la mitología, con mil ojos, mil oídos y mil lenguas, mensajera de la verdad y el error, difusora tenaz de lo cierto y lo incierto, compañera inseparable de la credulidad, la falsa alegría, las alarmas infundadas y los rumores misteriosos de autores desconocidos.

Decíamos que el lenguaje oral fue el menos controlable y el medio más efectivo de comunicación real. Su uso como lenguaje de la vida cotidiana es lo que le infunde poder. El transgresor usó el lenguaje oral para alumbrar nuevas ideas y desafiar los discursos dominantes. Sócrates pasó la vida por las calles de Atenas expresando las cosas más embrolladas con las palabras más sencillas. Jesucristo atrajo a las muchedumbres de Tierra Santa con palabras llanas

y revolucionarias fácilmente comprensibles por todos. Gautama recorrió el valle del Ganges predicando con un lenguaje recto y seductor al servicio de la gente común. Jamás escribieron porque fueron sus alumnos quienes se tomaron ese trabajo y no nos sorprenderíamos si se llega a descubrir que ni siquiera aprendieron a leer.

En las civilizaciones antigua y medieval, juglares y *oratores* circulaban como auténticas instituciones informativas en las que la palabra hablada era la única razón de existir. El juglar transeúnte ganaba su mayor estima en cuanto a que era órgano de mensajería, publicidad y entretenimiento de viva voz. Asimismo, los relatos literarios fueron originalmente orales, no sólo las facecias e historias de modestos viajeros sino también los grandes cantares épicos de otras épocas. Los poetas llevan sus historias directamente al oído sujetos a una retórica ya de antes inventada y transmitida por varias generaciones de autores anónimos. Los oyentes, a quienes el juglar se dirige, guardan cierta relación con los espectadores que asisten a una representación teatral. El juglar mismo, al referir el poema o la noticia, resultaba de algún modo un actor dotado de imprescindibles facultades escénicas.

Siempre ha habido dos maneras principales de fijar la forma expresiva de los textos poéticos: una, grabándolos en la memoria y comunicándolos por medio de la voz y se tiene así la literatura oral, y otra, llevándolos a la escritura y se tiene entonces la literatura escrita. La estructura del texto hablado es abierta, su sintaxis más libre, con marcadores interaccionales, yuxtaposiciones frecuentes, tonos que se repiten, frases incompletas, oraciones inacabadas, a veces de un vocablo, que se complementan con la mímica y el gesto. La oralidad es inmediata y se asocia a la evanescencia del discurso pues se escucha pero no queda registro de él. La oralidad está sujeta al *fading* instantáneo. No es posible

volver atrás para repasar lo que no se ha entendido. Los contenidos se archivan en la memoria en el momento exacto en que se producen o se pierden irremediablemente.

La narración sin texto escrito provoca con el tiempo el olvido o la descomposición total. La escritura queda mientras que las palabras se las lleva el viento. Así lo dijo Cayo Tito: "*verba volant, scripta manent*" (cit. de memoria). La escritura atrapó para siempre las palabras que volaban. La comunicación escrita es diferida, posee un canal visual y permanece en el tiempo: es una comunicación planificada, puede corregirse y borrarse, y tiende a ser precisa y sin iteraciones innecesarias. La escritura está sujeta al *fading* perdurable, tiene mayor cohesión, está más gramaticalizada, posee estructuras frásticas más complejas, variedad de conectores, oraciones completas... Cuando la palabra se encontró con la escritura, nació el libro con toda su autoridad y su poder.

Con el libro los mensajes se almacenaron en un soporte destinado a convertirse en registro de la historia. Las librerías y la especialización en copias caligrafiadas surgieron en tiempos del Imperio Romano. En verdad, todos los pueblos que conocieron la escritura fabricaron libros, ya sea en arcilla, piedra, madera o materiales flexibles como el cuero y el papiro. Hablamos de un mundo donde no había papel. En el siglo II, durante la Guerra de las Bibliotecas, la prohibición de exportar papiro llevó a la invención del pergamino. Sólo las obras más importantes se plasmaban en rollos de pergamino cuya preparación resultaba extraordinariamente costosa.

En la Edad Media, el libro se realizaba en las escuelas catedralicias y en los monasterios y su confección constituía un verdadero arte: manuscritos caros y escasos de los que apenas existía muchas veces un ejemplar único (a finales del

siglo XI, el obispo de Barcelona, un tal Giliberto, llegó a pagar una casa y un lote de tierra por un libro de gramática). Poseer libros era indicio de gran riqueza. El libro entretiene, sostiene la religión y el Estado, fija la mitología y el saber histórico, y establece el *ordo* y la concepción del mundo.

Los poderes medievales descubrieron la fuerza de la información libresca y la posibilidad de manipular su transmisión. Pero la penetración del libro no fue tan masiva como pudiera creerse. Muy pocos sabían leer. La lectura era para clérigos y eruditos. Las cosas cambiaron con el advenimiento de la imprenta a mediados del siglo XV. El tránsito de la pluma y la tinta a la reproducción con barras de plomo supuso un alto grado de evolución tecnológica. Gutenberg colocó la escritura al alcance de todos aquellos que nunca antes habían leído. La industria del libro adquirió un desarrollo inusitado con los sucesivos perfeccionamientos de las distintas técnicas de impresión. Con la modernidad aparece un amplio público alfabetizado que compra libros y lee de manera regular. En el mundo moderno, el acto de escribir pasaba a ser el acto comunicativo por excelencia.

La oralidad primaria se veía desplazada por el talento para redactar. En algún lugar Rousseau dijo que escribía porque se le malinterpretaba cuando hablaba. Progresivamente las personas buscan en la escritura diversión y conocimiento al por mayor, al tiempo que el libro se convertía en una formidable industria cultural idónea para la reproducción ideológica y la difusión de todo tipo de valores y creencias.

La escritura se entiende como un medio masivo para instruir, deleitar y obtener conocimiento. El gran invento comunicativo de la civilización moderna fueron los diarios (como *The Spectator* o *The Daily Courant*, los clásicos del periodismo inglés del siglo XVIII). Con ellos viene el

desarrollo de una opinión pública dispuesta a la crítica. El texto escrito se vuelve un producto de consumo masivo de una manera hasta entonces imprevisible. Gran parte de la sociedad moderna se informa de lo que en ella ocurre gracias exclusivamente a los periódicos. La forma de comunicar los mensajes contiene elementos innovadores con respecto a todas las experiencias precedentes: el acta, el cartel, la gaceta, el almanaque... (en la Antigüedad, por ejemplo, el *Diurnal* del foro romano era una síntesis escrita de todos los eventos importantes del día anterior ocurridos en la ciudad y sus alrededores: accidentes, transacciones comerciales, resultados de competencias, listas de nacimientos y muertes, y así por el estilo)

La reproducción de la escritura con ayuda de máquinas condujo a una popularización impresionante. La lectura se convirtió por primera vez en una costumbre y una necesidad de la vida cotidiana. Los grandes tirajes de los diarios impresos en rotativas los transformaron en el medio de comunicación masiva por antonomasia. Se comentaban en grupo, públicamente, en el café, en el club, en la tertulia doméstica. La cultura *mass-media* nace a principios del decimonono con la invención de la imprenta a vapor y la reproducción de periódicos por centenares de miles. La información se traslada al epicentro de la economía y empieza a ser comercializada como mercancía valiosa, que se vende o que sirve para la venta de otros productos.

Paulatinamente, la cultura de masas marcha hacia la sustitución de la realidad por el lenguaje, no como una re-creación literaria, sino como una realidad en sí. En la sociabilidad moderna resulta difícil reconocer la validez de lo que no está escrito. Según Vasilachis, la comunicación periodística tiene dos funciones, "una exterior, superficial, como es la de informar, y otra estratégica que es la

persuadir a través de la argumentación y de alguna forma de construcción de la realidad” (1997). Por una parte, el carácter escrito es esencial para la divulgación de mensajes creadores de conocimiento, información, entretenimiento y propaganda. Y por la otra, se constata que la realidad depende de los contenidos que se reciben a diario a través de los periódicos. La realidad es construida comunicacionalmente. Si no se sabe lo que pasa es como si no pasara. Lo que está escrito es lo que es. Aquello que no estuviese escrito en los órganos informativos es posible que pudiese significar la no existencia en la vida real.

Según dijimos, la información escrita a gran escala es característica fundamental de la civilización moderna. A mediados del siglo XIX aparecen las grandes agencias periodísticas apoyadas en la telegrafía: Wolff, Reuter, Associated Press, etc. El lenguaje se mueve rápidamente a través de hilos o de cables. Acceder a la información se hacía fácil y barato pero las técnicas para controlarla evolucionaban con prontitud y eficacia.

El periodismo en formato papel no pertenece al mundo de la información en vivo y en directo. A principios del siglo XX, la Fama florece en una nueva época con transmisiones radiofónicas instantáneas de noticias y diversiones para el gran público. La información radial es ya, es ahora. La Fama se desplaza por el aire por medio de corrientes eléctricas fluctuantes o moduladas por la radiación electromagnética.

La radio fue un invento de enormes aplicaciones en cuanto a fines comunicativos especiales y supuso un contacto social muchísimo más amplio que el de los libros y los periódicos. Comunicar mensajes en la distancia –la telecomunicación– ha sido una de las ideas fijas del hombre en todas las épocas. En poco tiempo, el adelanto de las pilas

y los transistores hizo que la radiodifusión llegara a todo el mundo de una forma extremadamente manejable (antes el teléfono había facilitado las cosas comunicando a la gente sin necesidad de desplazarse o de salir de sus hogares).

La Fama estrena sus alas hertzianas. De inmediato la radiodifusión pasó a satisfacer no sólo la urgencia de contactos informativos sino también las necesidades vinculadas al entretenimiento y el quehacer de la vida cotidiana. De acuerdo con Ong (1987), podríamos decir que esta industria mediática pertenece a la era de la oralidad secundaria. Las historias noveladas por la radio llegan a crear una realidad contigua y no falta quien las dé por verdaderas. En 1938, la transmisión radial de *La guerra de los mundos* de H.G. Wells sembró pánico entre la gente ante una supuesta invasión de marcianos. Pronto se comprendió el poder de los contenidos radiados directamente a millones de hogares para crear o manipular la opinión pública. Goebbels, Roosevelt y Mussolini usaron con increíble eficiencia la magia de los aparatos radiofónicos con fines políticos predeterminados. Inventaron la radiopolítica. La importancia de la radio consistía en la gran potencia que mostraba como medio masivo para moldear o modificar las ideas y el gusto de los oyentes.

Con las nuevas frecuencias digitales la Fama cambió de *look* y de personalidad. A través de *podcasts* o *blogs* en formato de audio se ha creado un mundo virtual de radiodifusores que utilizan una tecnología de alcance mayor con señales interactivas puestas a disposición de todo el mundo. Los podcasteros suelen recibir retroalimentación de sus oyentes. Podemos ser oídos y hablar de nuestras experiencias cotidianas radiando por la computadora cantidades de información efímera y trivial que son el sustento de la sociabilidad electrónica de la postmodernidad.

Como escribe Giddens: “la comunicación electrónica instantánea no es sólo una forma de transmitir noticia e información más rápidamente: su existencia altera la textura misma de nuestras vidas” (2000). Solos frente a las pantallas de sus ordenadores electrónicos, los habitantes del mundo digital se comunican entre sí o se rodean de otros ciudadanos virtuales mientras surfean por el ciberespacio sin desplazarse en la realidad geográfica.

La tecnociencia da lugar a formas culturales sin precedentes en los diversos niveles de la cotidianidad. Sin el poder de inventiva de la sociedad tecnológica no tendríamos el automóvil, ni de los aviones, ni de las computadoras. Es asombroso el modo como la digitalización se halla presente en las redes de transmisión e intercambio de datos de la vida diaria, en la alta definición de una pantalla LED, la memoria de *pen-drive* o los megapíxeles de una cámara fotográfica. Las nuevas tecnologías digitales como la *web*, el *ipad* o el teléfono celular son parte de la vida cotidiana. La tecnología ha llegado a la creación de un lenguaje digital que no es sino una simplificación formidable del lenguaje natural. En el núcleo de los *chips*, los transistores únicamente saben decir *sí* y *no*, con lo cual realizan operaciones lógicas de gran complejidad con sólo un alfabeto de dos términos basado en una gramática de impulsos electrónicos en series de 0 y 1.

El cambio tecnológico condiciona como ningún otro elemento las formas de la interacción social. La sobreabundancia de tecnología podría multiplicar el efecto de disolución técnica de la realidad. Los habitantes de la red se comunican entre ellos en un mundo alternativo levantado por la magia de las computadoras. Los *netizens* se sienten más cómodos al compartir la información lingüística por vía digital. La tecnología de comunicación ha insertado

a los usuarios en portales de diálogo solo existentes en las locaciones cibernéticas creadas por las redes interconectadas a lo largo y ancho del planeta. La relación dialógica no depende de la presencia en el ámbito físico sino de la posibilidad de insertarse en el mundo reticular. Se trata de un universo paralelo en que se llevan a cabo infinidad de intercambios y transacciones comunicacionales con o sin correlatos reales. Las personas en este nivel no son meramente personas: son electrones y tecnosondas.

Cualquiera puede crear una cartelera, una bitácora propia, una página personal y mostrar libremente sus contenidos. El ciberespacio es el nuevo mercado y la nueva plaza pública, el *ágora electrónica* de que habla Rheingold (1996), un sitio amigable para chatear con conocidos y desconocidos interesantes, un espacio social, no puramente tecnológico, en que la cantidad de información efímera y prescindible constituye el fundamento de la sociabilidad en la aldea global.

La comunidad de la red se presenta como una inmensa plaza donde los mensajes circulan libremente. La socialización es horizontal. Miles de personas hablan, escriben, compiten, seducen, juegan y hacen trueques a la vez. El *ágora* digital no tiene localización geográfica y quienes pasean en ella pueden estar en distintos lugares al mismo tiempo. La estructura de mercado libre influye en el lenguaje y el comportamiento de la gente. Vendedores y consumidores de esto y aquello pueden llevar a cabo cuantos tratos deseen sin intervención hasta ahora por parte del gobierno. Sin embargo, el mundo en línea no está libre de las calamidades. También crea otro ámbito donde mensajes *hoax* circulan con informaciones falsas, erradas o innecesarias en sitios *web* cuya seguridad se ve comprometida. Asimismo, el uso de *spam* impulsa una gran actividad comunicativa

con textos maliciosos y mensajes publicitarios específicos basados en intereses fraudulentos.

La *www* trajo consigo nuevas formas de concebir el flujo de datos. Como dijimos, los Estudios Culturales procuran comprender cómo funcionan las novísimas manifestaciones comunicacionales en el mundo de la vida cotidiana y su relación con el poder. Ahora hay más conocimiento e información flotante de lo que podemos procesar. Nuestra civilización sabe más de lo que nunca supo toda la humanidad. A través de internet el usuario tiene a su disposición millones de documentos, imágenes y sonidos asequibles al instante, entre ellos la radio y la prensa mundial. La red telemática hace posible la comunicación simultánea en tiempo real con muchísimas personas en todo el planeta. Su acceso es libre en algunas áreas y restringido en otras. Su propiedad es fragmentada y compartida sin otras limitaciones morales que las establecidas en los convenios de uso de cada *site*. Este universo de retículas electrónicas carece de centros precisos al tiempo que la Fama viaja por miles de autopistas de información que proporcionan cantidades inagotables de datos.

Los ciudadanos del mundo digital han creado una nueva forma de escritura informatizada que permite manejar cada vez más contenidos en menos espacio. Las redes sociales han aumentado el modo de difusión de la palabra escrita. Las comunicaciones en la *twittósfera* miden hasta 140 caracteres enviados a través de programas de mensajería instantánea a seguidores y grupos de contacto interesados. En la escritura SMS, las letras y los signos ortográficos se pueden eliminar sin que la información se vea perjudicada. Se trata de una escritura *express*, o mejor dicho, una variedad coloquial ideada para la intercomunicación en tiempo real a través del teclado y la pantalla. La prontoescritura es una

mezcla de destrezas comunicacionales y tecnológicas que ha hecho a los individuos más ágiles a la hora de redactar.

Somos, más que antes, una civilización de la escritura. Nunca se había leído y escrito tanto como ahora. Entre las aplicaciones sociales de internet, el correo electrónico y el servicio de mensajes de texto son los más usados en el tráfico de datos y en las comunicaciones persona a persona. Por una u otra razón, hay quienes prefieren teclear a hablar. En todo el mundo es notoria la tendencia a un mayor consumo de mensajes de texto escrito que de minutos por llamadas en las redes y conexiones telefónicas celulares.

Nuestra civilización ha estado dominada por el modelo lineal de la lectura tipográfica. Internet ha desarrollado una manera diferente de lectura. La tecnociencia consolida prácticas comunicativas emergentes en donde el texto asoma hacia un nuevo paradigma volcado a la lectura multimedia y extensiva.

Se trata de nuevos alfabetismos que favorecen la interactividad y la expresión no-lineal. Los bienes lingüísticos se consumen bajo el imperio de lo que Lafontaine (2004) llama el *paradigma cibernético*. Ya es posible navegar por internet en tres dimensiones. Muchos papeles electrónicos nos llegan no de forma secuencial sino de manera global y envolvente. Los habitantes de la red se mueven a voluntad por el ciberespacio y zigzaguean a través de imágenes, sonidos y palabras en una lectura transmedial que no marcha en línea recta. Según Schooler (2002), el cerebro humano tiene una parte que piensa con imágenes (el hemisferio derecho) y otra que piensa con palabras (el izquierdo). La neurociencia sugiere que se podría ir hacia un desplazamiento de la lateralidad en las terminaciones periféricas que controlan el dominio verbal. En una idea de la comunicación como simultaneidad, los *netizens* pueden

leer en todas las direcciones y con la velocidad deseada un una dimensión interactiva que se aparta de la linealidad y el estilo plano.

La mente de la persona que vive en el mundo de la cibernética tiene, por fuerza, que proceder a unas correlaciones estéticas enteramente diferentes a las ya conocidas. Los avances técnicos pueden llegar a tener una incidencia decisiva en la literatura. Vouillamoz (2000) habla de la convivencia futura de dos ámbitos artísticos distintos: el de la poesía asociada a la cultura impresa y el de la poesía producida para una plataforma electrónica que da paso a formas de creación como los audiolibros o los textos con imágenes, sonidos y animación por computadora.

La ciberliteratura forma un sistema abierto de originalidad y creatividad infinitas, además de la permanente fascinación de lo ambiguo y lo ficticio. El *net-art* produce fuertes cambios discursivos basados en la fusión de la palabra con sonidos y gráficos gobernados por programas específicos. Gran variedad de productos artísticos recurren a las formas más diversas de hibridación de medios y géneros. Muchos lectores pasan la mayor parte del tiempo ampliando los *fanfics* o hiperficciones escritas por otros cibernautas a partir de libros, películas, videojuegos o series de televisión. Los lectores se habilitan como autores y producen textos instantáneos que pueden cambiar a cada hora, a cada minuto, a cada segundo. El texto no permanece fijo en un soporte determinado. Las prácticas artísticas en red descubren otras vías de acceso y de conexión con la literatura. Aparecen en los textos alógrafos y de autoría múltiple orientados, por ejemplo, al *mash-up*, el *avant-pop* y el *copy-left*. Los resultados son una expresión de la interactividad participativa, producciones colectivas que abandonan el esquema de la creación de autor para disponer nuevamente y de otra manera de los medios de expresión grupal.

Aarseth maneja la noción de *hipertexto* para referirse a esta comunicación empujada, rizomática, discontinua, “cuyas secuencias de palabras pueden variar de lectura en lectura debido a la forma, las convenciones o los mecanismos del texto” (1997). El hipertexto se asocia ya a texto electrónico o informatizado: “entendemos por hipertexto no sólo a un texto que contiene a otro sino a un texto o nodo informativo que puede llevar al lector/receptor directamente a otros textos/nodos en la red” (Martosgarcía, 2010). La hipertextualidad puede ser concebida como una mutación cultural. Las técnicas comunicativas se transforman desde el momento en que podemos desarrollar el discurso según una sintagmática que no es secuencial sino abierta y relacional con múltiples saltos y conexiones hacia añadidos y complementos. En la textualidad electrónica podemos elegir y movernos de un nodo a otro libres del condicionamiento cultural de la comunicación lineal. No es una comunicación más. Son prácticas desarrolladas en un código de intermedia y de lenguaje total. Para que exista la noción de hipertexto debemos ser capaces de crear los vínculos y asociaciones de textos, imágenes y sonidos que nos permitan escoger una opción entre un conjunto de caminos alternativos.

Los lenguajes emergentes de la tecnociencia van ligados, en su conjunto, a los más fuertes desplazamientos culturales de la postmodernidad. La subcultura *computer-geek* afectará a todo el mundo mientras siga creciendo la afición por las redes sociales y el uso de los teléfonos portátiles. Además de la función comunicativa, el correo electrónico centrado en la *web* se ha convertido en un gigantesco almacén de datos e informaciones con disponibilidad y acceso permanente desde el teléfono celular, la cuarta pantalla, punto de convergencia de la computadora, la televisión y el cine.

El cine llega al público en forma de películas grabadas con cámaras digitales compatibles con los teléfonos móviles. La televisión *on-line* ya no es un sueño. En la pantalla del celular se pueden ver noticias o juegos televisados en vivo. Las grandes cadenas decidieron poner en la red las series dramáticas que forman parte de su parilla de programación. Usamos nuestros celulares para tomar fotografías, escuchar música o acceder a las redes sociales. La Fama circula en el bolsillo de la gente mediante microcomputadoras asociadas a dispositivos de telefonía móvil, cuya usabilidad nos provee de lo que necesitamos para comunicarnos y entretenernos en la vida diaria.

El teléfono celular se convierte en nuestro canal portátil de creación y consumo de contenidos personales en la vida cotidiana. Ninguna tecnología se ha difundido con tanta rapidez en toda la historia. Según los cálculos de CONATEL, en Venezuela hay más líneas de teléfonos celulares que habitantes. Gracias a la telefonía celular con sistema GPS incorporado, cualquier individuo puede controlar el paradero exacto de sus interlocutores desde su pantalla móvil. Los teléfonos con tecnología cartográfica se emplean cada día con mayor frecuencia para hablar y navegar en el mundo real. Esta sinergia hace posible que se condense en un mismo objeto lo virtual y lo físico.

Vivimos tiempos de información desenfadada. El ritmo de los cambios no tiene comparación con ningún otro período de la historia humana. El progreso en el manejo de datos se ha hecho acelerado. El surgimiento de nuevos sistemas satelitales está modificando profundamente los canales de información. Los periódicos pueden ser descargados de la red, traducidos a muchas lenguas y difundidos a todo el mundo de una manera increíblemente veloz. La Fama vuela de una memoria a otra con archivos de

información y con nuevas posibilidades de entretenimiento. Pronto un *ipod* podrá abarcar toda la música comercial. La nanotecnología permitirá comprimir la información de todas las bibliotecas en un dispositivo del tamaño de un aparato de bolsillo. Los diseñadores computacionales trabajan en el desarrollo de más tecnología de este tipo al miniaturizar los *chips* y los teletandos electrónicos para darles nuevos poderes maravillosos. Todos los libros del planeta estarán en internet y podremos leerlos en las pantallas de tabletas portátiles ultraplanas. Ya existe una biblioteca digital mundial en distintos idiomas para todos los continentes.

En la sociedad de la red, la circulación de saberes e informaciones es un fenómeno de proporciones incalculables. Los direccionadores para distribuir datos son cada día más rápidos. Los mensajes por fibra óptica de alta velocidad se extienden hasta las situaciones de la vida cotidiana y los programas para compatibilizar múltiples nodos de comunicación son mucho más eficaces e inteligentes. Las redes móviles se preparan para la transición hacia la 4ta generación. Ahora mismo hay pantallas de televisión y computadoras adaptadas a las imágenes tridimensionales. El almacenamiento holográfico de datos es el próximo paso.

Cada día que pasa vivimos acorralados por más información. A veces localizarla de manera precisa requiere de gran habilidad. La proliferación de referencias lleva al resultado contrario: la desinformación. La gestión del conocimiento está sujeta a un sinnúmero de documentos y enlaces electrónicos que en algunas ocasiones resulta difícil manejar de forma eficiente. Una marea de datos que crea dependencia sin importar si son errados o innecesarios. A través de los medios nos enfrentamos a una gran

producción de expresiones culturales que son imposibles no sólo de conocer sino simplemente de asimilar y mucho menos comprender. Todo filtro es bien recibido frente a los enormes volúmenes de informaciones que saturan el espacio cibernético creado por las redes virtuales de transmisión.

Para contrarrestar el poder de la Fama, Saul (2000) busca resituar el Principio de la Duda e insiste en que ésta es esencial para sustraernos al control de los medios. También Grass (2007) recomienda no creer en verdades absolutas, ni políticas ni artísticas, y siempre ponerlas a prueba. En realidad, oír sin comprender no es grave. No es posible que entendamos todo lo que oímos y todo lo que vemos. Tampoco es posible permanecer en estado de escepticismo perpetuo. Pero escuchar, leer o ver sin dudar es aventurado.

Estamos saturados de datos y conocimientos que se han convertido en una forma de control. La configuración de la realidad depende del dominio que ejercen los medios sobre las imágenes y las representaciones socioculturales de la vida cotidiana. También las identidades se construyen mediante el flujo de conocimientos e informaciones. Las identidades no son inamovibles, son dinámicas y se renuevan constantemente en un proceso cambiante y dialéctico. En términos de Giddens (2000), asistimos a un verdadero proceso de desanclaje cultural. Las identidades no se estructuran desde la inmanencia de la lengua y las tradiciones sino desde la interacción de la cultura con los mercados transnacionales de la comunicación.

Los intereses económicos acompañan a las ideologías globalizadoras y son cómplices de las artimañas mediáticas. Las tecnologías de comunicación son percibidas como fundamentales para el desarrollo socioeconómico globalizado. La información es empaquetada según la estimativa

de corporaciones que se pasean por el mundo sin estar atadas a ninguna nación en particular. La Fama vuela aceleradamente hacia la imposición mundial de una manera única de pensar. Según Bracho, la globalización “representa un sistema tecnológico cuya característica fundamental se encuentra en los sistemas de información” (2008). Al extenderse a la esfera de la información y el conocimiento, la globalización deviene en *pensamiento único* que adopta la forma de una sola cultura y una sola lengua.

No se trata de imponer una cultura planetaria sino de difundir modelos políticos y económicos no sujetos a un territorio específico. En verdad, los valores de la globalización no corresponden a ninguna cultura pese a estar asociados a ciertas peculiaridades de la civilización tecnológica angloamericana. El idioma inglés, por ejemplo, se ha impuesto como la *lingua franca* de la globalización y sabemos que imponer una lengua es imponer una cosmovisión y una estructura de la realidad: misma lengua, misma manera de pensar.

Estamos envueltos en un mercado lingüístico global con proveedores que trabajan a través de distintas culturas y continentes. La *geo-cultura* sigue un proceso que supera con creces a las formas habituales en los sistemas coloniales. El colonialismo fue siempre una empresa de ocupación territorial. Hoy día la geo-cultura se sustenta en un colonialismo sin territorialidad que se extiende a la mentalidad y los productos espirituales de las sociedades dominadas. En su afirmación hegemónica universal, el paradigma tecnoeconómico globalizado atenúa los nexos con la tradición y el territorio, modificándose la forma de entender la representación de los imaginarios nacionales. Tal como lo emplea Glissant (1997), el imaginario son las construcciones simbólicas por medio de las cuales

una comunidad cultural se define a sí misma. Los medios crean imaginarios transnacionalizados orientados a la reproducción hegemónica del *sistema-mundo* occidental descrito por Wallerstein (2005).

La industria de las comunicaciones es una de las más importantes fuerzas productivas del sistema-mundo capitalista. Las leyes del capital condicionan el desarrollo tecnológico en sus aspectos cultural y político. La Fama sigue su camino adaptándose a la nueva época, sorteando los obstáculos que se le ponen con una rapidez notable y sirviéndose de los inventos desarrollados por las transnacionales de la información.

McQuail llama *sociedad de la información* a “aquellas que han pasado a depender de complejas redes electrónicas de información y comunicación y que dedican la mayor parte de sus recursos a actividades de información y comunicación” (2000). Vivimos en una sociedad y una economía de la información. En la civilización postmoderna, la sociedad de la información se amalgama con la llamada *sociedad del conocimiento*. La Declaración de Santo Domingo, adoptada por la OEA en 2006, propone una sociedad basada en el conocimiento de los ciudadanos para competir exitosamente frente a los cambios científicos y económicos del mundo actual.

Nuestras relaciones de la vida diaria dependen la mayoría de las veces del tráfico de informaciones y conocimientos más que del intercambio de bienes materiales. El exceso de conocimientos tiende a enmascarar la realidad volcando demasiadas cosas sobre ella. Las informaciones son datos que adquieren un valor y un provecho por encima del que poseen por sí mismos. A mayor información, de acuerdo con Carr (2011), el pensamiento tiende a hacerse superficial y se orienta hacia lo breve, lo rápido y lo útil.

La información que no responde a los principios de utilidad y plusvalía es considerada inservible. De una u otra manera, todos comerciamos con informaciones mediante la aplicación del conocimiento, y éste, propiamente, no es más que la comprensión de la información y de su valor, utilidad y provecho en los diversos contextos del mundo de la vida cotidiana.

*La perspectiva pléctica.
El dialecto de la tecnociencia.
El giro científico
y el humanismo cuántico.*

Pero hay contenidos que se justifican por sí mismos en virtud de una utilidad que la razón práctica no maneja. En el hombre existen impulsos que carecen de explicación proficiente y que no podemos comunicarlos más que por medio del menos utilitario de los lenguajes: el de la poesía y el arte. La literatura existe allí donde la palabra no se limita únicamente a enunciar o informar. Para Todorov (1974), los discursos poéticos exigen la interpretación del lector por su carácter de ficción o su mera ambigüedad y ésta es su característica más general y distintiva.

Poetas, dramaturgos y novelistas crean un sentido del arte mediante su capacidad para manejar palabras y estructuras textuales. La literatura crea su propia referencia, su propio universo dentro del lenguaje, mucho más rico que la praxis y las criaturas de la vida cotidiana. Desde la perspectiva de los Estudios Culturales, las creaciones poéticas, así como las obras narrativas y teatrales, pertenecen a un sistema de architextos con una función semiótica distinta de la comunicación práctica y sirven como modelo para interpretaciones relacionadas con otras dimensiones del lenguaje. Aquí la palabra se libera de

la instrumentalidad de la comunicación para cargarse de unos contenidos que se conducen, en su conjunto, como una frontera con la realidad.

Las leyes que gobiernan el mundo físico son distintas a las leyes que rigen el cuento y la novela, creaciones imaginarias en todo o en parte donde la realidad adquiere cualidades inusitadas. También la historia y la religión participan de la imaginación creadora. La lengua es un vehículo portador de significados culturales masivos. Los bienes lingüísticos tienen distinto valor y el máximo está representado quizás por las producciones literarias, filosóficas y mitológicas de una sociedad. La ciencia es otra forma de relato así como la literatura, la historia o la filosofía. Se trata de sistemas heurísticos que contribuyen a hacer más sutil la comprensión del lenguaje como configurador de los acaccimientos del mundo de la vida, incluyendo aquellos que son maravillosos e invisibles.

La realidad es entendida como algo distinto de los datos de la imaginación. Mas es difícil concebir la realidad histórica sin imaginación creadora pues los hechos en bruto, por sí solos, significan poco o nada. En cierta oportunidad Einstein dijo que la imaginación creadora es más poderosa que el conocimiento. La imaginación filosófica parte de la realidad pero se aleja de ella mediante el pensar profundo y descubre categorías que jamás se podría creer que llegasen a existir. La vida cotidiana es a la vez muy sencilla y bastante difícil. Hay una dimensión oculta detrás de lo que está a la vista de todos nosotros y la religión nos habla de ese ámbito mediante relaciones sobrenaturales. También la ciencia asegura que es posible tener un conocimiento fidedigno del universo y enseguida nos muestra fenómenos que nunca se vieron o que todavía no han sido observados.

Pléctica es una noción que se refiere a la simplicidad y la complejidad de los fenómenos tal como se manifiestan en el arte, en la naturaleza, en el pensamiento o en las interacciones sociales de la vida cotidiana. La simplicidad nos seduce en un mundo saturado por los datos, las noticias y los enredos de todo tipo. El Principio de la Navaja de Occam, el filósofo nominalista inglés, sostiene que en condiciones normales lo más simple es lo que tiene mayores posibilidades de tener éxito. Para Gell-mann (1994), lo simple es lo general. Lo complejo es lo individual, las personas, la vida cotidiana, o sea, los pequeños acaecimientos que suceden diariamente a nuestro alrededor y que están compuestos por múltiples elementos interconectados. Las cosas simples se vuelven complejas cuanto más accedemos a los detalles que las conforman. Al aumentar la complejidad, disminuyen las posibilidades de expresarnos con exactitud y pertinencia de acuerdo con el Principio de Zadeh, el matemático iraní-estadounidense.

En la vida diaria, lo simple y lo complejo son correlativos el uno del otro. El pensamiento complejo exige la facultad de comprender. No podemos disociar la perspectiva pléctica de la inteligibilidad con que un hecho, un mensaje o una situación pueden ser entendidos. Al conocimiento simple se le podría llamar *aprehensión*, al conocimiento complejo *comprensión*. Frente a la percepción *aprehensiva*, la *comprensión* implica un entendimiento de las relaciones y los principios de un fenómeno a veces calificado como *incierto*.

En las Teorías del Caos y la Complejidad, la incertidumbre es la condición predominante de la vida. Los pueblos primitivos se enfrentaban a la incertidumbre a través de diálogos rituales con la naturaleza y con las potencias invisibles causantes de las sequías, las crecientes, los incendios o el frío extremo. La sociedad occidental ha

seguido otro camino. Sueña con la posibilidad de eliminar la incertidumbre mediante la conquista y el control de la naturaleza y el entorno social.

La tecnociencia se desarrolla por el impulso de la especie humana a dominar el ambiente e imponer su preponderancia. Las grandes innovaciones de la ciencia son el núcleo de la evolución material de la humanidad. Hoy día los cambios científicos y tecnológicos producen fuertes transformaciones en la manera de relacionarnos socialmente. El lenguaje de la tecnología satura las comunicaciones de la civilización postindustrial. Sin duda, la tecnología moderna es una de las más altas señales de la cultura y la inteligencia humanas.

La civilización occidental está ligada a la tecnología. Sabemos que todas las sociedades han tenido sus técnicas pero la tecnología es un invento occidental. El hombre contemporáneo sólo admite un modo de conocimiento válido: la ciencia. Las viejas sabidurías se convierten en pasado cultural y pasan a ser informaciones que no interesan para hacer ciencia. El discurso de la ciencia desplazó a la filosofía como un saber prestigioso. La magia, la alquimia, la astrología y todo lo que no puede ser analizado desde el punto de vista de la epistemología científica, debe ser desestimado como *material-basura*, o sea, contenidos que no encierran información útil y cuya función, por tanto, resulta desconocida y prescindible. La tecnología se aprovecha de la ciencia y se presenta a sí misma como la única forma de racionalidad legítima (en lo sucesivo, usamos los términos *ciencia* y *tecnología* como sinónimos). En la sociedad postindustrial, la conciencia tecnológica se ha erigido en ideología y mundividencia al mismo tiempo.

Los dialectos científicos no son variaciones idiomáticas producidas por el elemento geográfico. En realidad, el

discurso de la ciencia constituye un campo análogo al de otros campos discursivos que se registran en la sociedad. La Teoría del Giro Lingüístico ve estos dialectos como una manifestación social más e iguala el habla de los científicos a los estilos y prácticas diafásicas de otras tribus urbanas en la vida diaria.

En la ciencia moderna concurren las dos corrientes filosóficas de más larga tradición: la empirista y la racionalista. Por una parte, ninguna sabiduría puede basarse en métodos que no estén contrastados con la experimentación. Por la otra, la razón puede llegar a conocerlo todo usando el lenguaje adecuado. Según Leibniz (1977), existen dos tipos de verdad: la verdad de hecho y la verdad de razón. La primera depende de la experiencia y, por consiguiente, tiene una certeza limitada. Las verdades racionales son totalmente lógicas y no pueden ser negadas sin caer en contradicción. En cualquier caso, los dialectos científicos no llegan a ser muy diferentes entre sí porque se basan en la experiencia o en la razón para reducir a lo simple y cierto todas las complejidades del mundo de la vida.

A esto se suma un uso del lenguaje que pretende ser verdadero o falso en relación con lo real, es decir, con las cosas que tienen masa y que son directamente mensurables en gramos, segundos y centímetros. Sin embargo, el lenguaje de la tecnociencia está formado por enunciados verificables pero también por proposiciones sin contenido palpable. Para los autores del Círculo de Viena, la ciencia es un lenguaje racional unificado a través de proposiciones protocolares y proposiciones sintácticas. Según se cree, el único lenguaje que contiene conocimiento es el de la ciencia en cuanto a que es descripción lógica de un acaecer. Su fundamento son los enunciados protocolares que describen los hechos con términos que designan propiedades observables de las cosas.

Mas no podemos esperar que sea posible explicar el mundo recurriendo únicamente a los casos empíricos que describen las proposiciones protocolares. La gran sintagmática de la tecnociencia es enteramente lógica. Los fenómenos que relacionan la masa y le energía, por ejemplo, están contenidos en una formulación de Einstein de extremada simplicidad pero que solo podemos apreciar como verdad racional: la energía es igual a la masa multiplicada por la velocidad de la luz al cuadrado (o sea: $e = m \times v^2$). Esta formulación de un suceso complejísimo y no directamente visible supone la selección de un lenguaje exacto, sin las ambigüedades que se dan en la literatura o en los otros dialectos de la vida cotidiana.

Las proposiciones científicas son implacablemente racionales y poderosas. Si tuviésemos que expresar una verdad tan simple como el Teorema de Pitágoras $h^2 = a^2 + b^2$, aplicado a una construcción geométrica, esto sería: en un triángulo rectángulo, el cuadrado de la hipotenusa es igual en superficie a la suma de los cuadrados de los catetos. Para los filósofos neopositivistas del Círculo de Viena, la sintaxis lógica impide la babelización, la entropía y la infiltración de fantasmas verbales en los complejos conocimientos técnicos. Lo inconsciente, los instintos, los sentimientos, las emociones y las pasiones humanas son descartables porque restan potencia al lenguaje y al razonamiento lógico. La conciencia científica solo trabaja tranquilamente cuando funciona libre de compulsiones instintivas o perturbaciones emocionales.

La información técnica no puede ser jerigonza incomprensible. El científico busca el máximo de inteligibilidad. La retórica y la semiosis de la ciencia están correlacionadas íntimamente. Nada impide que las proposiciones del lenguaje científico provengan del

aprovechamiento de un símil o una metáfora. Con frecuencia, los dialectos científicos se valen de metáforas, catacresis e imágenes metafóricas para difundir sus nuevos conceptos a partir de otros ya conocidos. Laszlo (1993) cree que las construcciones más efectivas son las que aluden a aspectos concretos y hacen de puente entre el universo abstracto de la razón y el mundo tangible de la realidad y la experiencia.

Se dice que Demócrito, el filósofo materialista griego, llegó a pensar que el mundo real estaba constituido por átomos, elementos invisibles no representables por el pensamiento ni la imaginación. Demócrito sacó esta idea de su cabeza sin acompañarla de ningún tipo de cálculo ni otro elemento de prueba. Rutherford, el físico inglés, se sirve de la imagen del sistema solar como prototipo metafórico para visualizar un modelo coherente del átomo de hidrógeno. La lectura del código genético y las informaciones relacionadas con la herencia se remontan a la época de Mendel. Una célula humana contiene instrucciones en su ADN que llenarían más de mil libros con más de mil páginas cada uno. En Biología molecular, la metáfora de la biblioteca genética pone a la vista el funcionamiento del ADN-ARN humano, un texto de 3.000 millones de caracteres donde los genes serían lexomorfemas cuya gramática revela nuestra herencia, evolución, enfermedades y malformaciones. Watson y Crik, los padres de la nueva genética, dijeron en cierta oportunidad que estábamos aprendiendo a leer el lenguaje con el cual Dios había creado la vida humana.

La civilización occidental pretende imponer la esfera axiológica de la tecnociencia al resto de las culturas y busca colonizar otras formas de racionalidad. La tecnología ofrece poder. Se cree que todo puede ser controlado o explicado mediante el cálculo y la predicción lógica: el amor, la muerte, el universo... En poesía o en su manifestación vulgar, el

enamoramamiento es un magnetismo inefable entre personas en el terreno de la pasión y el sentimiento. En ciencia, el amor puede ser llevado a una fórmula donde una enzima atrae a otra y una molécula forma lazos invisibles con otras moléculas. Eduardo VIII no se enamora de Wallis Simpson sino de un aminoácido, de un conjunto de proteínas y feromonas segregado por las glándulas femeninas de Wallis Simpson. El acto esencial de la vida consiste en morir. Los poetas buscan remedios simbólicos y usan las armas de lo imaginario para patentizar la supervivencia del individuo tras la muerte. En algún lugar Baudelaire dijo que la muerte es un pórtico que abre cielos desconocidos. Los libros de muertos tibetanos y egipcios narran pormenorizadamente ese viaje que los difuntos emprenden por las tinieblas hasta llegar a las lejanas praderas del paraíso (para la Dianética y la Cienciología, el viaje eterno se realiza en platillos voladores y no en la barca de Caronte). Para el hombre de ciencia, la muerte no abre ninguna puerta, no representa ningún misterio, es el final de la vida inscrito en el ADN-ARN mucho antes del nacimiento de la persona: clínicamente, es la anoxia cerebral, el silencio isoelectrico, la situación que registra un encefalograma plano de 36 a 72 horas. El científico tiene poder gracias a su conocimiento y lenguaje especializados. Desde el punto de vista de los Estudios Culturales, es el equivalente de otras figuras emblemáticas de la esfera de la magia y la religión: el sacerdote, el chamán, el brujo.

Más de un 90% de los científicos que han existido viven en la actualidad. Desde mediados del siglo pasado, según Asimov (1971), se han publicado los resultados de tantas investigaciones científicas como hasta entonces habían aparecido en toda la historia del hombre. Del Pleistoceno superior hasta el presente, dice Carl Haub (2002), la tierra ha sido el hogar de más de 105.000 millones de seres humanos.

De esos 105.000 millones, poco más de mil individuos son o han sido científicos, no muchos en comparación con los poetas, los artistas o los filósofos.

La vida cotidiana es el mundo de los hechos que se pueden ver sin microscopio ni telescopio. De las cosas invisibles no tenemos sino indicios. La ciencia trasciende la vida cotidiana. Estamos rodeados de fenómenos que no podemos percibir directamente en virtud de nuestra fisiología humana. ¿Qué es la gravedad? ¿Qué es la materia? ¿Cómo son las ondas sonoras? ¿Cómo son las partículas atómicas con las que nos relacionamos a diario sin llegar a conocerlas? ¿Qué es un neutrino, dónde se esconde, cómo es posible detectar algo que es invisible? A Gorgias, el filósofo y orador griego, se atribuye un nihilismo según el cual nada existe fuera de aquello que podemos captar a través de nuestros sentidos. Y si otra cosa existiese, no lograríamos percibirla, y aunque pudiésemos percibirla, no conseguiríamos comunicarlo en un lenguaje preciso. Sólo una parte de la realidad es capaz de producir su impacto en nuestro intelecto o en nuestros receptores nerviosos. Las frecuencias supersónicas que pasan de 30.000 ciclos/seg. no son sintonizables por el oído humano y nuestra retina no reconoce colores ni reacciona ante ondas cuyas longitudes no estén comprendidas entre 3.600 y 7.800 angstroms. La tecnociencia logra detectar con un instrumental poderoso el mundo invisible y lo transforma mágicamente en algo que podemos ver, oír, decir, calcular y medir.

La cultura nace cuando el hombre fabrica instrumentos para dominar el mundo. Puede considerarse la tecnología como la “secuencia de operaciones creadas por el hombre para hacer cosas que no serían posibles de otra forma o para hacerlas más baratas, más rápidas o más fáciles” (Valhondo, 2003). De muy antiguo, los seres humanos aplican técnicas al conocimiento, al trabajo, a las herramientas y a la industria.

En el Pleistoceno inferior, los australantropos se habían servido de palos y piedras, no como objetos de la naturaleza, sino como productos que podían emplearse eventualmente como armas para la caza en forma de lanzas y hachas. Sin nadie saberlo, los australopitecos estaban inventando el instrumento.

La conciencia científica necesita lenguajes e instrumentos eficaces para cumplir su cometido. El *homo sapiens* es una especie tecnológica. Construye telescopios espaciales, cámaras de fusión, aceleradores de partículas, reactores nucleares y bombas inteligentes: “el hombre dispone de las herramientas necesarias para construir vidas, cuerpos y mundos gracias al instrumental de una tecnociencia todopoderosa” (Sibilia, 2005). La distancia entre la creación y la destrucción es corta. En la sociedad postindustrial, la tecnociencia ha creado un universo en el que predomina un valor capital: el poder. Las armas son su objetivación más concreta. La potencia y eficacia de las armas son símbolos del nuevo imaginario que ha surgido en nuestro mundo de la vida diaria. Al contemplar su obra, el estallido de la primera bomba atómica en Hiroshima, el arma tecnológica más letal hasta entonces conocida, Openheimer dijo: “Me he convertido en la muerte, la destructora de mundos” (citado de memoria). La tecnología podría estar tal vez en la base de los modelos que llevarían indefectiblemente a la depredación del planeta.

La tecnociencia trae la muerte y salva la vida. La ciencia manipula los sillares genéticos de la humanidad con miras al tratamiento de las enfermedades. A partir de la decodificación del genoma humano, la medicina como un saber de salvación ha alcanzado un estadio industrial. Sin duda, el desarrollo tecnológico ha abierto una nueva imagen del mundo. El hombre aprendió a volar y prepara el camino

hacia las estrellas. Se asoma al mundo microscópico e indaga los secretos de la materia y de los organismos invisibles. A causa de su éxito, la razón instrumental ha intensificado nuestra percepción de un universo mecánico regido por un extenso recetario de conocimientos y fórmulas lógicas aparentemente infalibles.

El conocimiento nunca se está quieto. Las costumbres cambian, la filosofía y la ciencia también. Hay épocas de gran creación de doctrinas científicas, otras de renovación, otras de simple conservación y otras de crisis o destrucción. Aquí hay dos presupuestos complementarios: a) que toda época produce unos conocimientos con un cierto grado de permanencia, es decir, de resistencia a las sucesivas mutaciones propias de las sociedades humanas, y b) que esta estimativa de saberes resulta, no obstante, algo dialéctico, que no se completa nunca y está siempre sujeta a innovaciones y cambios.

La imaginación científica varía con la historia. Tal como lo explica Comte (1999), el carácter cambiante de la noción de ciencia resulta evidente en el enorme salto que representó el paso de un modelo teológico y metafísico a uno positivista expresable en leyes generales. Los humanistas del Renacimiento habían sentado las bases para una creciente separación entre el hombre y la naturaleza. Para el hombre moderno, todo cuanto existe en el universo gira en torno a él. Desde el siglo XVI, la ciencia crecía en la misma proporción en que aumentaba el antropocentrismo y la confianza en la *verité de raison*. El racionalismo ilustrado es refractario a la concepción teocéntrica del mundo medieval. El sabio antiguo se convierte en astrónomo, en químico, en físico. Donde penetran la experiencia sensible y la razón, se retira la fe. No basta ya con la autoridad dogmática de los padres de la iglesia. El conocimiento no se busca en

los monasterios sino en las universidades. La ciencia, no la teología ni la metafísica, explica las cosas con un lenguaje exacto, convincente y universalmente válido, opuesto a todo tipo de sobrenaturalismo religioso.

La ciencia moderna solo reconoce como real y verdadero lo que puede expresarse mediante proposiciones y signos numéricos. La interpretación del universo se realiza con los aportes de la física y la geometría a la filosofía. No hay ley ni experimento que no se pueda expresar matemáticamente. Los saberes humanísticos procuran adquirir un aire científico centrando su actividad en el cálculo de datos y hechos comprobables por medios estadísticos. Un saber es tanto más verdadero cuanto mayor relación tenga con respecto a la matemática, modelo de la ciencia exacta y un poderoso instrumento para la descripción de toda realidad fisicoquímica.

Con la revolución astronómica de Copérnico, se abandona la imagen antigua del universo. La teoría geocéntrica afirmaba que la tierra era el centro de la creación y que el sol ascendía sobre ella y se ocultaba por debajo originando así el día y la noche. Euclides condensó en sus *Elementos* las concepciones de todos los científicos que consideraban la tierra como centro de las galaxias. Los estrelleros medievales sabían que el mundo era un disco plano (hecho evidente por la sombra circular que proyecta durante un eclipse de luna), del mismo modo que sabemos hoy que es una bola gigantesca achatada en los polos y abultada en el ecuador. El paradigma cognitivo cambió con la certeza de un planeta que flota en el espacio inconmensurable sujeto a los principios mecánicos del movimiento de los cuerpos. Toda la astronomía estaba equivocada. La tierra gira alrededor del sol y ya no es el centro del universo. Galileo es el creador del razonamiento

científico que producirá conocimiento y lenguaje sobre el mundo en una extensa miríada de fórmulas lógicas. Newton generaliza sus observaciones sobre las órbitas planetarias y la caída de los cuerpos en tres leyes que describirían el funcionamiento total del cosmos.

Watt perfecciona la máquina de vapor y junto con ello florecen todos los beneficios y los peligros del sistema tecnológico industrial. Una nueva energía transporta materiales a mayores velocidades y teje una red de comunicaciones alrededor del planeta. La imagen tecnológica del mundo será el motor de un progreso visible a través de objetos privilegiados: las máquinas (en la Antigüedad, Arquímedes construyó artilugios por el solo gusto de estudiar su funcionamiento y descubrir así las bases mecánicas que las regulaban). El universo es concebido como una máquina perfecta. Los filósofos exponen una cosmovisión mecanicista de la realidad natural mediante los principios que rigen la materia en movimiento. También el hombre es visto como una construcción biológica compleja semejante a una maquinaria con sus órganos orientados hacia una finalidad. Desde este punto la existencia humana se transforma, cambian las técnicas y la cultura, que a partir de acá se regirán por el mecanicismo y la racionalidad instrumental.

Mendel y Darwin nos enseñan a ver la vida cotidiana en clave genética y evolucionista. De las ecuaciones electromagnéticas de Maxwell surgirán en poco tiempo innumerables aplicaciones tecnológicas a la industria de las telecomunicaciones. Muchos fenómenos de la vida diaria pueden ser predichos científicamente antes de ser contemplados como realidad fáctica. La ciencia moderna valida la noción de lo que vemos está lejos de ser todo lo que existe. La Teoría Bacteriana confirmó que ciertas

enfermedades se contagian por la acción de seres vivos que viajan por el aire y que son inobservables a simple vista. En su tabla periódica, Mandeleiev dejó espacios vacíos que representaban elementos químicos no descubiertos todavía y describió las propiedades que debían tener dichos elementos. Otro hecho crucial determinó el programa que seguirían los trabajos científicos hasta fines del decimonono: la simple existencia de los rayos ultravioletas e infrarrojos, realidades de gran complejidad que habían eludido la observación porque eran invisibles.

Los Estudios Culturales no pueden pasar por alto la trascendencia de la tecnociencia en la sociedad occidental. El *determinismo tecnológico* se basa en “la creencia de que las fuerzas técnicas son quienes determinan los cambios sociales y culturales” (Lardone, 2007). La ciencia está conectada con el sistema económico y éste con el de las construcciones hegemónicas. Desde su función ideativa, los dialectos científicos están delimitados por el campo del discurso, es decir, por el uso que de ellos hacen los especialistas en relación con su contexto y sus interlocutores.

Adorno (2003) y los autores marxistas de la Escuela de Frankfurt sostienen que la ciencia no puede separarse de las desigualdades que se han producido bajo distintas formas en cada época de la historia. El incremento del poder de la tecnociencia sobre el mundo es al mismo tiempo un aumento del poder de una clase de hombres sobre los demás. La ciencia también forma parte de la hegemonía. *Causa gratia*, la evolución biológica serviría de modelo a la tesis del *social darwinism* propuesta por Spencer a mediados del siglo XIX (Taylor, 2007). La teoría de la supervivencia del más apto y el más fuerte será usada para justificar la estructura socioeconómica y dar por supuesto que lo que logra sobrevivir e imponerse es mejor que todo aquello que

no lo consigue. Los peores adaptados quedarían excluidos de la sociedad competitiva. Lo que hoy se llama *capitalismo salvaje* significa el derecho del más fuerte en la competencia para dominar al otro. El neoliberalismo no hace otra cosa en el fondo que volver a proyectar mediante un modelo económico las ideas del darwinismo social. Es una cuestión vinculada con la posición de las clases hegemónicas, que ocupan el lugar preponderante en la sociedad porque son mejores y ello justificaría la relación de supremacía de dichas clases.

Los Estudios Culturales saben que la tecnología actúa para satisfacer aspectos económicos en un mundo globalizado. Los genes son unidades del factor hereditario indispensable para el surgimiento de una función o un carácter dado mediante una partícula de ADN. En los modelos capitalistas avanzados, este saber es la materia prima que sirve para la elaboración y la patente de productos industriales básicos de la vida diaria: alimentos, medicinas, cosméticos, entre otros. Las patentes protegen el uso comercial del conocimiento científico. Al fin y al cabo, la tecnología no es más que la aplicación industrial de este conocimiento.

Los empresarios son los verdaderos propietarios del conocimiento forjado en los laboratorios de la tecnociencia. Villalba dice que “la industria biotecnológica se vale de la propiedad intelectual para que el conocimiento pase a ser propiedad de las multinacionales” (2005). Asimismo, la ciencia se encuentra perturbada por intereses políticos. Los gobiernos financian proyectos de investigación a gran escala, que determinan la invención, la promoción o la desaparición de materiales genéticos determinados. Hoy la actividad biotecnológica se resuelve en el terreno de la administración del conocimiento, donde intervienen factores políticos, económicos, ideológicos y morales en un entorno mundializado.

El conocimiento científico no es imparcial y forma parte de un territorio en disputa permanente. La verdad yace suspendida sobre un fondo gelatinoso. Las leyes biológicas acaso no corresponden a una realidad perdurable e inamovible sino al modo peculiar de registrar los hechos por parte del observador científico. La ciencia existe enmarañada con instituciones e intereses de todo tipo. En la Unión Soviética, los seguidores de Lysenko decían que la ingeniería genética era una patraña publicitaria de la burguesía capitalista. Apreciaciones de este tipo no dejan de pertenecer al universo de la ideología y el punto de vista, lo que comprueba, una vez más, que también los hombres de ciencia ven las cosas según el color y el alcance de sus cristales.

La relación con el mundo no pudo mantenerse tal como lo imaginaron los hombres del decimonono y su desaprensivo control de la naturaleza con los métodos verificables de la experiencia y la razón. Los Estudios Culturales contemporáneos se decantan en contra de la absolutización del saber científico tradicional. Una de las más fuertes radicalizaciones de la postmodernidad está en el desplazamiento de lo objetivo a lo subjetivo.

Se dice que toda ciencia es un conjunto de conocimientos comprobados objetivamente sobre la naturaleza de las cosas o sus condiciones de existencia. Las diferentes maneras subjetivas de percibir o interpretar la realidad no tienen relevancia científica. Objetividad significa identidad con el mundo de los hechos, con lo que es, con lo que está a nuestro alrededor enmarcado en coordenadas de tiempo y espacio. Es objetivo lo que puede ser percibido de la misma manera por diversos individuos. El ideal de los Estudios Culturales no es la certidumbre ni la neutralidad en el sentido científico clásico. Ya no se puede mantener una visión objetiva, única

e independiente del hombre y sus creencias, prejuicios, valores, intenciones e intereses. Desde el punto de vista del *giro científico*, no existirían conocimientos estrictamente objetivos sino interpretaciones de la realidad que pueden muy bien exigir una combinación de objetividades y subjetividades.

Los acontecimientos del mundo físico no son independientes de los sistemas de referencia desde los cuales se observan. Ya dijimos que una de las características de la información y el conocimiento en nuestros días es su relatividad. Con los sofistas había nacido el relativismo filosófico acerca del conocimiento de lo real. Protágoras, según Platón (1977), fue uno de los primeros en analizar los medios con que el hombre podía configurar la realidad y hasta qué punto podía llegar a conocerla. Debíó admitir que lo que tenemos por cierto en un momento y en una ocasión determinada, podría no valer para otra persona o para uno mismo en otro momento y en otros escenarios.

La ciencia brinda una estructura del conocimiento humano pero no es neutra, ni eterna, ni absoluta y ha sido objeto de muchísimas rectificaciones. La ciencia es un discurso en revisión constante. Uno de los aportes de los Estudios Culturales a la postmodernidad consiste, precisamente, en devolver la mirada de lo permanente a lo transitorio. Kuhn (2005) dice que la verdad científica es relativa y pasajera, vigente para cierto momento y dentro de ciertas áreas específicas. La tecnología ofrece respuestas válidas para una época pero que no tardan en quedar anticuadas y son corregidas o reemplazadas. Científico no significa verdadero, correcto o absolutamente válido. Para comprender algo debemos indicar las circunstancias particulares que la harían cierta y las otras circunstancias particulares que la harían falsa. Lejos de existir un

conocimiento único, el giro científico admite que lo que hay son modelos que mantienen su validez en sociedades determinadas y durante períodos definidos. La significación de la palabra *ciencia* tiene una fuerte carga cultural. La teoría geocéntrica, por ejemplo, no deja de tener *status* científico por muy descabellada que parezca en la actualidad pues lo importante fue su validez en su tiempo y no en el presente.

La imagen del mundo siempre ha dependido de los métodos de observación disponibles en cada época. Las formas de ver la naturaleza cambian con la historia. En *El cuarto paradigma* (editado por Microsoft Research: <http://t.co/T6nMrq0>) se dice que el desarrollo de la exploración científica se ha basado hasta ahora en tres grandes modelos: el empírico, el racional y el de las simulaciones digitales.

Hasta la Edad Media, la conformación de la realidad se asentaba *in vivo* y dependía de nuestros órganos de los sentidos. Luego, en la modernidad, aparecen el telescopio y el microscopio, entre otros aparatos determinantes de la actividad científica profesional. La realidad *in vitro* es correlativa a una descripción mecanicista de la naturaleza asentada en los instrumentos de medición en el laboratorio. Actualmente, la observación del mundo depende de las simulaciones y las imágenes de alta resolución que ofrecen los *chips* de las computadoras. La *imago mundi* en alta definición es una realidad virtual de los ordenadores electrónicos creada mediante digitalización según determinados programas.

Cada día que pasa nos alejamos del paradigma mecanicista: “Mientras la antigua perspectiva mecanicista enfocaba su objetivo sobre los componentes físicos y sus relaciones mecánicas, la nueva perspectiva se concentra en los procesos dinámicos, en el movimiento y en el flujo” (Briggs y Peat, 1999). Si para el siglo XVIII el hombre era visto como un mecanismo, fue porque para la época

se fabricaron los primeros artefactos que se movían mecánicamente. El hombre del siglo XXI es un constructor de sistemas cibernéticos que permiten dinámicas no-mecanicistas como la autopoiesis, la inteligencia artificial, las estructuras disipativas o las simulaciones computacionales. En las máquinas patentadas por Watt, las piezas se empujan a sí mismas produciendo el movimiento. En el *hardware* de una computadora encontramos un sistema complejo de dispositivos y circuitos integrados que llevan por dentro su propio algoritmo funcional. Esto acarrea un nuevo enfoque del lenguaje y la realidad humana: el hombre que sabe construir mecanismos que funcionan y se comunican cibernéticamente.

La Teoría Cuántica es una de las dos grandes revoluciones científicas y culturales del siglo XX. Will (1992) dice que su fusión con la relatividad ha conducido a una comprensión total no sólo de la fuerza atómica y la física de las partículas elementales sino también de la vida diaria.

La realidad que conocemos puede estar referida a tres categorías fundamentales: la materia, la energía y la información. Todo en la creación material está estructurado por impulsos de energía e información. El hombre y la naturaleza viven en un constante intercambio de flujos informativos. Todo ser viviente es el centro del universo: las plantas, las personas, los animales. Cada uno de nosotros es el centro del universo pero también los demás seres vivos son otros centros del universo. Esto es excesivamente simple y enormemente complejo. La conciencia científica tradicional busca una explicación general, exhaustiva y no contradictoria. A las criaturas vivientes, de los virus a las grandes ballenas, no se les pueden aplicar las leyes de la termodinámica clásica porque son sistemas abiertos que intercambian continuamente energía e información con el medio y actúan en relación con él.

En el mundo cuántico tienen lugar procesos complejos que escapan a todo análisis. La materia puede aparecer y desaparecer o puede estar en un número infinito de lugares al mismo tiempo. El universo conocido se asienta en fuerzas gravitacionales y electromagnéticas responsables de la luz, el calor, la electricidad, el movimiento y de todo aquello que experimentamos como energía en el curso de la vida diaria. Pero hay vórtices cuánticos donde las condiciones físicas son distintas, donde ocurren cosas, o no ocurren, o se producen de manera diferente. La teoría de los sucesos cuánticos se basa en el Principio de Complementariedad. Así, por ejemplo, si la luz es onda o corpúsculo, la física cuántica nos dice que es las dos cosas a la vez, o mejor dicho, en un caso se comporta de una manera y en otro muestra una naturaleza claramente contraria. Lo que es verdadero desde un punto de vista, es ilusorio desde el otro.

Los fenómenos del mundo físico son misceláneos y se conducen de un modo muy aleatorio. Causa y efecto son probabilidades. Nuestro peso corporal, *verbi gratia*, difiere si lo calculamos a nivel del mar, en la altura de una montaña o en la superficie de otro planeta (si no existiese gravedad alguna, nuestro peso sería cero). En actualidad, tenemos una edad exacta pero el calendario sería relativo si permanecemos en la tierra o si viajamos por el espacio a velocidades fantásticas. Ya no se trata solamente de descifrar los hechos en sí, tal como son, sino de la dificultad de intentar conocer la luz, el tiempo, la longitud, la extensión o el movimiento absoluto sin que nos veamos obligados a tomar un sistema de referencia que convierte en relativos estos conceptos.

El descubrimiento del *humanismo cuántico* abre perspectivas que nos permiten entender otras culturas y otras explicaciones de la realidad. Francis Bacon, uno de los

fundadores de las ciencias experimentales, exigía “arrancar a la naturaleza sus secretos” (citado de memoria). Los modelos no-occidentales se oponen a esta alternativa. Las sociedades indígenas, por ejemplo, no tienen que coaccionar a la naturaleza para obtener sus secretos. Antes bien, hacen uso de lo mítico y lo simbólico para orientarse en el conocimiento del mundo de la vida diaria. Los símbolos culturales están al alcance de todos los miembros del grupo, tienden a la unificación, a la identidad del individuo con su entorno natural y humano. Asimismo, el mito es un universo semántico organizado, tiene su propia lógica y sus propios protocolos articulados según una sintaxis distinta a la del pensamiento tecnológico. Para los Estudios Culturales, la legibilidad del mito depende del contexto y de la situación concreta porque es propio de su naturaleza que remita hacia algo no investigable ni comprensible por vías racionales. En el mundo de hoy, precisamente, las comunidades subalternas han sobrevivido unidas alrededor de mitos y símbolos cardinales que las protegen de los procesos de disolución, entropía y muerte cultural.

El mundo sobrenatural. Los mandos mitomágicos y el habla chamánica.

En la vida cotidiana, nadie puede sustraerse al influjo tecnológico pero tampoco puede existir absolutamente al margen de toda mitología: “La Vida Cotidiana se teje de acciones racionales y no racionales, se presenta la razón como la pasión, lo mismo la objetividad que la subjetividad, la ciencia cuanto el mito” (Piña Osorio, 1998). Henderson (1979) y otros discípulos de Jung sostienen que la mitología permanece activa en el *inconsciente colectivo* y puede actuar de forma sutil sobre el mundo de la vida diaria.

La ciencia y el mito dirigen sus esfuerzos a la explicación de aquellos aspectos que poseen alguna importancia para la humanidad. El mito tiene su propia racionalidad, es una forma de conocimiento con un lenguaje diferente al de la conciencia tecnológica, ni mejor ni peor, simplemente distinto. Aspira esclarecer las cosas sin presentar pruebas frente a las pretensiones apodícticas de la ciencia. El mito evoca lo inexpresable por vías empíricas y no puede ser reducido a un epifenómeno de la vida social o a una variable dependiente de la lógica. El mito no niega la razón científica pero tiende, sí, a bajarla del altar de las verdades absolutas e infalibles.

El desiderátum de toda ciencia es la superación de la falsedad por métodos racionales y empíricos. De acuerdo

con Popper (1989), la corroboración de toda teoría científica es proporcional a las pruebas de falsabilidad que resista. No se trata de verificar una hipótesis sino de buscar los hechos que la contradigan o la desmientan. Un principio que no sea falsable no podrá entrar en la esfera del conocimiento científico. Según Chalmer, una buena teoría es aquella que “sea sumamente falsable y resista a falsación todas las veces que se someta a prueba” (1998).

El mito no pertenece a la historia ni proporciona una visión científica del mundo. De aquí que no tenga sentido plantearse un juicio de valoración del tipo: verdadero o falso. Los Estudios Culturales abandonan la idea de que el mito es el reflejo de una etapa prelógica o la expresión de un estado infantil de la mente humana. Hay mitos de todos los calibres: cosmogónicos, antropogónicos, teogónicos, escatológicos, etiológicos, etc. Los mitos acreditan la persistencia en el tiempo de numerosas protohistorias convertidas en parte de la organización profunda del inconsciente colectivo: el padre divino, el salvador del mundo, la creación del universo, el origen del hombre, etc. De acuerdo con Lévi-Strauss (1976), el mito es atemporal y encierra unos relatos comunes a la humanidad que versan sobre hechos pasados simultáneamente relacionados con el presente y el futuro. El mito es un genotexto, es decir, una estructura permanente que funciona como principio generador de las narrativas y los valores espirituales predominantes de una sociedad. La noción de genotexto no puede concebirse independiente del concepto de fenotexto (manifestación o fenómeno textual concreto) y sus relaciones son similares a las que guardan entre sí la estructura profunda y la estructura superficial en el mecanismo generador de la frase.

Los semiólogos centran el interés en discernir la organización del mito a través de esas estructuras constantes

y universales, llamadas mitemas (= genotexto), del mismo modo que el lingüista describe la estructura profunda de una lengua. Así como los hechos de habla son realizaciones del sistema lingüístico, los mitologemas (= fenotexto) vienen a ser las manifestaciones concretas de la estructura profunda del mito en los distintos entornos culturales, religiosos o literarios, o sea, en el contexto de las diferentes mitologías.

El mito no ofrece una contemplación racional, sí una visión inteligible del mundo de la vida. En sentido antropológico, el mito es una estructura colectiva estable, no un cuento ni una invención individual. Es un relato fundacional que sirve de soporte para la construcción de la vida diaria y de las interacciones socioculturales. Según Mèlich (1996), el mito tiene cuatro funciones básicas en la vida cotidiana: (a) la función psicológica, que da sentido a la conducta individual y sus adherencias colectivas, (b) la función histórica, que relaciona al hombre con los antepasados y la memoria ancestral, (c) la función sociológica, que tiende a mantener la cohesión social en un orden que cambia pero nunca del todo, y (d) la función cosmológica, que pone al individuo en comunión con las fuerzas secretas del universo, reintegrando la unidad de los tiempos primitivos como en las antiguas cosmogonías.

Este afán de integración revela la presencia de una realidad concebida bajo los efectos condicionantes de la magia. Los mitos forman parte de los más relevantes aspectos de la herencia cultural. El hombre recurre al lenguaje mágico y al mito para explicarnos el origen del universo, de la sociedad y de las naciones, la cuestión religiosa, la vida después de la muerte o el fin del mundo, la lucha entre el bien y el mal, así como la presencia de poderes trascendentales y fenómenos meteorológicos y astrológicos de difícil comprensión.

La ciencia parte del supuesto ontológico de la separación del hombre y la naturaleza. La tecnociencia usa estrategias

discursivas que dividen la realidad en parcelas manejables. La conciencia tecnológica necesita diferenciar lo humano de todo lo demás: es diabólica en el sentido etimológico de la palabra, es decir, que separa, divide y desintegra, frente a la visión simbólica del pensamiento mítico, que integra, unifica y compacta.

El pensamiento mítico de afianza en la idea de la empatía y la consubstanciación con la naturaleza. Un indio puede establecer una relación de identidad con algún animal o planta, incluso, en ocasiones, con cosas inanimadas e incorpóreas. El jefe sioux Seattle se creía hermano de todos los seres de este mundo: “las flores, el venado, el caballo, el águila y los pastizales son mis hermanos” (citado de memoria). Por contraste, la ciencia proclama la preeminencia y autonomía de lo humano frente a los reinos de la naturaleza.

Cassirer dice que todas las formas de la cultura humana son formas simbólicas: “en lugar de definir al hombre como un animal racional, lo definiremos como un animal simbólico” (1978). El símbolo es el principal medio expresivo de una superestructura mental dominada por la magia chamánica: “La confianza en la eficacia de la acción simbólica es en todas las sociedades la base para la creencia en la magia” (Rincón, 2008). De antiguo, el hombre manipula la realidad con el lenguaje poderoso de los símbolos. En las sociedades recolectoras y cazadoras, el chamán recurre al símbolo siguiendo la lógica del pensamiento mágico, donde el lenguaje debe fundirse de alguna manera con el mundo de las cosas, debe parecerse a él, si es que ha de funcionar como expresión del mismo. Los símbolos rituales pueden ser metafóricos o metonímicos. Ningún símbolo es completamente arbitrario y representa siempre algo mediante la similitud o la contigüidad motivada.

La metáfora y la metonimia dan sentido a las acciones humanas ocultas bajo la máscara de la cotidianidad. Ya sabemos que la metáfora equivale a una comparación tácita fundada en el parecido entre dos términos. Toda expresión metafórica se basa en una relación de similitud o parecido sensible entre dos elementos, *exempli gratia*, entre la foto de una persona y la persona fotografiada, o con mayor amplitud, entre el modelo y lo modelado. Siguiendo a Frazer (1980), la magia se basa en los dos principios posibles de asociación retórica: (a) el principio de semejanza (= metáfora) nos dice que un objeto mágico produce efecto con solo parecerse o imitar a la persona o cosa original. Así, por ejemplo, el cazador paleolítico dibujaba en el techo o en las paredes de la cueva la figura del animal deseado. Herir al bisonte pintado asegura la caza porque es lo mismo que herir al propio animal. El original transmite poderes a la copia y la copia puede a su vez influir o ejercer poderes sobre el original. El chamán marca el ritmo de las palabras en la danza mimética en que hierre al modelo de la fiera con la esperanza del éxito en la cacería. Y (b) el principio de contigüidad (= metonimia): los chamanes de Malí, verbigracia, usan ciertas partes del cuerpo de un animal vivo o muerto (pezuñas, pelos, huesos, dientes, trozos de piel) en la confección de artefactos a los que se atribuye una función mágica. La metonimia es también una *téchne* del cazador primitivo. El objeto mágico afecta a los animales con los que ha estado en contacto y continúa actuando a distancia sobre ellos aún después de haberse interrumpido dicho contacto. La conciencia mágica confunde el amuleto de piel y huesos con la criatura que representa, de manera que al actuar con el primero se cree producir un efecto extraordinario sobre el segundo. En este caso, hay metonimia toda vez que se está invocando una cosa con la figura de otra, mediante una relación no de similitud (como la metáfora), sí de contigüidad. Simplificando, la

metonimia carece de parecido con respecto al objeto, no lo imita, sino que está en correlación de contigüidad con él. No descubre nexos de semejanza sino que surge entre dos elementos que ya están correlacionados entre sí, como el humo y el fuego, la luna y la noche, la nube y la lluvia o la huella digital que distingue a la persona representándola.

La religión y el arte son distintivos de la civilización. Acosta (1995) dice que los animales son parte de la historia y la cultura humana dada la condición del hombre como cazador. En el origen del arte están los pintores y cazadores paleolíticos en su calidad de chamanes. Las primeras obras artísticas europeas consistían en representaciones de animales asociados a la caza. Los animales son causa y razón del totemismo y otros comportamientos religiosos de los indios norteamericanos. La identificación con un animal totémico llega a ser completa entre los iroqueses, que adoran al oso, al ciervo y al lobo, o entre los *creeks* que tienen como tótem al puma y al castor. Entre los nahuas, los hombres están protegidos durante toda la vida por un espíritu animal personal y perenne. Los animales siempre han sido temidos o adorados, sacralizados o execrados, en las culturas prehispánicas centroamericanas: sea como instrumentos de adivinación, figuraciones numéricas o transformaciones de piaches sujetos a nahualismo y metempsychosis.

En las sociedades indígenas, el cazador tiene que someterse a ciertas reglas ceremoniales (de la misma clase que las obligatorias para el guerrero) por temor y respeto al espíritu de los animales que pretende matar. El chamán atribuye a los animales una inteligencia como la suya e intenta propiciarse el alma de aquéllos que son formidables por su fuerza, astucia o velocidad. Los chamanes cazan cantando. Poseen condiciones vocales y musicales. Dominan el arte de la ventriloquía. Funden su espíritu con el del animal. Imitan sus voces y sus movimientos. Se ajustan al

flujo de la naturaleza y su tecnología es la palabra cantada en un acto de magia y encantamiento.

Los Estudios Culturales ayudan a la interpretación del mundo espiritual de los sectores subalternos. El pensamiento mágico supone una concepción religiosa del universo: “Partimos de definir la religión como construcción cultural y social que hace referencia a un sobrenatural” (Houtart, 2008). La percepción humana de lo sobrenatural ha sido el origen de todos los tipos de mitologías. Las religiones son mitologías y no hay una mitología que sea superior a otra.

La relación sobrenatural se transforma en una interacción entre seres humanos y criaturas espirituales con poderes que les permiten actuar sobre las cosas. El mundo animista tiene actuación propia y un sistema propio de perpetuación. La vida cotidiana de los Masais, en Kenia y Tanzania, está habitada por diversos espíritus cuyo conocimiento es del mayor interés. Creer en ellos es como creer científicamente que la realidad está compuesta por un conjunto zumbante de *quarks* o partículas subatómicas fundamentales. Animas poderosas e invisibles se esconden detrás de los objetos, que se comportan respecto de los individuos de la misma manera que éstos entre sí. El chamán tiene la facultad de descifrar los mensajes que pasarían desapercibidos para el resto de las personas. Los fenómenos sobrenaturales acontecen del mismo modo como los hechos humanos. El mundo se puebla de hechiceros que ven las cosas ocultas y gozan de gran influencia en el más allá. Son respetados por muchos y temidos por otros tantos. En Africa central, los bantúes creen firmemente que hay dos mundos, uno visible y otro invisible pero real y coexistente al que se accede a través de la magia chamánica.

El lenguaje mágico es tan poderoso como la tecnociencia. Gracias a su contacto con el más allá, el chamán adquiere

poderes para despertar el amor, aniquilar al enemigo o sanar las enfermedades. La magia requiere ingredientes exactos y fórmulas precisas igual que las ciencias conocidas por el hombre. Si se pronuncian adecuadamente, las voces mágicas pueden funcionar como llaves que abren las puertas de otras dimensiones de la realidad. Quien recurre a la magia puede asegurar la caída de la lluvia o hacer soplar el viento. Puede consubstanciarse con el espíritu de los animales y lograr su obediencia. Aquí la magia subsiste teniendo únicamente a la palabra por causa. Se cura, se hiere y se mata con palabras. Todas las civilizaciones antiguas tienen un amplio repertorio de vocablos y oraciones que proporcionan poderes formidables. En los textos de las pirámides egipcias, se leen fórmulas mágicas para cicatrizar las heridas sangrantes:

Te ligo, oh criatura de Seth, cierro tu boca.

Retrocede ante mí, marea roja.

Retírate ante mí, flor de la muerte.

Te destierro, oh perro rojo de Seth.

(En: W. Smith, *Río Sagrado*, Buenos Aires: Emecé).

Hay palabras específicas para curar todo tipo de lesiones, desde quemaduras hasta mordeduras de serpientes y heridas causadas por flechas o armas de filo. Aprenderlas constituye gran parte del conocimiento de un médico. Entre los piaroas, el *yuwäwäruwa* previene con palabras las enfermedades y domina el arte de la sanación y de la *märipa* (o chamanismo de agresión). La palabra cantada se considera como principio de la actividad curativa de los brujos en la concepción de muchas comunidades ancestrales. Los cantos pemones fueron traídos por los *piazzan* en sus viajes al trasmundo. Sus tarenes operan como lenitivos

contra el dolor y la enfermedad. Son canciones narrativas que aseguran contra el mal que se teme o el bien que se desea. Son tecnología de punta que refuerza la eficacia terapéutica y el poder de la palabra cantada.

Para el chamán, su *téchne* es la magia, es decir, un sistema donde las cosas pueden ser dominadas o dirigidas por medio de poderes sobreempíricos que se ponen en acción a través de rituales lingüísticos diversos. El chamán impone su voluntad con mayor efecto y seguridad a través del uso mágico del lenguaje. La arbitrariedad es una de las características atribuidas por Saussure (1972) al signo lingüístico, que consiste en la ausencia de relación motivada entre el significante y el significado. En este sentido, también existe una relación arbitraria, convencional e inmotivada entre la palabra y la cosa nombrada. En la perspectiva chamánica, al contrario, hay un vínculo natural y necesario entre el lenguaje y el mundo. El lenguaje se apodera de las cosas: “Quien conocía el nombre de una cosa era dueño de la cosa misma y podía usarla a su antojo” (Musch, 1977). Los objetos obedecen a quienes conocen el secreto del nombre y “también los genios y potencias ocultas obedecen a las voces de quienes saben llamarlos” (Rosenblat, 1977). El solo enunciado de un verbo puede desencadenar fuerzas misteriosas que el hombre común no puede manejar. Conocer el nombre de algo significa la posesión de la cosa misma y saber cómo funciona, de qué forma se manifiesta, dónde hallarla y cómo recuperarla cuando desaparece. Para los magos y chamanes, la palabra es la expresión de un sistema ordenador de la vida diaria, que permite mover los objetos a voluntad o traerlos y llevarlos adonde uno quiera. La cosa es la palabra. Controlar las palabras es controlar las cosas.

El uso apostrófico del lenguaje posibilita la invocación mágica y convierte a la naturaleza en destinatario de mensajes conativos pronunciados con conciencia de poder.

La magia se convierte a la vez en forma de conocimiento y en instrumento de dominación. En la comunicación ordinaria, el discurso conativo se emplea para atraer la atención del oyente. El chamán se desvía del circuito de la comunicación ordinaria y dirige la conducta de los objetos y los espíritus a través de imperativos y exhortaciones. El conjuro se fundamenta en el carácter apelativo del discurso y es de esta manera como entendemos la función mágica o encantatoria del lenguaje: “como la conversión de una tercera persona ausente o inanimada en destinatario de un mensaje conativo” (Jakobson, 1974).

El chamán abre la posibilidad de que la naturaleza oiga y actúe en consecuencia al pedir a los seres y cosas inanimadas que se plieguen al deseo de su voz. Jofris Márquez, el último hablante de *añúnnükü*, da testimonio del poder de los cantos chamánicos sobre los fenómenos meteorológicos:

Mi abuela me contó que un día la luna se tardó demasiado en salir, y los añú pensaban que se iba acabar el mundo. Había viento y llovía, unos lloraban y rezaban. Ella le cantaba a la luna para que no se durmiera, le cantaba que mirara hacia abajo para que viera a los añú asustados, y la luna se asomó y el mundo no se acabó.

[...]

Cuando llovía y tronaba, mi abuela decía que era “el Negrón”, al que había que calmar porque estaba borracho; entonces, le cantaba en añú y en verdad el tiempo se ponía bueno.

(En: Mireya Tabuas, “Las últimas voces de los añú”, El Nacional, Caracas, 25 de julio de 2010).

El piache timoto-cuica sabe descifrar el lenguaje de los pájaros, las plantas y las estrellas. Puede llamar al jaguar y la mapanare y conoce palabras cuya pronunciación encierra peligro de muerte:

¡Oh Madre Icaque!: manda tus jaguares, suelta tus cóndores, afila los colmillos de las mapanares y aniquila a los blancos con dolores.

(en: I. Tedesco, *Literatura indígena en Venezuela*, Caracas, Kapelusz, 1981).

Los antiguos incas decían que la madre de Manco Capac conversaba con demonios y espíritus y hacía hablar a las piedras, los ríos y los árboles, que respondían a sus preguntas. Un chamán celta legendario, Taliesin, tenía *mando mágico*, como diría Skinner (1981), sobre los lobos y las aves de rapiña y entendía lo que soplan las tormentas, lo que rugen los truenos y lo que quieren los rayos.

En la perspectiva de los Estudios Culturales, el chamán es un hombre de poder. Es él quien ejerce el gobierno de vivos y muertos entre los pueblos siberianos por su sabiduría y su capacidad para transformar a las personas en animales y cosas. Ciertos antropólogos nos hablan de chamanes yaquis que encarnan, como Proteo, el principio de la metamorfosis, la ubicuidad y la omnipresencia. Tal como en el campo cuántico, “en los dominios de la magia cualquier cosa puede transformarse en cualquier otra en cualquier momento”. Así lo escribe Frías en su *Metodología del pensamiento mágico*. Eloísa, la maga bretona, decía a su modo: “Me transformo en perra negra, o en cuervo, cuando quiero, o en fuego fatuo, o en dragón” (citado de memoria).

El *meñe-rutca* piaroa es el señor de los cantos que hacen prolífica a la naturaleza y mantienen el orden de la sociedad. Los hechiceros tarahumaras mandan en la paz y en la guerra, rigen las relaciones entre los hombres y tienen en sus manos las fuerzas ordenadoras del mundo suprasensible. Los *griots* sudaneses pueden dominar con el poder de sus canciones a otros *griots* o a sus amos. Con palabras poderosas se puede secar una fuente o envenenarla, inflamar el aire o desatar el ventarrón y el aguacero. En términos de Derrida (1992), el lenguaje chamánico es una práctica realizativa, no describe un orden de cosas sino que cumple la acción que designa, en sí es un acto consumatorio, no sólo indica una voluntad, la realiza.

Orfeo es el símbolo clásico del poder de la palabra cantada. En la antigua Grecia, el orfismo creó una doctrina religiosa de la transmigración de las almas y la vida de ultratumba. Los antropólogos modernos relacionan a Orfeo con una forma extática de la magia chamánica por medio del canto, la música y la danza. El chamán tiene la facultad de salir de sí mismo y entrar en otros mundos paralelos mediante el éxtasis y el canto. La palabra cantada constituye la clave de su poder: para dar vida o destruirla, para mantener las relaciones entre vivos y muertos, para traspasar los confines de la personalidad y entablar contacto con las fuerzas ocultas hasta alcanzar los límites de la sobrenaturalidad religiosa, es decir, lo sagrado.

Oposición semántica es la relación entre dos conceptos que tienen algo en común (la base de comparación) y algo que los diferencia (la marca distintiva). En toda oposición, cualquiera que sea, los términos tienen un elemento semejante y otro variable. El mito y la ciencia coexisten simultáneamente, los propósitos son idénticos, los métodos distintos. Es una cuestión de opción entre los medios y los fines conseguidos. Magia y tecnología serán siempre

nociones diferenciadas pero su oposición es complementaria. Son dos conceptos que confluyen recíprocamente en el mundo de la vida cotidiana. Los Estudios Culturales constatan que nuestra vida diaria se compone al mismo tiempo de elementos míticos y elementos tecnológicos.

El lenguaje es el fundamento en que cualquier forma de conocimiento puede apoyarse para develar la estructura oculta de la naturaleza. La ciencia y el mito apalabran la realidad para superar la incertidumbre ante lo desconocido. La ciencia esclarece e instauro un lenguaje que define sus objetos por caminos razonados. La magia utiliza un discurso en que las palabras se convierten en *mýthos*. Nos expresamos en ambos órdenes. Los marineros del norte de la isla de Margarita saben que el fuego de San Telmo es el espíritu de Pedro González que se deja ver en el mástil de las embarcaciones después de la tormenta. Los estudiantes de la UDO, en cambio, me decían que es una descarga ígnea silenciosa que se produce por hallarse muy saturado el campo eléctrico atmosférico con un gradiente de potencial de unos 100.000 v/m. Se dice que Averroes, el filósofo árabe de Córdoba, hablaba de la doble verdad, la científica y la mitológica: una cosa puede ser mitológicamente verdadera y científicamente falsa, o viceversa.

En esta perspectiva, no hay jerarquía entre *téchne* y *mýthos*. La visión tecnocrática del mundo es un lenguaje más. La conciencia mítica y la conciencia científica buscan acomodar en planos equivalentes los distintos aspectos de la cultura. Solo cuando se suple lo sagrado por los conceptos es cuando se inicia el discurso racional sobre los principios que dominan la estructura oculta del mundo. De acuerdo con Comte (1999), la ciencia se afianza en el momento en que se deja de pensar religiosamente para hacerlo positivamente. Es en este punto, en principio, donde el pensamiento mítico pasa a un segundo plano.

*La imaginación científica.
Metáfora y analogía.
La fantaciencia y el tecnolenguaje
de las máquinas.*

La ciencia occidental tiende a monopolizar el conocimiento y proclama su superioridad con respecto a cualquier otro modo de cultura en la tierra. Las experiencias de chamanes y brujos son consideradas importantes en las culturas subalternas aunque nunca han tenido cabida en el paradigma tecnológico. Los científicos han intentado ignorar los modelos mitomágicos asegurando que algún día serán explicados mediante el conocimiento de nuestros circuitos neurocerebrales.

La ciencia es un discurso tan válido como cualquier otro, es un lenguaje más en la multiplicidad de códigos vigentes en la sociedad. Para los Estudios Culturales, es obsoleta la idea que sostiene que el lenguaje de la ciencia dispone de recursos que la hacen más adecuada para dotar de inteligibilidad al mundo. Como sostiene Sebag, “la ciencia se impone como el modo de pensamiento dominante, pero no el único” (1972). Maffesoli dice: “nuestro conocimiento del mundo es una mezcla de rigor y de poesía, de razón y de pasión, de lógica y mitología” (2005). A través de la Teoría de la Complejidad, Morin (1998) nos ofrece una perspectiva multidisciplinaria del criticismo científico y la experiencia mítica. Aquí las cosas dejan de estar en el espacio de los flujos

tecnológicos y pasan al mundo de la magia, los mitos y los símbolos. Se diría que el pensamiento lógico es un estorbo en estos casos. De acuerdo con los Estudios Culturales, la magia es algo objetivo y real para las comunidades indígenas, tanto como puede ser la tecnociencia para el hombre occidental. Los modelos mitomágicos traducen la verdad en forma de trances, curaciones, milagros, revelaciones y otros fenómenos o estados que tienen tanta realidad como la tiene lo percibido a través de la razón o el intelecto. Que el pensamiento científico no lo pueda explicar es otro cantar.

La imaginación científica necesita un nuevo léxico para explicar o describir fenómenos que van más allá de cualquier experiencia posible. Las cosas no son reales únicamente porque podamos verlas y tocarlas. Isomorfismo científico podría significar la identidad entre un sistema teórico y otro real. La tecnociencia confecciona teorías no necesariamente extrapolables al mundo físico. En principio, hay un estado de deflación lingüística: “las ciencias teóricas sufren crisis de vocabulario en su empresa de descubrir y explicar realidades o fenómenos que están más allá de la experiencia corriente” (De Bustos, 2000). La ciencia se ve empujada hacia el terreno de la imaginación creadora, de la que se encuentran ejemplos abundantes en la poesía y el arte. Aquí el usuario no interpreta el mensaje como literal sino como tropológico y asume que el sentido es traslaticio o metafórico. En este sentido, Bohm y Peat (1998) han dicho que tanto a nivel subatómico como telescópico no se puede describir la naturaleza si no es en un lenguaje figurado.

El uso del lenguaje tropológico radica en una necesidad comunicativa: ningún dialecto posee el número infinito de palabras para expresar rectamente todas las ideas y todos los matices del pensamiento. Es coherente que el discurso científico se manifieste en términos de analogías porque éstas

son un mecanismo válido para reflexionar sobre parámetros desconocidos o difíciles de representar. Lo que se entiende se usa para explicar lo que no se entiende. En esencia, el razonamiento por analogía no sirve para probar algo pero sí para crear o descubrir nexos entre elementos que tienen una estructura o un origen diferente. La semejanza entre las cosas inobservables o desconocidas queda establecida por analogía con otras que nos resultan familiares.

Los estructuralistas saben que a nivel retórico el lenguaje humano funciona según un sistema analógico, o sea, un sistema de asociaciones por semejanza (polo metafórico del lenguaje) o por contigüidad (polo metonímico). García Malpica dice: “El lenguaje humano trabaja según dos sistemas lógicos: el digital, es decir, el sistema de las diferencias binarias, y el analógico, es decir, el sistema de las continuidades por similitud (imágenes, metáforas, etc.)” (2008).

Hacer metáfora es hacer una traslación de significados basada en la analogía positiva. Su fórmula más simple es la que estable que A es B como cuando decimos: “las estrellas son diamantes”. La metáfora más compleja presenta el término B en lugar de A tal como si dijésemos: “los diamantes del cielo” (= las estrellas). Newton dijo: “la luna es una manzana” (citado de memoria) porque las dos, la luna y la manzana, caen en la gravedad de la tierra, de manera distinta, pero caen con una fuerza que es directamente proporcional al producto de sus masas e inversamente proporcional al cuadrado de la distancia que las separa (o sea: $m_1 \times m_2 / d^2$).

El poeta Juan Ramón Jiménez llama *oro* al sol en su nacimiento y en su ocaso: “oro nuevo, /de la aurora, oro viejo/del poniente”. Si el sol puede ser visto como oro es porque hay un parámetro analógico basado en el color dorado. Manrique escribe: “Nuestras vidas son los ríos /

que van a dar a la mar / que es el morir". Aquí la analogía metafórica está referida a la vida y a la muerte: los ríos y el mar de que habla el poeta. En el fondo, imágenes, símiles y metáforas son afirmaciones de semejanza que tienden a fusionarse en una sola figura. Se pueden distinguir dos aspectos fundamentales en ellas: las socializadas, que se utilizan como medio de expresión cotidiano (por ejemplo: corriente eléctrica, caballo de fuerza, etc.) y las artísticas, que deliberadamente crea el poeta en persecución de un fin estético.

La metáfora aparece en el lenguaje de la vida diaria para subrayar las analogías y semejanzas entre los seres y las cosas. La vida cotidiana es el lenguaje que usamos todos los días. A través del pensamiento analógico, atribuimos cualidades o acciones del hombre y las criaturas vivas a los objetos inanimados e incorpóreos. Aquí encontramos todos los diversos casos de metáfora, humanización y prosopopeya: hablamos de *una calle ciega, la pata de la mesa, la cabellera de un cometa*, etc. O al contrario, decimos un *niño brillante* o *una mujer frígida*, aplicando condiciones propias de lo que carece de vida a los seres humanos. Todos los objetos pueden relacionarse por la acción tropológica. Pero para que exista la metáfora es imprescindible que los componentes semánticos de los términos sean análogos. Cuando decimos *el corazón de la ciudad* nos estamos refiriendo a lo central o lo más importante como el corazón en el hombre y los animales.

Muchas metáforas comunes se basan en la trasposición de un sentido a otro: del oído a la vista, de la vista al olfato, de éste al tacto, etc. Corrientemente hablamos de un *color chillón, un olor agrio, una voz dulce...* Otra tendencia consiste en trasladar cualidades y acciones de los seres con vida a otros seres vivientes. Se da el nombre de *hiena* o *chacal* a una persona sanguinaria. Si la persona es astuta, disimulada

y cautelosa, decimos entonces que es un *zorro*. También atribuimos propiedades y condiciones de lo que no tiene vida a lo que igualmente carece de ella. En este sentido traducimos experiencias concretas en términos abstractos o viceversa. Al decir *un golpe de suerte* relacionamos algo concreto (un golpe) con otra cosa abstracta e inánime (la suerte). De igual manera, la metáfora entre objetos inanimados está basada en la analogía o en la equivalencia semántica. En las expresiones *la luz de la verdad* y *la nave del Estado*, la verdad y el Estado son conceptos que no se ven y sólo la metáfora los hace visibles.

En sustitución de lo no visible, la figura del Arca de Noé es la metáfora paleogenética usada por los biólogos para hablarnos del ADN mitocondrial de las especies y las relaciones del ser humano con otros seres vivos. La metáfora de la Curva del Copo de Nieve surgió de la mente de los matemáticos para poner en marcha la línea de investigación que desembocaría en el concepto de dimensión fractal. La ciencia experimenta un estallido de creatividad ¿Cómo copiar el vuelo de un pájaro o el aleteo de una mariposa? Los cartógrafos calculan las distancias A vuelo de Pájaro, nombre figurado que se da las mediciones geodésicas más cortas de un punto a otro de cualquier superficie: sobre el plano la línea recta, sobre la esfera el círculo máximo. A través de la metáfora del Aleteo de la Mariposa, los meteorólogos nos dicen que todo cambio sutil en la atmósfera puede acarrear como consecuencia algo tan terrible como la destrucción de ecosistemas y hábitats específicos.

Está claro que lo misterioso atrae a la gente por diversas razones. Los fenómenos son la cara visible de los hechos soterrados. El lenguaje de la ciencia está determinado por una voluntad de poder: el poder para develar la estructura oculta del mundo.

Los estoicos distinguían claramente entre la cosa real y lo decible. El significado lingüístico no es la realidad aunque tampoco es sólo la mentalización de un concepto en términos saussureanos. Desde el punto de vista del Interaccionismo Simbólico, el sentido lingüístico no es ni cosa ni acto de conciencia sino algo que las personas entienden nítidamente cuando emplean las palabras en la vida diaria.

La representación del conocimiento científico, en cualquiera de sus múltiples formas, funciona según el sistema lenguaje-metalenguaje defendido por Carnap (1968) y los fundadores del Círculo de Viena. La semiosis de la ciencia es un metalenguaje ya que va más allá, a título de sistema secundario, del lenguaje primario en estado de denotación. Todas las ciencias crean estructuras metalingüísticas muy desarrolladas. No es lo mismo *agua* y H_2O , *aspirina* y $C_9H_8O_4$ o *alcohol* y CH_3CH_2OH . Las últimas expresiones no están en el diccionario, no son palabras, pero dicen cosas que las palabras no alcanzan a decir ni podemos imaginar. La ciencia trata metalingüísticamente la relación entre expresión y contenido que existe en el código del lenguaje verbal. El oxígeno y el hidrogeno son gases invisibles pero cuando se combinan forman el agua, que es líquida y fluida. La Química descubre en el agua cualidades secretas que pocas personas podrían imaginar. En la expresión H_2O se lee que hay dos fracciones de carga negativa sobre el átomo de oxígeno y una fracción de carga positiva sobre cada uno de los dos átomos de hidrógeno. A veces nos preguntamos si podemos considerar en serio que haya cosas así en la naturaleza en el sentido literal de los términos.

En toda ciencia hay formulaciones que llevan los misterios y ultimidades del mundo de la vida a esquemas que traspasan los límites de la pura fantasía. Para cumplir

con los objetivos de predicción y control tecnológico, el hombre aprendió a domesticar la fuerza atómica. Aprendió cómo pasar de una gota de agua a su estructura molecular. A manejar la física del aire. A usar la fuerza de las matemáticas para medir las distancias siderales por medio de ecuaciones de años-luz y explicar la evolución del universo desde todas las direcciones que confluyen en el *big-bang*.

Osserman dice: “resulta difícil explicar el modo mágico en que ciertos conceptos matemáticos, que parecen surgir de la pura invención de unas mentes creativas, resulten precisamente los instrumentos que se necesitan para explicar el mundo físico” (1997: 142). La matemática es la base de toda ciencia. La simplicidad o la complejidad de un problema están definidas por el número de operaciones aritméticas necesarias para resolverlo. Solo podemos entender totalmente el mundo si nos referimos a su propia estructura gramaticalizada en el dialecto de las matemáticas. Según se cree, los fenómenos son funciones matemáticas en las que una o varias variables pueden expresarse por una fórmula y una línea. El espacio, el tiempo, la velocidad, el movimiento... son conceptos que están sujetos a razones numéricas y se consideran más parámetros de ecuaciones matemáticas que elementos con existencia real.

La matemática no es ciencia fáctica (natural o social). Es ciencia formal, es decir, es una creación mental expresable en números y signos que no describen realidad alguna. Bertrand Russel decía en algún lugar que la matemática es una ciencia en la que no sabemos de que se habla ni si lo que se dice de ella es verdadero o falso. El mundo de la vida no siempre es matemático. Einstein dijo: “si la matemática versa sobre la realidad, no es exacta, y si es exacta, entonces no versa sobre la realidad” (citado de memoria). La teoría y el método científico no funcionan de la misma manera

según se trate de un fenómeno físico o de una realidad humana. Con frecuencia las ciencias no-matemáticas hacen especulaciones cuya certeza o falsedad es difícil de verificar. La verdad en las ciencias formales es distinta de la verdad en las ciencias sociales. Aquí los objetivos pertenecen al ámbito de las sutiles interrelaciones humanas que no se demuestran ni se descartan con facilidad.

Científico no quiere decir totalmente válido. Según el Principio de Bivalencia, los juicios lógicos pueden ser verdaderos o falsos, pero no las dos cosas a la vez, o ninguna de las dos. El desenvolvimiento de la geometría no-euclidiana acabó con la idea de verdad lógica evidente por sí misma y dejó claro que había verdades científicas relativas que dependen del orden en que se escogen sus enunciados axiomáticos. La ciencia, como cualquier sistema de axiomas lógicos y sus operaciones deductivas admitidas, nunca es completa. Hay aspectos de la realidad que no pueden ser aprehendidos por ningún modelo lógico ni diferenciarse con rigor de lo verdadero ni de lo falso. Nunca sabremos todo de todo. El Teorema de Incompletitud de Gödel, el matemático checo-estadounidense, señala que siempre hay proposiciones que son indemostrables. Siempre hay enunciados indecidibles, que no se puede demostrar si son verdaderos o falsos, o mejor dicho, que no se podrían probar ni dejarse de probar.

En la vida diaria muchas personas se desenvuelven dando por cierto que nada hay más verdadero que el mundo real. Los hechos no son distintos de como los vemos y sabemos que son. El Principio Empírico está fuertemente arraigado en el sentido común. En la realidad que conocemos, la constancia de los objetos nunca es perfecta pero la grama siempre se ve verde y el mar azul a pesar de las considerables diferencias de los estímulos cuando

cambian las condiciones relativas a ellos. Pareciera que nuestra representación es la misma cualesquiera que sean las circunstancias concomitantes.

Pero saber no es ver. ¿Qué parte visible de la vida cotidiana es real? Granados dice que “la semioticidad de la realidad natural es un fenómeno pura y únicamente cultural” (2011). Si entre nosotros y la realidad no mediaran relaciones lingüísticas y culturales, lo único que habría que hacer sería mirar tranquilamente el mundo para conocer su verdad absoluta.

Tal vez el Principio Empírico nos ofrece una representación que acaso no sea la imagen objetiva y verdadera del mundo sino apariencia y posible error. Kant (2009) dice que contamos con los órganos de los sentidos, la razón, el intelecto o la intuición, pero estos son instrumentos que nos proporcionan una perspectiva distinta de la realidad a la que tienen otros seres vivos como los caballos, las ballenas o los perros.

Un fenómeno físico, siendo el mismo, puede interpretarse de múltiples formas. Los psicólogos nos dicen que no existe la percepción absoluta. Nuestros modos de saber se conforman de acuerdo con ciertos aprendizajes basados en apreciaciones científicas, míticas, religiosas, políticas o lo que más nos convenga ¿Es verdadero el color verde de la grama y el azul del mar? ¿Son, en realidad, una experiencia visual que aparece cuando nuestra retina capta trenes de ondas cuyas longitudes importan 4.400 o 4.900 angstroms aproximadamente? ¿O no hay ondas ni difracción de la luz sino tal vez una alucinación colectiva humana (los perros y los gatos ven todo en blanco, gris y negro), o sea, una parte de la experiencia del individuo que comparte con otros y que puede atribuirse al hecho de una alucinación general cuyo estímulo no logramos descubrir

aún? ¿O se trata quizás de una representación cultural, si es cierto, como dice Hjelmslev (1971), que el espectro del color es una sustancia que varía y se conforma de modo diferente en las distintas lenguas y culturas del planeta (en gaélico, por ejemplo, el verde y el azul son vistos como un solo color: *glas*)? La respuesta varía dependiendo de la persona a quien preguntemos y podrá ser aceptada o rechazada según el contenido del aprendizaje en el que nos ubiquemos.

La hipótesis de constancia de relaciones absolutas y verdaderas contrasta con la posición de los Estudios Culturales de que no existen relaciones únicas y verdaderas. Si alguien intentara arreglar los fenómenos de la vida cotidiana desde una teoría científica única y absoluta, los hechos en bruto, con su propia fuerza, la cuestionarían incrédulamente y la realidad se reiría con ganas si pudiese hacerlo.

A toda teoría científica le falta algo. Nunca sabremos todo de nada. Cada conocimiento lleva a un nuevo acceso. Cada puerta que abrimos lleva a una sala con otras puertas. A menudo surge algo nuevo cuando parece que se ha llegado a un fin. Cada respuesta plantea nuevas interrogantes y siempre habrá un más allá y otro porqué. La ciencia ofrece versiones nuevas y alternativas de la realidad, que pueden corresponder o no a algo existente en el universo de las categorías físicas.

La Teoría del Caos y la Teoría de Cuerdas se centran en modelos ocultos y revelan que hay otras dimensiones subyacentes al mundo que nos rodea. La naturaleza humana es atraída por la fuerza misteriosa que preside lo desconocido. El mundo de las cosas que no podemos ver fascina al hombre de ciencia. El modelo tecnológico está sujeto inconscientemente al hechizo que lo invisible ejerce sobre la psique humana. De la misma manera, el modelo mitomágico

explora dimensiones adicionales que están mucho más lejos del alcance de los sentidos y de la racionalidad empírica. Ambos apelan por igual a universos ocultos para obtener poder, redención o conocimiento. Las cuatro dimensiones de nuestra vida diaria podrían ser tan sólo una gran ilusión. Hay un mundo borroso, un universo opaco que no se deja ver más allá de la barrera de nuestras percepciones, una realidad difusa que sólo el poder del lenguaje de la tecnociencia y los mandos mágicos son capaces de mostrarnos hablantemente.

La ciencia confirma que se puede asegurar que algo existe o que es real aunque no podamos escucharlo ni tocarlo, solo hablarlo. Las cosas más reales son invisibles. La gravedad es una fuerza que no vemos por más que podamos mirar miles de cosas que caen al suelo. La electricidad es un flujo inobservable. Nadie ha tocado la curvatura del espacio ni ha mirado jamás el tiempo. La unidad básica de la materia, el átomo, no es una entidad palpable. Las partículas elementales, los *quarks*, son intangibles e inimaginables y sólo podemos hablar de ellas como una probabilidad en el campo de las posibilidades infinitas en la existencia material. Los neutrinos, por ejemplo, son como fantasmas y están por todas partes en el universo sin que puedan ser detectados.

Podría decirse que el hombre de ciencia es aquel que puede hablar los contenidos de su sistema-objeto con corrección y alta precisión. Cada nueva teoría aparece como un nuevo metalenguaje. El *big crunch* o la Teoría de las Burbujas son meras palabras ¿Qué otras cosas podrían ser? Aquí toda forma de conocimiento es enunciado y enunciación verbal. La física de los *black holes* o agujeros negros consiste en lo que hablamos sobre los agujeros negros. Conocer una teoría científica es aprender a hablarla. Para orientarnos actualmente en la Ciencia del Discurso es indispensable aprender tres o cuatro variantes dialectales

vivas y saber hablar, entre otros, el Pinker, el Wodak, el Van Dick... Quienes explican la ingeniería de los Ascensores Espaciales o la Teoría de los Túneles de Gusano, esos portales que permitirían viajar en el tiempo, lo hacen por medio del metalenguaje de la astrofísica con el que están relacionados porque han aprendido a hablarlo en el código de la fantaciencia.

La ciencia-ficción es un género literario en que los sucesos fantásticos son verosímiles o posibles mediante el discurso y el razonamiento tecnocientífico (a partir de la literatura se ha desarrollado una variedad cinematográfica con características parecidas). Hace 2.500 años, Anaxágoras, el filósofo griego, se anticipó a la ciencia-ficción y películas de marcianos escribiendo que había otros planetas habitados por hombres iguales a nosotros, quienes habitan en ciudades y labran sus campos con bueyes: “para tales hombres, como entre nosotros, hay ciudades habitadas en común y campos cultivados” (1963). A finales del siglo XX, la ciencia-ficción adquiere un nuevo auge con las tendencias del *space opera*, el *hard-edge* y el *ciberpunk*, cuyos temas se inspiran en las derivaciones tecnológicas del futuro. En un programa de *Discovery Channel* transmitido el 2 de mayo de 2010, Stephen Hawking, el cosmólogo inglés, dijo: “Quizás existen civilizaciones como las que hemos visto en series de televisión y películas [...] quizás *stars wars* o *star trek* están más cerca de la realidad de lo que pensábamos”.

Crear en una comunicación con andróides y seres telepáticos de otros mundos es quizás algo normal. El campo de la comunicación criptestésica está lleno de ejemplos captados por medio de instrumentos electrónicos y computadoras. Estos casos no necesitan ser veraces y podrían ser consecuencia de fraude, de ilusión o de contactos comunicativos no descubiertos todavía. Tal vez un día los

seres humanos encuentren la clave para la telepatía, la criptestesia, la clariaudiencia u otros procesos comunicativos de índole desconocida, sin vocalización, endofásicos, en que las palabras sólo son pensadas o imaginadas, tal como las que se dan en el habla, pero que no producen imágenes auditivas, opuestos al lenguaje exofásico, que es oral y audible. Mas no podemos imaginar un habla con la boca cerrada, sin sustancia ni forma de la expresión, sin el aspecto material del sonido, solo el sentido, lo designado, la realidad conceptual. Sin significantes apropiados para los conceptos, nunca podríamos adivinar en qué idioma nos están hablando telepáticamente.

Los neogramáticos sostenían que los sonidos no tienen más que una sola función en el lenguaje: diferenciar emisiones. Hockett (1972) dice que si preguntamos a un verdulero cuánto vale 1 kilo de papas y éste contesta “doce bolívares”, ¿cómo sabemos que es eso lo que dijo y no “veinte bolívares” o “no hay papas” o cualquier otra respuesta? Las diversas cosas que se pueden decir en una lengua se diferencian unas de otras porque suenan distinto. Por lo que respecta a los medios, el repertorio de los signos puede extraerse de los ámbitos más diversos de la comunicabilidad. Pero un signo verbal solo puede ser realizable y funcionar como tal en el plano de los fonemas (y sus equivalentes en la escritura: los grafemas).

Granados sostiene que “cada sistema lingüístico se construye por la delimitación y la ordenación que su código hace de la capacidad físico-articulatoria productora de sonidos” (2011). En la visión de los Estudios Culturales, todo lenguaje humano es sonido y sentido y su reproducción en un ordenador supondría por el momento un salto cuántico.

Al cerebro electrónico no le basta un banco de conocimientos y un módulo de resolución de problemas.

Hace falta una interfaz que permita la interacción, a modo de diálogo, entre la máquina y la persona en un lenguaje parecido al que utilizamos comúnmente en la vida diaria. Hasta hoy la forma de relación típica ha sido a través del teclado. Ahora se habla del reconocimiento de los sonidos de la voz. Se cree que pronto una computadora podrá hablar o dar información útil con frases coloquiales y contextos que simularían la interacción entre los seres humanos. El código oral tienen un potencial mucho mayor que el que podemos alcanzar usando la interrelación a través de la pantalla y el teclado. En todo caso, la comunicación en lengua natural con máquinas (o con criaturas ectoplasmáticas o diferentes tipos de sociedades alienígenas) pasaría por la identificación de una señal acústica de entrada y una respuesta en forma de señal acústica.

En el *Gorgias* de Platón, Sócrates compara la actividad del piloto o timonel -el *kibernétes*- con la retórica y con la técnica de saber conducir el diálogo. Wiener (1985) usa la palabra *cybernetics* para referirse a los mecanismos de control y comunicación en los seres vivos y en las máquinas pensantes ¿Pueden opinar las computadoras? Existe la posibilidad de que una máquina adquiera conocimiento mediante su propio mecanismo de razonamiento o de su propia experiencia. Los sistemas expertos imitan o adoptan los procesos de comunicación humana a partir de un algoritmo de su propia creación. Las redes neuronales de una computadora recrean eficazmente los comportamientos humanos y pueden superar millones de veces en velocidad las operaciones matemáticas e intelectuales realizadas por nuestro cerebro. Mientras más experimentan más aprenden y la rapidez con que actúan da la impresión de que discurren con inteligencia.

El cerebro humano, con sus 200 impulsos eléctricos por segundo, es lento para realizar operaciones de cálculo y puede ser superado por una computadora convencional. No obstante, la perspectiva que cada quien tiene de la realidad se produce en la cabeza y depende de nuestra cultura y de nuestros conocimientos previos. La clave de lo que se define como inteligencia está en el *conectoma humano*, un mapa con 100 millardos de neuronas que establecen billones de sinapsis y conexiones entre ellas. En el cerebro no todo es capacidad de cálculo. Para un ordenador es fácil realizar tareas aritméticas o algebraicas pero la gente lleva a cabo operaciones verbales rutinarias que las computadoras más potentes no han podido igualar sino en el mundo de la fantaciencia.

Como dijimos, la computación ha contribuido a conformar la fisonomía de nuestro mundo actual. Es la nueva magia de la vida cotidiana. Los Estudios Culturales tienen presente que ninguna clase de inteligencia funciona sin lenguaje, el más humano de todos los sistemas construidos por el hombre. La adopción de tecnologías de última generación permitiría automatizar la comunicación entre máquinas y entre éstas y las personas. Hay quienes piensan que la maquinización del lenguaje en función de la inteligencia artificial es imparable. Según Kurzweil (1990), las máquinas inteligentes formarán parte de la vida cotidiana en el curso de dos o tres generaciones. La vida cotidiana son las pequeñas cosas que realizamos todos los días. Pronto los artefactos estarán dotados de *inteligencia embebida* y se comunicarán entre sí para que nosotros no tengamos que preocuparnos por los detalles domésticos de la vida diaria. No se trata de incorporar la intelección en un robot sino en los más variados objetos de la cotidianidad. Gershenfeld dice que “hasta los zapatos serán inteligentes algún día” (2000).

Los objetos se comunicarán entre sí gracias a sensores y cables de alimentación interconectados que nos mantendrán informados de las contingencias y las tareas caseras de la vida diaria. El reloj despertador, el cepillo de dientes, el motor del automóvil, la cafetera... aliviarán nuestras mañanas a través de servicios en nube y hablarán entre ellos o con cualquier cosa que se enchufe o que funcione con baterías. Los objetos serán inteligentes, responderán preguntas, comprenderán el contexto y darán información útil usando su propia voz. La Prueba de Turing, el matemático inglés, es inquietante: si luego de una interlocución a ciegas con una computadora, el individuo no puede determinar si se ha comunicado con un objeto o con otra persona, entonces habrá llegado el momento en que no hay diferencia entre el lenguaje de las máquinas y el nuestro. Aquí se prefigura un estado por venir de la evolución posthumana de las lenguas y para el resultado final dejamos abiertos unos puntos suspensivos...

Referencias

- Aarseth, E. (1997), "No linealidad y teoría literaria" en: Landow, G.P. (comp.), *Teoría del hipertexto*, Barcelona: Paidós.
- Acosta, V. (1995), *Animales e imaginario*, Caracas: Dirección de Cultura-UCV.
- Adorno, T. y M. Horkheimer (2003), *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid: Trotta.
- Adrián, T. (2010), *La metaforización en el discurso político venezolano: Rómulo Betancourt y Hugo Chávez Frías* (tesis de grado para optar al título de Doctor en Cultura Latinoamericana y Caribeña), Caracas: IPC-UPEL.
- Althusser, L. (1974), *La filosofía como arma de la revolución*, México: Siglo XXI.
- Anaxágoras (1963), "Sobre la naturaleza", en: J.D. García Bacca, *Fragmentos filosóficos de los presocráticos*, Caracas: Ministerio de Educación.
- Aristóteles (1977), *obras*, Madrid: Aguilar.
- Asimov, I (1971), *Enciclopedia biográfica de ciencia y tecnología*, Madrid: Revista de Occidente.
- Austin, J.L. (1998), *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona: Paidós.

- Balandier, G. (1994), *El poder en escenas*, Barcelona: Paidós.
- Barthes, R. (2003), *El placer del texto y lección inaugural*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Becerra, A. (2006), *Palabras, metáforas y arquetipos*, Caracas: spi.
- Bernárdez, E. (2008), *El lenguaje como cultura: una crítica del discurso sobre el lenguaje*, Madrid: Alianza.
- Biandeau, J (2012), junio 30. Pensamiento único. El Nacional.10
- Blumer, H. (1982), *El interaccionismo simbólico: perspectiva y método*, Barcelona: Hora.
- Bohm, D. y D. Peat (2003), *Ciencia, orden y creatividad: las raíces creativas de la ciencia y la vida*, Barcelona: Kairós.
- Bracho, J. (2008), *Globalización, regionalismo, integración*, Caracas: Vicerrectorado de Investigación y Postgrado-UPEL.
- Bravo, V. (1993), *Figuraciones del poder y la ironía*, Caracas: Monte Avila.
- Briggs, J. y D. Peat (1999), *Las siete leyes de caos: las ventajas de una vida caótica*, Barcelona: Grijalbo Mondadori.
- Camacho, M.V. (2008), "Procesos cognitivos subyacentes en la prevaricación lingüística" en: L. Trapasi y J.J. Martos (edits.), *Los recursos de la mentira: lenguaje y textos*, Barcelona: Anthropos.
- Carr, N. (2011), *Superficiales: ¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes?*, Madrid: Taurus.
- Chalmers, A.F. (1998), *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, México: Siglo XXI.
- Chomsky, N. (1986), *El lenguaje y el entendimiento*, Barcelona: Seix-Barral.
- Coetzee, J.M. (2007), *Contra la censura: ensayos sobre la pasión de silenciar*, Barcelona: Random House Mondadori.
- Comte, A. (1999), *Discurso sobre el espíritu positivo*, Madrid: Biblioteca Nueva.

- Coulon, A. (1998), *La etnometodología*, Madrid: Cátedra.
- De Bustos, E. (2000), *La metáfora: ensayos transdisciplinares*, Madrid: FCE-Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Einstein, A. (1952), *The principle of relativity*, New York: Dover.
- Euclides (1996), *Elementos: obra completa*, Madrid: Gredos.
- Follaris, R. (2000), "Estudios sobre postmodernidad y Estudios Culturales: ¿sinónimos?" en: *Revista latino de comunicación social / 35-extraordinario*, Córdoba: UNC.
- Foucault, M. (1978), *La arqueología del saber*, México: Siglo XXI.
- Frazer, J.G. (1980), *La rama dorada: magia y religión*, México: FCE.
- Gadamer, H.G. (2002), *Verdad y método*, Salamanca: Sígueme.
- García Malpica, A. (2008), "Simple/complejo" en: J. Puerta (coord.), *Estudios Culturales*, Valencia: Unidad de Estudios Culturales-UC.
- García Noblejas, J.J. (2000), *Comunicación borrosa*, Pamplona: Universidad de Navarra.
- Giddens, A. (2000), *Un mundo desbocado*, Madrid: Taurus.
- Glissant, E. (1997), *Poetics of relation*, Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Goffman, E. (1987), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Madrid: Amorrortu-Munguía.
- Gramsci, A. (1977), *Escritos políticos*, México: Siglo XXI.
- Granados, H. (2011), *Semiótica de la comunicación*, Caracas: Hispania.
- Grass, G. (2007), *Pelando la cebolla*, Madrid: Alfaguara.
- Habermas, J. (2002), *Verdad y justificación*, Madrid: Trotta.
- Halliday, M.A. (2006), "Things and relations" en J. Webster (ed.), *The language of science*, London: Continuum.

- Haub, C. (2002), "How many people ever lived on earth?" en: *Population today*, November/December.
- Heller, A. (1987), *Sociología de la vida cotidiana*, Buenos Aires: Península.
- Henderson, J. (1979), "Los mitos antiguos y el hombre moderno" en: C. Jung *et al.*, *El hombre y sus símbolos*, Madrid: Aguilar.
- Hjelmlev, L. (1971), *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, Madrid: Gredos.
- Hobbes, Th. (1979), *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, Madrid: Editora Nacional.
- Hockett, Ch. (1972), *Curso de lingüística moderna*, Buenos Aires: Eudeba.
- Iñiguez, L. (2003), *Análisis del discurso: manual para las ciencias sociales*, Barcelona: UOC
- Jakobson, R. (1974), "La lingüística y la poética" en: AAVV, *El lenguaje y los problemas del conocimiento*, Buenos Aires: Rodolfo Alonso.
- Jitrik, N. (2008), *Conocimiento, retórica, procesos: campos discursivos*, Buenos Aires: Eudeba.
- Kant, I. (2009), *Crítica de la razón pura*, Buenos Aires: Colihue.
- Kosko, B. (1995), *El pensamiento borroso: la nueva ciencia de la lógica borrosa*, Barcelona: Grijalbo Mondadori.
- Kuhn, T.S. (2005), *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid: FCE.
- Kurzweil, R. (1990), *The age of intelligent machines*, Cambridge: MIT Press.
- Lacan, J. (1966), *Écrits*, París: Seuil.
- Lafontaine, C. (2004), *L'empire cybernétique : des machines à penser à la pensée machine*, Paris : Seuil.
- Lamar Keene, M. (1997), *The psychic mafia*, New York : Prometheus books.

- Lanz, R. (2007), “El debate no es neutro”, Caracas, *El Nacional* (Opinión), 9 de agosto.
- Laszlo, P. (1993), *La vulgarisation scientifique*, Paris: Presses Universitaires de France.
- Leibniz, G.W. (1977), *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, Madrid: Editora Nacional.
- Lévi-Strauss, C. (1976), *Antropología estructural*, Buenos Aires: Eudeba.
- López, L. y Magdaleno, J. (2012, mayo) Revista Anfibia. Revista en línea
- López Vigil, J.E. (2005), *Manual urgente para radialistas apasionadas y apasionados / 1*, Caracas: Ministerio de Comunicación e Información.
- McQuail, D. (2000), *Introducción a la teoría de la comunicación de masas*, Barcelona: Paidós.
- Maffesoli, M. (2005), *El conocimiento ordinario: compendio de sociología*, México: FCE.
- Martel, F. (2011), *Cultura mainstream: cómo nacen los fenómenos de masas*, Madrid: Taurus.
- Martos García, A. (2010), *El poder de la con-fabulación: narración colectiva, fan fiction y cultura popular* [Documento en línea]. Disponible: http://www.ucm.es/info/especulo/m_amo/amo_4.html [Consulta: 2010, abril 11].
- Mèlich, J.C. (1996), *Antropología simbólica y acción educativa*, Barcelona: Paidós.
- Mignolo, W. (2003), “Las humanidades y los estudios culturales” en: C. Walsh (edit.), *Estudios Culturales latinoamericanos*, Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- Monroy, D. (1998), *Teoría del caos*, México: Alfa Omega.
- Morin, E. (1998), *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona: Gedisa.

- Ong, W.J. (1987), *Oralidad y escritura*, México: FEC.
- Osserman, R. (1997), *La poesía del universo: una exploración matemática del cosmos*, Barcelona: Grijalbo Mondadori.
- Pasquali, A. (2011), "La invención de la escritura", Caracas, *El Nacional* (Papel Literario), 13 de agosto.
- Piña Osorio, J. (1998), *La interpretación de la vida cotidiana escolar*, México: UNAM
- Platón (1977), *Obras*, Madrid: Aguilar.
- Rheingold, H. (1996), *La comunidad virtual: una sociedad sin fronteras*, Barcelona: Gedisa.
- Rincón, C. y J. Serna (2008), *La palabra como provocación: magia, versos y filosofemas*, Barcelona: Anthropos.
- Rosenblat, A. (1977), *El sentido mágico de la palabra*, Caracas: Edics. de la Biblioteca de la UCV.
- Rossi-Landi, F. (1968), *Il linguaggio come lavoro e come mercato*, Milán: Bompiani.
- Sapir, E. (1981), *El lenguaje: introducción al estudio del habla*, Madrid: FCE.
- Saul, J.R. (2000), *Diccionario del que duda*, Barcelona: Granica.
- Saussure, F. (1972), *Curso de lingüística general*, Buenos Aires: Losada.
- Sebag, L. (1972), "La ciencia" en: R. Barthes y L. Sebag, *Del mito a la ciencia*, Caracas: UCV-FACES.
- Schifter, I. (1996), *La ciencia del caos*, México: FCE.
- Schooler, J., S. Ohlsson, K. Brooks (1993), "Thoughts beyond words: when language overshadows insight" en: *Journal of experimental psychology*, / 2, Washington: American Psychological Association.
- Schütz, A. (1993), *La construcción significativa del mundo social: introducción a la sociología comprensiva*, Barcelona : Paidós.

- Segre, C. (1981), *Semiótica, historia y cultura*, Barcelona: Ariel.
- Sibilia, P. (2005), *El hombre postorgánico: cuerpo, subjetividad y tecnología digitales*, México: FCE.
- Skinner, B. (1981), *Conducta verbal*, México: Trillas.
- Sperber, D. y D. Wilson (1994), *La relevancia: comunicación y procesos cognitivos*, Madrid: Visor.
- Taylor, M.W. (2007), *The philosophy of Herbert Spencer*, London: Continuum.
- Tocqueville, A. de (2007), *La democracia en América*, Madrid: Akal.
- Todorov, T. (1974), *Literatura y significación*, Barcelona: Planeta.
- Trías, E. (1970), *Metodología del pensamiento mágico*, Barcelona: Edhasa.
- Van Dijk, T. (1992), *La ciencia del texto*, Barcelona: Paidós.
- Van Dijk, T. (2003), *Ideología y discurso*, Barcelona: Ariel.
- Vasilachis, I. (1997), *Discurso político y prensa escrita*, Barcelona: Gedisa.
- Vattimo, G. (1998), *La sociedad transparente*, Barcelona: Paidós.
- Villalba, F. (2005), *La agenda hegemónica de hoy*, Caracas: Publicaciones de la Alcaldía de Caracas.
- Voltaire, F.M. (1959), *Ensayos sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, Buenos Aires: Hachetté.
- Vouillamoz, N. (2000), *Literatura e hipermedia: la irrupción de la literatura interactiva*, Barcelona: Paidós.
- Wallerstein, I. (2005), *Análisis de sistemas-mundo: una introducción*, México: Siglo XXI.
- Weber, M. (2007), *Sociología del poder: los tipos de dominación*, Madrid: Alianza.

- Whorf, B.L. (1971), *Lenguaje, pensamiento y realidad*, Barcelona: Barral.
- Wiener, N. (1985), *Cibernética: o el control y comunicación en animales y máquinas*, Barcelona: Tusquets.
- Will, C.M. (1992), *¿Tenía razón Einstein?*, Barcelona: Gedisa.
- Wittgenstein, L. (1981), *Tractatus logico-philosophicus*, Madrid: Alianza.
- Wodak, R. (2003), “De qué trata el análisis crítico del discurso (ACD): resumen de su historia, sus conceptos fundamentales y sus desarrollos” en: R. Wodak y M. Meyer (comps.): *Métodos de análisis críticos del discurso*, Barcelona: Gedisa.
- Zunino, E. (2009), *Patria o medios*, Buenos Aires: sudamericana.

Raúl Millán Hernández

(Porlamar, 1955).

Profesor de lenguas y literaturas clásicas (IPC).

Abogado (UCV).

Magíster en literatura hispanoamericana

(IPC-UPEL).

Doctor en cultura latinoamericana y caribeña

(IPC-UPEL)

Profesor Meritorio de la Universidades Nacionales

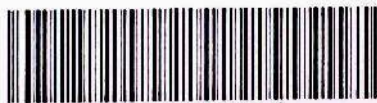
(CONABA 1998, 2001 y 2004).

Configuración de la vida cotidiana y el lenguaje

RAUL MILLAN H.
(PORLAMAR, 1955).
PROFESOR DE LITERATURA Y
LENGUAS CLASICAS (IPC).
ABOGADO (UCV).
MAGISTER EN LITERATURA
HISPANOAMERICANA Y
DOCTOR EN CULTURA
LATINOAMERICANA Y
CARIBEÑA (UPEL).
PROFESOR MERITORIO DE LAS
UNIVERSIDADES NACIONALES
(CONABA 1998, 2001, 2004).



Universidad Pedagógica
Experimental Libertador
Caracas, 2012



978-980-211-206-6